

Serie
Nuevas
Oportunidades
≈ 2 ≈

Un Lugar
Junto al
Corazón

EMILY YOUNG

Un Lugar Junto al *Corazón*

Serie Segundas oportunidades, 2

EMILY YOUNG



©EMILY YOUNG

Título original – Un lugar junto al corazón

Primera edición, 2024

Todos los derechos reservados.



Solo buscaba un nuevo comienzo en un lugar lejano, donde no se sintiera despreciada.

Helen Barkins siempre deseo ser amada y formar su propia familia, pero **nació con una discapacidad** que le impedía cumplir sus sueños. A pesar de tener unos padres amorosos, **decide responder a un anuncio de una novia por correo y deja su casa en Boston en busca de una nueva vida en California.**

Sin embargo, **lo que encuentra es el rechazo de Jason Miller, quien quería ayuda en su tienda más que una esposa,** especialmente una con una discapacidad.

Sumida en un matrimonio sin amor, Helen decide coger las riendas de su vida y forjar su propio destino. Es entonces, **ante la fortaleza de Helen,** cuando **Jason descubre que ha cometido un gran error al subestimar a su esposa.**

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

Prólogo

Junio de 1847

—Supongo que yo también estaría haciendo las maletas y marchándome de la ciudad si me hubieran dejado plantado en la iglesia. La gente oye hablar de una novia a la que dejan plantada en el altar, pero creo que nunca he oído hablar de un novio al que hayan hecho el ridículo, —comentó insensiblemente Gerald Miller a su hijo, Jason.

—No me considero particularmente un tonto, padre, pero me doy cuenta de que si voy a hacer algo con mi vida, debo dejarle a usted y a este pueblo, —declaró el más joven, sin permitir que su voz traicionara el dolor que le habían causado las palabras de su padre.

—Como siempre, vas a llegar tarde, —continuó amonestando su padre, sacando el reloj de oro del bolsillo de su chaleco y sacudiendo la cabeza. —Después de veinticinco años, más vale que me dé por vencido. Día tras día te he dicho que si alguna vez vas a llegar a ser alguien, tienes que ser puntual. ¿Por qué crees que te compré ese reloj de bolsillo tan caro?

—La diligencia no llega hasta dentro de una hora, y aunque se abstenga de creer los hechos, rara vez llego tarde a nada, —rebatía Jason, deseando que su padre saliera de la habitación y le permitiera terminar de empaquetar su maleta en soledad. Pero sabía que eso no ocurriría. Hasta que la puerta de la diligencia se cerrara y los caballos se pusieran en marcha, su padre estaría a su lado, recordándole sus fracasos y reprendiéndole.

—No puedo imaginar qué le pasó a esa chica. Fui a hablar con sus padres, ¿te lo dije? —Preguntó Gerald, ignorando el comentario de Jason.

—No, no me lo dijo, pero ojalá no lo hubiera hecho. Estoy seguro de que sólo sirvió para que se sintieran incómodos. No es culpa de ellos que Carol se haya escapado con otro.

—Bueno, es su hija. Su comportamiento desacredita su capacidad para criar a una niña. También les dije eso, —informó pomposamente Gerald, con su gran barriga hinchándose aún más de lo habitual—. Además, no me preocupaba demasiado su malestar. Mira lo que tuve que soportar el sábado pasado cuando ese pequeño fragmento no apareció para la ceremonia. Todo el mundo expresando su simpatía y luego riéndose a mis espaldas, —relató el hombre mayor mientras su grueso cuello enrojecía por encima de su rígido cuello blanco.

—No se trata de usted, padre. Si la gente se ríe, se ríen de mí. Ahora puede estar tranquilo. Mi marcha debería asegurarle que ha sufrido su última vergüenza a mi costa, —dijo Jason, cansado de la conversación y hastiado del punto de vista egocéntrico de su padre.

—Sigo pensando que cometes un error. No sobre dejar Virginia, sino sobre irte al oeste, a California. Todo el mundo se precipita allí pensando que va a hacerse rico de la noche a la mañana. Pues no sucede así. La gente sale adelante trabajando duro, tomando decisiones

acertadas y siendo puntual, —sermoneó Gerald.

—Ya le he explicado que no me voy en busca de oro. Pienso abrir una tienda mercantil y prestar los mismos servicios que he prestado en su negocio todos estos años, —recordó Jason a su padre.

—Sí, eso me has dicho. Una vez que hayas montado tu propia tienda, pronto descubrirás que hay muchas cosas que no sabes sobre el funcionamiento de un negocio. Estarás corriendo a casa con el rabo entre las piernas antes de que hayan pasado dos años; esa es mi estimación. Te guardaré el puesto, —prometió, y luego se rió a carcajadas.

Jason sabía que no serviría de nada responder, pero se juró a sí mismo que nunca volvería a casa de su padre. Desde la muerte de su madre, quince años antes, había soportado en silencio los sarcasmos y las reprimendas de su padre. Soportó una infancia que lo había moldeado hasta convertirlo en un hombre iracundo que creía que estaba destinado a convertirse en un fracasado. Soportó el reciente rechazo de Carol, que ahora servía para reforzar lo que el comportamiento de su padre le había enseñado de niño: que no era digno de ser amado.

Capítulo 1

Mayo de 1852

Helen Rebecca Barkins deslizó los dedos en la útil bolsa de cuero marrón que llevaba y tocó el paquete de cartas que anidaba en sus profundidades. Estaban cuidadosamente encuadradas con una cinta de grosgrain azul, junto con un nuevo diario y la pequeña Biblia que había pertenecido a su abuela. Un escalofrío le recorrió la espalda mientras ella y sus padres, Terence y Elizabeth Barkins, se encontraban en uno de los muelles diseminados a lo largo del puerto de Boston.

—¿Seguro que estás preparada para esto, Helen? —Inquirió su padre, con evidente preocupación en su voz. Sus ojos permanecían fijos en el barco al que ella subiría en pocos minutos.

—No estoy tan segura como la semana pasada, —respondió ella, riendo nerviosamente—. Mamá, sólo estaba bromeando. Por favor, no llores más. Esta es mi oportunidad para una nueva vida. Hemos hablado de esto tantas veces que pensé que por fin estabas de acuerdo, —dijo, inclinándose para abrazar a su madre. Elizabeth era quince centímetros más baja que su hija de veintiocho años, y nunca pareció más evidente que cuando las dos mujeres se abrazaron. Helen había sido bendecida con el espeso pelo castaño de su padre y la tez cremosa y los ojos azules de su madre. Belleza clásica, eso es lo que solía decir su madre: tienes belleza clásica, Helen. De niña se deleitaba con ese cumplido en particular; pero, al convertirse en adolescente, decidió que la belleza clásica no era lo que interesaba a los chicos.

—He aceptado el hecho de que te marches, Helen. Por favor, no me pidas que no lllore cuando mi única hija se va de casa. Probablemente no vuelva a verte, —contestó entre sollozos, que luego se convirtieron en un caso de hipo, lo que provocó las risitas de ambas.

Terence y Elizabeth se habían quedado consternados cuando Helen les informó por primera vez de que había respondido a un anuncio de novia por correo. Le habían dado todos los argumentos en contra de hacer tal cosa. Al principio, ella había accedido a su petición de que no tomara una decisión precipitada y, cuando escribió su carta de presentación a Jason Miller, preguntó si mantendría correspondencia con ella durante un año. Helen había redactado cuidadosamente la carta, hablándole de su vida en Boston. Adjuntó una fotografía, como había pedido su anuncio. Había sido tomada cuando ella cumplió veintiún años y, aunque no creía haber envejecido mucho, se cuidó de avisar al señor Miller de que la foto tenía siete años.

Los padres de Helen habían razonado que un año al menos le daría a su hija la oportunidad de familiarizarse con las opiniones y expectativas de este desconocido para una esposa. Tras recibir la carta y la fotografía de Helen, Jason había aceptado a regañadientes esperar seis meses. Aunque se había enviado más correo de Boston a Placerville, California, que a la inversa, Jason

Miller había cumplido su promesa y había respondido a todas las preguntas que Helen le enumeraba en cada una de las cartas que le enviaba. Transcurridos varios meses de correspondencia, y sin que Helen lo solicitara, Jason le envió una fotografía suya de pie frente al Miller General Mercantile.

La foto había sido tomada a distancia y los rasgos de Jason estaban borrosos, pero a Helen no le importaba. Nunca había dado mucha importancia a los atributos físicos, que era la razón por la que no había pedido una foto de su futuro marido. Sí parecía que era lo suficientemente alto como para eclipsar la estatura de Helen, pero las fotos podían ser tan engañosas como las apariencias reales. Helen había aprendido muy pronto que algunas de las personas más atractivas podían ser las más desagradables y desconsideradas.

Habiendo vivido toda su vida en el mismo lugar*, Helen encontraba la perspectiva de mudarse a California tan emocionante como aterradora. Helen había trabajado con sus padres en su negocio de librería y encuadernación desde que era una niña. Durante sus años escolares, se esperaba que ella y su hermano, Dan, pasaran al menos dos horas después de clase y todo el sábado ayudando en el negocio familiar. Daniel, tres años mayor que ella, se había marchado de casa hacía años. Después de asistir a Harvard, había estudiado derecho bajo la tutela de un respetado abogado de Boston y finalmente le pidieron que se convirtiera en socio del bufete. Casado y padre de cuatro hijos pequeños, Dan y su familia eran visitantes frecuentes en casa de los Barkins. Era Grace, la esposa de Dan, a quien Helen había confiado su plan de responder al anuncio. Y era Grace quien se había convertido en su más firme defensora a la hora de persuadir a los Barkins mayores para que accedieran.

Tras varias horas de escuchar a las dos mujeres, su padre había expresado sus reservas sobre el acuerdo, pero añadió que se daba cuenta de que Helen era ciertamente lo bastante mayor como para tomar su propia decisión de irse de casa y casarse.

Más tarde, después de que Jason hubiera aceptado el periodo de espera de seis meses, Terence no había dicho a su hija que se sentía obligado a hacer averiguaciones sobre el viaje que iba a emprender. Tras una amplia investigación, su padre había escrito personalmente a Jason Miller, exponiendo lo que consideraba disposiciones obligatorias antes de que permitiera a Helen realizar el viaje. De algún modo, Terence tampoco había comunicado esa información a su hija.

Tampoco había divulgado todas sus averiguaciones a su esposa, Elizabeth, sabiendo que ella se angustiaría aún más por la situación. Sin embargo, fue desmesuradamente franco al describir los hechos a Helen.

—¿Te das cuenta de que el viaje podría durar hasta ocho meses? —Le había preguntado varios días después de regresar de un viaje a los muelles.

—Jason escribió que algunos de los barcos h/hacen el viaje en tan sólo cuatro meses. Sólo depende del tiempo, padre, —había respondido ella.

—¿Te habló también de la mala comida, el mareo y el aburrimiento?

—No, pero no soy muy exigente con la comida, y seguro que puedo pasar el tiempo leyendo y escribiendo en mi diario. En cuanto al mareo, supongo que estaremos a merced del tiempo y no hay mucho que pueda hacer al respecto.

—Me doy cuenta de que no eres quisquillosa con tus comidas, Helen. Pero me refiero a brebajes de una pasta fibrosa hecha de carne salada, patatas y pan duro, o algo hecho de nabos y

chirivías con un puñado de bacalao. Ésas son las comidas buenas, antes de que se agoten las provisiones. Cuando eso ocurre, recurren a la sopa de tres judías, que es sobre todo agua, tres judías y un trocito de cerdo oxidado. También me dijeron que el agua se vuelve fétida después de almacenarla en cubas durante varios meses. Atrae bichos e insectos, y la gente a veces recurre a añadir vinagre y melaza sólo para acabar con el horrible sabor. No intento desanimarte, pero creo que debes saber lo que te espera, —le había dicho.

—Suenan peor de lo que había imaginado, pero Jason dijo que era la mejor de las tres opciones disponibles. Dijo que el viaje por tierra era mucho más difícil. Confío en su juicio sobre navegar alrededor del Cabo.

—También confío en su juicio sobre eso. No le estoy sugiriendo que cambie de ruta. Pero hablé largo y tendido con un capitán de barco que me dijo que si su hija hiciera el viaje, no la dejaría viajar en otro barco que no fuera el Edward Everett. Es un barco de lujo que sirve comida decente y tiene un alojamiento excelente para sus pasajeros. Es más caro pero más adecuado para los viajeros elegantes, —le había explicado.

—Suenan mucho más atractivo, pero Jason planea que el viaje cueste sólo quinientos dólares.

—Si te quiere como esposa, estoy seguro de que estará más que dispuesto a pagar para que viajes de la manera más cómoda y respetable, —había respondido Terence.

—Supongo que podría escribirle, pero dudo que la carta le llegara y le diera tiempo suficiente para enviar los fondos adicionales antes de la fecha de mi partida, —le había explicado pensativamente a su padre.

—No hace falta que escribas. Ya lo hice hace tiempo.

—¿Escribiste a Jason sin decírmelo? ¿Qué le dijiste?

—Simplemente le expliqué lo que acabo de decirte, junto con el hecho de que tendría que enviar el coste de un billete en el Edward Everett, o no te permitiría hacer el viaje.

—Papá, ¿cómo has podido hacer eso? —Había preguntado ella con voz tensa por la ira.

—¿Cómo podría no hacerlo? Eres mi hija y, sea cual sea tu edad, tengo la obligación de conseguir lo mejor para tu bienestar. No podría vivir conmigo mismo si hiciera menos que eso, —había respondido él.

Para ella era imposible discutir semejante respuesta. Él había abierto sus brazos, y ella había ido voluntariamente hacia él, devolviéndole el abrazo. En ese momento se había dado cuenta más que nunca de lo mucho que él la quería.

Jason había escrito a Terence, comprometiéndose a pagar el pasaje de Helen en el Edward Everett. Aunque se había asegurado de que Terence supiera que el coste era más del doble de lo que había planeado, su buena disposición dio a Terence una sensación de confianza en que Jason era un buen hombre y que trataría bien a su hija.

—Ahora sé por qué me suena tanto el nombre del barco, —comentó Elizabeth—. Terence, ¿no se llama Edward Everett el presidente de Harvard?

—Desde luego que sí. Me han dicho que el barco lleva su nombre, aunque no estoy seguro de por qué. Tal vez el propietario sea un graduado de Harvard. Sin embargo, estoy seguro de que Edward Everett no permitiría que llevara su nombre a menos que fuera un buen barco, —

respondió.

La multitud a lo largo del muelle empezaba a agolparse. Algunos de los pasajeros ya estaban a bordo del barco, pero Daniel y Grace aún no habían llegado con los niños y Helen no tenía intención de marcharse sin despedirse de ellos. La multitud de viajeros estaba, en su mayor parte, de ánimo jovial. Mezclados entre ellos había unas cuantas mujeres de ojos llorosos que se despedían de sus compañeros masculinos, mientras los bulliciosos niños corrían entre los agrupados grupos de amigos y familiares.

—Ahí están, —gritó Terence, agitando los brazos para señalar a su hijo y a su familia. El grupo tardó varios largos minutos en abrirse paso entre la multitud de gente, pero pronto los niños estaban dando vueltas alrededor de Helen, atrapados por la emoción del viaje.

—¿Podemos subir a bordo y ver el barco, tía Helen? —Preguntó Daniel, hijo, el mayor de los hijos de Dan.

—No estoy segura. Vamos a preguntar, —dijo ella, guiando al grupo hacia la pasarela. Cuando llegaron a su destino, se volvió hacia su hermano—. Quizá si preguntas, se muestren más agradables, —susurró.

Daniel asintió y se adelantó en busca de un marinero.

—Disculpe, señor. Hemos venido a despedirnos de mi hermana, y a los niños les gustaría subir al barco para examinar su alojamiento. ¿Sería posible? —Preguntó cortésmente.

—No creo que tenga autoridad para dar permiso para eso, —respondió el hombre vacilante, aunque guiñándole un ojo a Daniel.

—¿Esto le ayudaría a obtener la autoridad suficiente? —Preguntó Daniel, dándole al hombre varias monedas.

El marinero echó un vistazo a su mano y sonrió.

—Que se diviertan. Sólo asegúrense de bajarse antes de que zarpemos. De lo contrario, acabaréis todos en California, —dijo y luego se rió, aparentemente divertido por la afirmación.

Dan, hijo, y su hermano, Samuel, guiaron al grupo a bordo mientras las dos niñas se aferraban estrechamente a su madre y a Helen.

—¿Estás segura de que quieres ir, tía Helen? ¿Cómo puedes dejar todo lo que conoces e irte a vivir con un extraño? —Preguntó Ruth.

—¡Ruth! No tienes por qué cuestionar la decisión de tu tía, —reprendió Grace a la niña.

—No pasa nada, Grace. ¿Por qué no iba a preguntarse lo mismo que todos los que conozco? Ruth, es difícil de explicar. No estoy segura sin lugar a dudas de que esto sea lo que debo hacer. Por otro lado, he rezado sobre ello y siento que mi vida en Boston no me lleva a ninguna parte y que Dios tiene un plan en mente para mí en otro lugar. Va a ser muy difícil no teneros a todos cerca, y espero que algún día vuestros padres se tomen la molestia de venir a visitarme. He intentado pensar que volveré a verlos a todos, pero sé que hay muchas posibilidades de que eso no ocurra. Voy a tener que depender de ti, de tu madre y de tu abuela para que me mantengáis informada de todas las noticias. ¿Crees que podrías ayudarme con eso?

—Sí, te escribiré, pero ¿qué pasa si no te gusta ese hombre con el que te vas a casa? —Preguntó ella, sin cejar en su búsqueda de respuestas.

—Bueno, sus cartas han revelado que es un hombre cristiano y que está ansioso por mi llegada. Si no me gusta, espero que con el tiempo mi opinión sobre él cambie.

—¿Pero y si no lo haces? O ¿Y si no le gustas a él por tu problema? —insistió Ruth mientras Jenny, la menor de las cuatro niñas, se aferraba a la falda de Grace.

—Entonces supongo que tendré que conformarme y valorar otros aspectos de él, —contestó su tía, sonriendo a la niña, pero sin indicar qué pasaría si él no la aceptara.

—Ruth, ¿por qué no coges a Jenny y las dos vais a buscar al resto de la familia y les dices que hemos localizado los aposentos de la tía Helen? Pídeles que nos acompañen, —les ordenó.

Las dos mujeres observaron cómo la muchacha salía del camarote y saltaba por el pasadizo en su misión asignada.

—Helen, no puedo creer que no se lo dijeras. Cada vez que preguntaba, me decías que ibas a hacerlo en tu próxima carta, —afirmó Grace acusadoramente.

—Quería hacerlo, Grace, de verdad que sí. Pero cuanto más lo posponía, más difícil se me hacía. Temía que me preguntara por qué no se lo había dicho cuando contesté a su anuncio. Luego, a medida que pasaba el tiempo, no quería decírselo por miedo a que se enfadara y rompiera el compromiso, —explicó, conteniendo las lágrimas que amenazaban con derramarse en cualquier momento.

—Lo siento, Helen. No pretendía hacerte infeliz, —replicó Grace, dándole un rápido abrazo—. Estoy segura de que todo irá bien. ¿Cómo podría no quererte? Eres la mejor persona que he conocido... a excepción quizá de tu hermano, —añadió rápidamente.

Helen sonrió débilmente.

—Por favor, no se lo digas a mis padres. Creen que Jason lo sabe y ha aceptado mi 'aflicción', como ellos la llaman.

—No lo mencionaré. Sólo prométeme que cuando me escribas me contarás la verdad sobre tu nueva vida, —le suplicó su cuñada.

—Estoy segura de que todo será maravilloso y mis cartas rebosarán sólo de buenas noticias para todos vosotros. Sin embargo, si surgiera algo que no quiero que mis padres o Daniel sepan, te enviaré una página aparte dirigida sólo a ti. Confío en que no revelarás la información a nadie.

—Tienes mi palabra, —respondió Grace solemnemente.

—Me hace sentir mejor saber que tendré una confidente en caso de necesitarla, —aseguró Helen con optimismo, intentando ignorar la punzada de duda que acechaba en lo más profundo de su corazón.

—Ciertamente parece que estáis muy metidos en la conversación, —comentó Daniel mientras entraba en la cabaña seguido por el resto de la familia—. No creo que quepamos todos a la vez, niños. ¿Por qué no esperáis a que hayamos echado un vistazo y entonces podéis entrar? —Instruyó Daniel a los excitados jóvenes.

—Es terriblemente pequeña, querida. ¿Crees que serás capaz de vivir en este minúsculo espacio durante ocho meses? —Inquirió su madre, cuyas preocupaciones obviamente no habían sido apaciguadas por su recorrido por el barco.

—Madre, no estaré confinada en mi camarote, —rebatía ella.

—Por supuesto que no lo estará, —intervino su padre—. Elizabeth, ha hablado con casi todos los miembros de la tripulación del barco. Tendrá periódicos semanales que leer, y hay conciertos a los que asistir, así como una variedad de otras actividades. Hay una junta de sanidad y un departamento de policía por si tiene problemas médicos o necesita protección de cualquier tipo. Esta habitación es elegante, y la carta de la comida suena mejor que lo que sirven la mayoría de los restaurantes de Boston. Debe dejar de inquietarse, —le amonestó.

—Lo sé, lo sé, pero eso no hace que sea más fácil verla marcharse de casa, —respondió Elizabeth.

—Dejemos que los niños vean su camarote, —sugirió Terence, cambiando de tema y moviendo a su mujer hacia la puerta.

—Vosotros sois los siguientes, —dijo Terence a los niños mientras él y su mujer salían de la camarote.

—Es tan bonita como te dije, ¿verdad? —Preguntó Ruth a su hermana cuando entraron en la habitación.

—Oh, sí, —asintió su hermana menor, con la voz llena de asombro—. Ojalá pudiera ir contigo, tía Helen, —añadió Emily—. Sería feliz para siempre en esta habitación.

—Lo dudo mucho, Emily, —dijo su padre—. Te cansas de todo en pocas horas. Imagínate si tuvieras que quedarte en este barco durante seis meses. Creo que probablemente cambiarías de opinión.

—Tu padre tiene razón, Emily. Aunque el camarote y el barco son preciosos, estoy segura de que el viaje será largo y a veces muy aburrido. Me encantaría tener tu compañía en el viaje, pero creo que serás mucho más feliz jugando al aire libre con tus amigos todo el verano en lugar de ser una cautiva en este barco, —le dijo Helen a la niña.

Terence asomó la cabeza por la puerta del camarote.

—Tenemos que abandonar el barco ahora. Están a punto de zarpar.

Todos se reunieron rápidamente y se dirigieron con los demás visitantes hacia la pasarela. Helen los siguió, una sensación de miedo empezaba a invadir su conciencia. Ahora que por fin había llegado la hora de partir, no quería que supieran que estaba llena de ansiedad. Dibujando una sonrisa en su rostro, abrazó a cada uno de ellos y observó cómo bajaban por la pasarela y regresaban al muelle. Mientras el barco se alejaba lentamente de su atracadero, ella se quedó paralizada en la cubierta mientras intentaba plasmar una imagen de cada uno de ellos en su mente. Los minutos pasaban y sus figuras se hacían cada vez más pequeñas hasta que dejaron de estar a la vista. No podía obligarse a moverse de la barandilla ni apartar los ojos del lugar donde había visto por última vez a su familia agitando los brazos. No quedaba nada más que agua a la vista, pero ella mantuvo su vigilia hasta que el sol empezó a ponerse.

Capítulo 2

A pesar de sus temores y del nuevo entorno, Helen durmió profundamente. Se despertó a la mañana siguiente justo cuando salía el sol y se asomó por la ventana de su camarote. La escena superaba todas sus expectativas. El sol aparecía como una bola ardiente que surgía del agua y el cielo era una mezcla de suave aguamarina y rojo bruñido que descendía hasta encontrarse con las profundidades del océano. Siguió deleitándose con el espectáculo hasta que el rugido de su estómago le sirvió de recordatorio de que no había comido desde su partida el día anterior. Aunque se le había ofrecido una cena ligera, Helen había preferido permanecer en la barandilla del barco contemplando la belleza de un horizonte lejano. Ahora, casi veinticuatro horas desde su última comida, se dio cuenta de que estaba famélica.

Decidida por un vestido de muselina blanca con un estampado de rosas esparcidas por el borde, Helen se preparó para su primer día completo en el mar. Semanas antes, su madre había cosido a mano la falda de tres capas, cada una de las cuales resaltaba el delicado borde estampado de rosas. El corpiño era un elegante escote en V que exhibía una modesta inserción de muselina blanca bordada. Recogiendo sus cabellos castaños en una cinta verde pálido que complementaba las hojas verdes de su vestido, Helen decidió llevar su sombrilla de seda verde. Proporcionaría a su tez cremosa una amplia protección contra el sol, si decidía quedarse en cubierta después del desayuno.

—¿Vas al comedor? —La llamó una voz. Helen se volvió para ver a una mujer pequeña y de pelo blanco que caminaba hacia ella.

—Sí, no he comido desde que zarpamos y mi estómago empieza a protestar, —respondió Helen, al no observar a nadie más en las inmediaciones y suponer que la mujer se dirigía a ella.

—¿Te importaría mucho que me uno a ti? No tolero comer sola, y parece que la mayoría de los pasajeros son hombres que prefieren hablar entre ellos antes que con una anciana. Soy Vera Windsor, —dijo, extendiendo la mano al llegar al lado de Helen.

—Y yo soy Helen Barkins. Estaría encantada de tener su compañía en el desayuno, —contestó mientras caminaba junto a la mujer mayor.

—Intentaré no aburrirte ni ser una molestia, —afirmó Vera mientras entraban en el comedor.

—¿Adónde vas? —Preguntó Vera mientras Helen se dirigía hacia una de las grandes mesas del comedor.

—A sentarme en una de las mesas, —respondió ella, dirigiendo a la anciana una mirada interrogante.

—Olvidé que no estuviste en la cena de anoche. Nos servimos nosotros mismos, —explicó Vera—. La comida se coloca en esa mesa grande cerca de la cocina, —dijo, señalando hacia el

otro extremo de la sala.

Helen no se había dado cuenta de la fila de gente que esperaba al otro lado de la sala y se avergonzó cuando notó que varios pasajeros las miraban fijamente a las dos. Dudando un momento, colocó su sombrilla en uno de los bancos y se dirigió con Vera al final de la fila.

—¿Necesita ayuda? Puedo llenar mi plato y volver a por el suyo, —le ofreció Vera.

—No, soy más que capaz de cuidar de mí misma, —contestó Helen más bruscamente de lo que había pretendido. Al notar la expresión de remordimiento en el rostro de Vera, se disculpó rápidamente—. No pretendía ser tan brusca. Siento haber herido tus sentimientos.

—No me debes una disculpa, Helen, —replicó Vera—. Ahora, veamos qué sirven para desayunar, —añadió cuando llegaron a la mesa.

Tras servirse generosas raciones de jamón, huevos, galletas, fruta fresca y humeantes tazas de café, las mujeres se sentaron a la mesa donde Helen había colocado antes su sombrilla.

—Por lo que a mí respecta, estas mesas ciertamente dificultan la comida, —dijo Vera a las que estaban sentadas cerca—. Entiendo la necesidad de este borde alrededor de la mesa, pero uno pensaría que alguien inventaría uno que pudiera quitarse cuando el mar está en calma, —se quejó.

—Sé lo que quiere decir, —coincidió el hombre sentado frente a ellos—. Al final de la comida, siento los brazos como si tuvieran abolladuras permanentes.

—Quizá debería intentar llevarse el brazo a la boca en lugar de inclinarse sobre el plato, —respondió sarcásticamente la mujer que estaba a su izquierda.

—Usted no es mi madre y no necesito sus consejos sobre cómo comer, —replicó él en tono malhumorado.

—No pretendía iniciar una disputa, —intervino Vera—. Si el amanecer sirve de indicación, parece que nos espera un hermoso día, —continuó, esperando que la pareja cesara en sus disputas.

—Creo que voy a ver si encuentro una partida de cartas, —replicó el hombre, recogiendo su plato y levantándose.

—Es un poco pronto para que empieces a jugar, ¿no? —Inquirió su compañera.

—Me alegraré cuando lleguemos a Río de Janeiro, —murmuró mientras se alejaba de la mesa.

—Esperemos que no hayas perdido todo nuestro dinero antes de que lleguemos, —llamó ella tras él.

Obviamente imperturbable, la mujer no ofreció ninguna disculpa ni explicación a los que quedaban en la mesa del comedor. En su lugar, cogió el tenedor y continuó la comida como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo normal.

Vera permaneció algo apagada durante el resto de la comida. Helen intentó entablar conversación con ella varias veces, pero Vera daba una breve respuesta y no ofrecía nada más. Finalmente Helen se dio por vencida y comió en silencio, aliviada cuando por fin terminó la comida.

—Creo que recogeré mi material de escritura y volveré a la cubierta. Hace una mañana tan

bonita y quiero añadir unos párrafos a la carta que le estoy escribiendo a mi cuñada y hacer anotaciones en mi diario, —comentó cuando llegaron a su camarote.

—Creo que leeré un rato en mi habitación. Creo que ya he causado bastantes problemas por hoy, —contestó ella.

—Vera, eso no fue culpa tuya. Es obvio que esos dos se pelean todo el tiempo. Era evidente que no se respetaban el uno al otro ni al resto de nosotros, —consoló a su nueva conocida.

—Probablemente tengas razón, pero aún me siento incómoda por cualquier papel que haya jugado en ese altercado, —respondió ella—. Quizás me reúna contigo más tarde esta misma mañana. Si no, te veré en la cena.

Helen observó a la mujer mayor dar zancadas por el pasillo, con la cabeza alta y los hombros echados hacia atrás, una imagen de determinación y confianza en sí misma. Nadie adivinaría que se retiraba a su habitación por otro motivo que no fuera un breve respiro tras la comida de la mañana.

Los días pronto se convirtieron en una rutina monótona y, de no haber sido por Vera y Kimberly Blackburn, Helen no habría podido imaginar cómo podría soportar otros tres meses a bordo de un barco. La afición de Vera a discutir sobre literatura, filosofía y asuntos espirituales y el talante despreocupado de Kimberly habían resultado ventajosos para las tres. Kimberly, con su rostro ovalado, sus mejillas llenas, sus labios carnosos y sus exuberantes rizos rubios, nunca dejaba de arrancarles carcajadas. Su facilidad para hacer de todo una historia humorística contrarrestaba el talante sobrio y reflexivo de Vera.

Pero incluso los conciertos intermitentes y las tertulias literarias se hicieron pesadas al cabo de un tiempo, ya que la mayoría de los pasajeros preferían el juego a una conversación erudita sobre el genio literario de Shakespeare o Chaucer.



Helen salió de su camarote, planeando unirse a Kimberly para unas horas de visita, pero regresó rápidamente a por su capa de lana y su gorro.

—Sí que ha refrescado, ¿verdad? —comentó a uno de los miembros de la tripulación que caminaba por el pasillo mientras ella se ceñía la cálida capa.

—Sólo empeorará, —comentó él con indiferencia.

—¿Qué quiere decir? —Preguntó ella, algo sorprendida por su respuesta.

—Puede que sea verano en Nueva Inglaterra, pero es invierno donde nos dirigimos. Cuanto más nos acercamos al Cabo, más frío y duro se vuelve el tiempo. ¿Nadie se lo dijo antes de salir de casa? —le preguntó, obviamente sorprendido por su falta de conocimiento.

—Nadie que yo conozca ha hecho este viaje, —respondió ella.

—¿A quién va a conocer en California? —Preguntó él.

—Me voy a casar. Mi futuro marido está en California.

—Él podría haberle indicado qué esperar, —comentó él, continuando su camino.

—¿Qué quieres decir con qué esperar? —Cuestionó ella, caminando tan rápido como se lo permitía su minusvalía.

—Como he dicho, aquí abajo es invierno. Los vientos arrecian; la temperatura se vuelve gélida; y los mares tormentosos son la tónica general. Lo siento, pero no tengo tiempo para hablar. El primer oficial me está esperando, —respondió él, marchándose a toda prisa y dejándola con una multitud de preguntas sin respuesta.

Agachando la cabeza contra el fuerte viento, llegó por fin al camarote de Kimberly y aporreó la gruesa puerta de madera.

—Kimberly, —gritó— ¡date prisa, hace frío aquí fuera!

Cuando Kimberly abrió por fin la puerta, Helen se apresuró a entrar, con el frío mordándole las manos y los pies.

—No puedo creer lo rápido que se nos ha echado encima el tiempo, —dijo frotándose las manos. Cuando por fin levantó la vista, vio por qué Kimberly había tardado tanto en contestar.

—Kimberly, ¿qué te pasa? Tienes un aspecto espantoso, —dijo Helen, notando la tez cetrina de la chica y sus manos temblorosas.

—Creo que será mejor que me tumbe un rato. De repente, me siento. . . —Kimberly hizo una mueca de dolor y se dejó caer sobre la cama.

—¿Sentir qué? —Insistió Helen.

Kimberly no contestó inmediatamente y la preocupación de Helen aumentó al notar el vientre hinchado de la muchacha.

—¡Kimberly! ¿Vas a tener un bebé? —Preguntó Helen, atónita por no haberse dado cuenta antes de que la chica estaba embarazada.

—Sí, —respondió ella débilmente—. Lo he mantenido bien oculto, ¿verdad? Apuesto a que Vera y tú os preguntabais por qué llevaba siempre una larga capa a mi alrededor, incluso en esos días horriblemente cálidos, ¿verdad?.

—Supuse que eras de naturaleza fría, Kimberly. Me dijiste que no estabas casada y, sinceramente, nunca pensé en la idea de que pudieras estar esperando un hijo. En cuanto a Vera, nunca ha mencionado tu atuendo y sólo habla bien de ti, —respondió Helen.

—No importa. De todas formas, no sé cómo pensé que podría mantenerlo en secreto hasta que llegáramos a California, —dijo Kimberly, con la voz cada vez más débil.

—¿Para cuándo está previsto que nazca tu hijo? —Preguntó Helen, cogiendo la mano de Kimberly—. No hasta dentro de diez semanas. Tengo tanto miedo, Helen. Por favor, no me dejes, —suplicó ella.

—No te dejaré, pero creo que deberíamos intentar ponerte el camisón y meterte bajo las sábanas. He oído que el reposo en cama es lo mejor si se teme que el bebé sea prematuro, —explicó, recordando las dificultades que Grace había encontrado durante su último embarazo. Helen se había quedado con Daniel y Grace durante aquella época difícil en la que su cuñada había tenido que guardar cama durante diez semanas. Sin embargo, había merecido la pena cuando después de aquellos largos y aburridos días tumbada en la cama, Grace había dado a luz a una hija sana y preciosa: la dulce pequeña Jenny.

Hurgando profundamente en uno de los baúles de Kimberly, encontró un cálido camisón; y después de lo que pareció una eternidad, su joven amiga estaba metida en la cama. Los calambres por fin habían remitido y Kimberly se sumió en un sueño intranquilo bajo la atenta mirada de Helen.

Varias horas después, Kimberly se despertó y encontró a Helen sentada junto a su cama leyendo una pequeña Biblia.

—Me encuentro mucho mejor, —anunció—. El dolor parece haber desaparecido por completo. Siento haberte asustado, pero creo que fue una falsa alarma.

—Tal vez, pero creo que sería mejor que permaneciera en cama al menos durante los próximos días. Me encargaré de que te lleven la comida a tu camarote y explicarle a Vera que sólo estás un poco indispuesta, —afirmó con firmeza—. Pero, ¿y si Vera quiere venir de visita? No quiero que sepa que estoy embarazada. ¿Qué pensará de mí? Sabe que no estoy casada... ni siquiera comprometida. Me siento algo más fuerte y será mejor que intente seguir como hasta ahora.

—¡De ninguna manera! Si no te preocupas por ti misma, piensa en el daño que puedes hacer al feto si no te cuidas. Puedo encargarme de Vera, y si llega el momento en que ella insista en visitarte, haremos arreglos por adelantado para que tu estado quede oculto a su vista. No discutiré sobre esto, Kimberly.

—¡Tú no eres mi madre! ¿Qué te hace pensar que puedes decirme lo que debo hacer? —Replicó la más joven, enfadada porque Helen estaba decidida a salirse con la suya.

—Es un hecho que no soy tu madre, pero soy lo más parecido a una ayuda femenina que encontrarás cuando llegue el momento de tener a tu hijo. Además, sabes que sólo hago lo que es mejor para vosotros dos, —respondió Helen.

Kimberly guardó silencio durante varios minutos, y Helen se levantó de la silla y recogió su cofia y su capa.

—¿Adónde vas? No me he levantado de la cama. Haré lo que creas que es mejor. De verdad que lo haré, lo prometo.

Kimberly no pudo ver la sonrisa que cruzó el rostro de Helen.

—Voy a buscarnos algo de comer. ¿Crees que podrás retener una comida, o prefieres sólo un plato de sopa?

—Sé que esto probablemente te sorprenderá, pero estoy hambrienta, —respondió Kimberly con una sonrisa tímida.

—Esa es una buena señal. Veré qué puedo hacer para solucionar este problema. Quédate en la cama para que no pase nada mientras estoy fuera, —le ordenó a la chica.

Afortunadamente, Vera y los demás pasajeros no habían llegado para cenar cuando Helen entró en el comedor. Al ver a uno de los cocineros que venía de la cocina, cruzó la sala lo más rápidamente posible y se acercó a él.

—Perdone, pero ¿sería posible que me preparara dos bandejas y las llevara al camarote de la señorita Blackburn?

—La cena no estará lista hasta dentro de media hora, pero haré que entreguen las bandejas

antes de empezar a servir. Si los vientos se vuelven más fuertes, quizá quiera quedarse en su camarote después de cenar. Puede convertirse en una noche dura por lo que parece, —le dijo.

—Gracias, lo tendré en cuenta. ¿Hay algún motivo de preocupación? —Preguntó ella.

—Nada fuera de lo normal. Cuanto más nos acercamos al Cabo, peor es el tiempo en esta época del año. Nos espera un buen viaje durante la próxima semana o así, —explicó.

—Pero nunca han tenido problemas con este barco mientras doblaba el Cabo, ¿verdad?

—No hay barco que no tenga problemas al doblar el Cabo de Hornos en pleno invierno. Pero si lo que pregunta es si cree que vamos a hundirnos en el mar, la respuesta sería no, —dijo con una sonrisa benévola.

De regreso a los aposentos de Kimberly, Helen pensó que tal vez el barco parecía mecerse con más fuerza. Ya basta, se reprendió a sí misma. Estás permitiendo que tus pensamientos estén controlados por un simple comentario de advertencia.

Para cuando llegó la cena, no había duda de que habían entrado en aguas más agitadas. Cuando Helen abrió la puerta, el grumete entró dando tumbos en la habitación, arreglándose de alguna manera para mantener su comida dentro de los confines de las bandejas cubiertas mientras superaba los obstáculos de un barco tambaleante y el baúl abierto de Kimberly que estaba justo dentro de la puerta. No perdió tiempo en depositar los objetos, darles las buenas noches y volver corriendo al pasillo.

—Veamos qué hay en las bandejas, —dijo Kimberly, colocando varias almohadas detrás de ella y contoneándose hasta quedar sentada.

—¿Estás segura de que quieres comer? Estas turbulencias me han hecho perder el apetito por completo, —dijo Helen, mirando a la chica con incredulidad.

—Yo no. Podría comerme una vaca, —replicó Kimberly y luego soltó una risita ante su propio comentario.

Helen sonrió débilmente, sintiendo arcadas cuando el olor de la comida llegó a sus fosas nasales.

—Oh, qué maravilla, —dijo Kimberly, sonando como una niña pequeña en Navidad—. Cerdo asado y patatas. Oh, mira, Helen, incluso hay tarta de manzana con queso de postre. No recuerdo la última vez que comí cerdo asado.

Moviéndose por la habitación para evitar oler la comida, Helen se colocó en una silla de respaldo alto y brazos acolchados e inclinó la cabeza hacia atrás.

—Esto está delicioso, Helen. ¿Me das tu pastel si no te lo vas a comer?

Cerrando los ojos, Helen asintió con la cabeza y se recostó. Pasaron varios minutos, y parecía que la proa del barco iba a tocar las profundidades del océano antes de volver a elevarse y descender violentamente en dirección contraria.

—¿Vas a traermé la otra bandeja o tengo que levantarme? —Aventuró Kimberly cuando Helen permaneció en la silla.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—No debes levantarte, y no voy a traerte nada más de comer ahora mismo, Kimberly, —respondió Helen justo cuando la proa del barco se sumergía de nuevo en las agitadas aguas.

—Se está poniendo bastante emocionante, ¿verdad? —fue la entusiasta réplica de Kimberly mientras la bandeja que había mantenido en equilibrio sobre la cama se estrellaba contra el suelo, con restos de comida y platos cayendo al vacío.

Helen intentó levantarse, pero el movimiento en picado de la nave la arrojó inmediatamente de nuevo a la silla.

—Estás verde, Helen. Parece extraño, ¿verdad? Hace poco era yo la que necesitaba atención médica; pero ahora estás en peores condiciones que yo.

—Nuestras dolencias son completamente diferentes, Kimberly. Estoy sufriendo mareos debido a este tiempo horroroso. En cuanto el tiempo se despeje, estaré bien. Tu dolencia, sin embargo, no desaparecerá con el paso de una tormenta —afirmó Helen, irritada por la comparación que hacía la muchacha del mareo con la posibilidad de un parto prematuro.

Al ver la mirada de dolor de Kimberly, Helen se arrepintió inmediatamente del exabrupto.

—Lo siento, Kimberly. No pretendía herir tus sentimientos, pero ¿por qué no descansas mientras puedas y yo haré lo mismo? —Se disculpó, esbozando una pequeña sonrisa.

—Papá siempre me dijo que Dios debió darme una doble ración de buena apariencia para compensar mi falta de sentido común. Estaré callada como un ratón de iglesia, y estoy segura de que ambas nos sentiremos de maravilla por la mañana, —replicó Kimberly, asegurándose de que la barandilla de la cama estaba bien sujeta antes de girarse hacia una posición más cómoda.



Durante los cuatro días siguientes el tiempo rugió con una violencia que ninguna de las dos podía haber imaginado. Uno de los miembros de la tripulación había acudido al camarote de Kimberly el segundo día y les dijo que permanecieran allí y que uno de los tripulantes les llevaría la comida que pudiera a medida que el tiempo lo permitiera. Helen no pudo comer nada durante los cuatro días pero se obligó a beber líquidos para no deshidratarse. Kimberly, sin embargo, siguió siendo el epítome de la buena salud y devoraba cada bocado de comida que cada miembro de la tripulación le llevaba a la habitación.

Los mares finalmente se calmaron, aunque el tiempo siguió siendo gélido durante otra semana, pero al menos Helen pudo regresar a su camarote y asumir una rutina un tanto normal. Una de sus primeras prioridades había sido encontrar a Vera y ver cómo le había ido durante la tormenta. Al descubrir su camarote desocupada, Helen había ido al comedor y luego a la biblioteca en busca de la mujer mayor. Al no poder localizarla, Helen había preguntado finalmente al capitán del barco, quien le reveló que Vera había salido a cubierta durante la tormenta, pareciendo delirar. Antes de que ninguno de los miembros de la tripulación pudiera llegar hasta Vera, ésta había sido arrastrada por la borda.

—Nuestros intentos por salvarla o recuperar su cuerpo no tuvieron recompensa.

Al ver que Helen se llevaba la mano a la boca en señal de asombro mientras él relataba la horrible historia, se lamentó.

—¿Era usted pariente de ella? —Inquirió.

—No, no, pero era una dama encantadora. Acabábamos de conocernos en el barco, pero

sentí como si la conociera desde hacía tiempo.

Asintió con la cabeza.

—¿Sabe si hay alguien a quien deba avisar, un familiar en California, quizás? No encontramos nada en sus pertenencias que indicara por qué estaba a bordo del barco o si tenía familia en otro lugar, —le informó.

—Me dijo que toda su familia había fallecido y que quería un poco de aventura en su vida antes de morir. Habiendo oído historias de la agitación que se vivía en California, decidió vender su casa y trasladarse al oeste. Al parecer, era conocida por su excelente cocina y pensaba abrir un restaurante cuando llegara a su nuevo hogar, —le dijo Helen, con las palabras de Vera resonando aún en su memoria.

—Siento que no viviera para ver cumplido su sueño. Ya que usted es probablemente lo más parecido que tuvo a un pariente, ¿por qué no se queda con sus pertenencias cuando lleguemos a California? Probablemente ella preferiría eso a que mis hombres rebuscaran entre ellas.

Helen asintió. No estaba segura de querer reclamar las pertenencias de una mujer fallecida a la que apenas conocía, pero cualquier otra discusión sobre el tema le parecía aborrecible.

Regresando lentamente al camarote de Kimberly, Helen se debatió pensando en cómo darle la noticia a su joven amiga. Las tres habían estrechado lazos durante el viaje, y aunque Kimberly se sentía algo intimidada por la madurez y sofisticación de Vera.

—¿Visitaste a Vera mientras estuviste fuera? ¿Cómo superó la tormenta? —preguntó Kimberly en cuanto Helen entró en la cabaña.

—Me temo que no muy bien. Verás. . .

—¿Le contaste lo del bebé? ¿Qué te dijo? ¿Crees que volverá a hablarme? Oh, eso espero ¿Qué pasa, Helen? Pareces realmente enferma. Lo siento. Aquí estoy yo divagando con mis preguntas y tú estás enferma. ¿Por qué no te sientas y descansas? ¿Puedo traerte algo?

—Kimberly, no sé cómo decir esto, así que lo diré sin rodeos. Vera murió durante la tormenta. El capitán me dijo que había subido a cubierta durante la borrasca. Al parecer estaba enferma y había delirado. Fue golpeada por una ola gigante y arrastrada por la borda. No pudieron salvarla.

—¡No! Eso no puede ser cierto. Seguro que han cometido algún error, Helen. Dime que no es así, —suplicó la niña con voz temblorosa.

—Ojalá pudiera, pero no hay forma de cambiar la verdad, —respondió Helen—. Ella me dijo una vez que no temía a la muerte porque el tiempo en la tierra era sólo un breve retraso en el camino hacia la eternidad.

—Sólo puedo decir que estoy agradecida de haberos encontrado a ti y a Raquel, Mira lo que me hizo mi familia cuando les conté lo de mi embarazo. Me enviaron a California para que ellos no se sintieran humillados. Ahora lamento no haberle contado nada a Vera, seguro que ella me hubiera apoyado, —reflexionó Kimberly en voz baja.

Capítulo 3

-A sí que por fin te vas a San Francisco a buscar a tu mujer. Empezaba a pensar que era...
—¿Era qué? ¿Una mentira? —Replicó Jason, con un filo cortante en la voz.

Los dos ancianos llevaban toda la tarde sentados en un rincón de la tienda jugando a las cartas, como hacían la mayoría de las tardes. La única diferencia entre hoy y las innumerables otras tardes era el hecho de que estaban disfrutando mucho provocando al propietario sobre su próximo matrimonio.

—No te pongas así, Jason. Sabes que Aaron sólo se está burlando de ti.

—Estoy cansado de escucharos a los dos. Si queréis sentaros a jugar a las cartas, está bien. Pero no os sentéis en mi tienda y me llaméis mentiroso.

—Lo siento, Jason. Hank tiene razón. Nunca te llamaría mentiroso. Eres un buen hombre y sólo te deseo lo mejor, —se disculpó Aaron, pasándose los dedos por la barba gris y desaliñada que rodeaba su rostro demacrado.

—Será mejor que nos quitemos de en medio, —comentó Hank, dando un codazo al otro hombre para que se levantara.

—Sí, tenemos cosas que hacer. Nos veremos cuando vuelvas de San Francisco, —llamó Aaron por encima del hombro mientras los dos hombres se dirigían hacia la puerta del Miller Mercantile.

—Lo siento, Aaron. Sólo estoy un poco nervioso, no me lo tengas en cuenta, —respondió Jason, saludando con la mano a los hombres—. ¡Genial! A este paso, no necesitaré volver a Placerville. Habré ahuyentado a todos mis clientes, —murmuró en voz alta, comprobando los estantes por última vez.

Le disgustaba salir de la tienda, pero ir a San Francisco a recoger provisiones era una necesidad, y no confiaba esa tarea a nadie más. Había aprendido que hacía falta tener un ojo atento para evitar que a uno le faltara la carga. Siempre había mendigos y ladrones en el muelle, tanto hombres con mala suerte como aquellos que eran demasiado perezosos para trabajar para ganarse la vida. Merodeaban entre la carga mientras se descargaba, ayudándose a sí mismos con cualquier cosa que pudieran llevarse. Poco después de su llegada, había viajado a los muelles para recoger su primer cargamento de mercancías. Para su asombro, varios ladrones habían conseguido unir sus fuerzas y llevarse grandes cajas mientras la involuntaria tripulación estaba a bordo del barco recogiendo el resto de la carga. A partir de ese día, Jason hizo todo lo posible por estar presente en el muelle cuando su carga se descargaba, y no se marchaba hasta que estuvo completamente contabilizada y asegurada.

Había ideado cuidadosamente un plan para proteger con éxito su carga y transportarla

hasta Placerville. Tras informarse sobre varios capitanes de barco, contrató al capitán Nedrick Wharton, un hombre de buena reputación, para transportar sus provisiones. El capitán Wharton había entregado toda la carga para la Mercantil Miller durante los últimos cinco años. Los dos hombres tenían un pacto de caballeros según el cual la carga de Jason no debía descargarse nunca hasta su llegada al muelle y, a cambio, el capitán Wharton recibiría varias monedas de oro por el servicio añadido. El proceso había funcionado admirablemente, y Jason podía presumir que ningún ladrón había robado nunca nada de su mercancía.

Del mismo modo, Jason había hecho minuciosos arreglos con una caballeriza local donde alojaba sus caballos y su carromato mientras estaba en la ciudad. Alquilaba dos carretas y conductores adicionales para que le ayudaran a transportar los suministros de vuelta a Placerville. Los conductores variaban de un viaje a otro, pero el dueño de la caballeriza respondía de cualquier hombre que contratara y Jason nunca había tenido complicaciones.

Su atención al detalle y su determinación inquebrantable de refutar la predicción de fracaso de su padre habían provocado una transformación. De un ser humano inseguro pero confiado, Jason había evolucionado lentamente hasta convertirse en un hombre con inclinación por el éxito y falta de tolerancia hacia los obstáculos que pudieran retrasar sus logros.

A medida que su negocio prosperaba en la pequeña ciudad minera de oro, Jason se había dado cuenta de que un par de manos extra le permitirían avanzar aún más rápidamente hacia la consecución de sus objetivos. Y, en sus metódicos cálculos, llegó a la conclusión de que la mejor manera de conseguir otro par de manos era casarse. El plan tenía abundantes ventajas. Aparte de la ventaja obvia, tendría ayuda adicional sin el gasto añadido. De acuerdo, tendría que alimentar y vestir a una esposa, pero eso le costaría menos que contratar a un empleado a tiempo completo. Además, ya no tendría que mandar a lavar su ropa ni cocinar sus propias comidas; podría entrenarla para cuadrar los libros de contabilidad, una tarea que él despreciaba; y, a medida que ella tuviera hijos, ¡habría aún más manos para ayudar! El único problema sería encontrar una mujer. California estaba superpoblada de hombres, pero las mujeres -al menos las buenas mujeres cristianas- no aparecían por ninguna parte. Para resolver su problema, Jason había ideado de nuevo un plan.

Hacía poco más de un año que había viajado a San Francisco y había pedido al capitán Wharton que llevara su anuncio a la costa este para publicarlo en varios periódicos. Las respuestas habían sido menos de las que él esperaba: una de una mujer que casi le doblaba la edad, otra de una mujer casada que quería escapar de un marido cruel y una de Helen Barkins. Aunque la señorita Barkins era la que más se acercaba a cumplir sus requisitos, no estaba del todo satisfecho. En su primera carta, ella confesaba tener veintiocho años. Él hubiera preferido una mujer de dieciocho o diecinueve años, joven y sana, que pudiera ganarse el sustento y darle muchos hijos. Pero al menos aparecía con buena salud y algo atractiva en la foto que había enviado.

Por supuesto, la petición de los padres de la mujer de que mantuviera correspondencia con él durante todo un año antes de zarpar hacia California había sido totalmente inaceptable. Él había concedido a regañadientes un retraso de seis meses, argumentando que el tiempo de viaje de su novia, de al menos seis meses, le obligaría a esperar más de un año su llegada a San Francisco. A lo largo del periodo de correspondencia de seis meses, había seguido esperando que alguna perspectiva más joven y adecuada se pusiera en contacto con él y estuviera dispuesta a hacer arreglos inmediatos para casarse con él. Esas esperanzas habían aumentado aún más

cuando Jason recibió una carta de Terence Barkins en la que prácticamente exigía que su preciada hija viajara a bordo de un barco de lujo a California. Jason se había quedado atónito al calcular el coste adicional, pero había accedido sombríamente al no poder idear un plan lógico para evitar la petición. Si el Sr. Barkins le consideraba un avaro, probablemente incitaría a Helen a cancelar su boda. ¡Y Jason no quería que eso ocurriera!

Ahora, después de un año de anticipar la llegada de su novia, Jason abandonaba Placerville como soltero por última vez. Cuando regresara, tendría una esposa, una ayudante.

—Espero ver las cuentas cuando regrese, —amonestó Jason al hombre que había contratado para cuidar de la tienda durante su ausencia—. Como de costumbre, he hecho un inventario de toda la mercancía, así que sabré si intentas algo turbio.

—El predicador respondió por mí, Sr. Miller. Soy un hombre honesto, y trabajé en el almacén general de mi ciudad natal durante diez años antes de venir a California. Hemos hablado de esto durante las últimas dos semanas. Si no confía en mí, busque a otra persona que se ocupe del lugar, —rebatía Clem Halbert.

—Lo siento, Clem. Es sólo que no me gusta dejar mi negocio en manos de otra persona. Cada vez que voy a San Francisco, tengo este problema. Antes Johnny Weber se ocupaba de todo, y por fin me estaba acostumbrando a él. Ahora que se ha ido, es, bueno.

—Lo entiendo, Jason, pero tienes dos opciones. O me confías la tienda a mí o te quedas en casa. No me hace ninguna diferencia en este momento. Por supuesto, si decides quedarte en Placerville, puede que cabalgue hasta San Francisco y vea si puedo convencer a tu novia de que se case conmigo, —bromeó.

Jason rió débilmente a su vez.

—Nunca se sabe, podría casarse contigo si eso ocurriera. Se sabe que las mujeres rechazan a un hombre por menos.

—Ah, ninguna mujer te va a rechazar, Jason. Va a recorrer medio mundo para casarse contigo. Ahora, será mejor que te vayas antes de que el sol esté más arriba en el cielo.

Después de revisar la tienda por última vez, se subió al asiento del carro y golpeó las riendas.

—¡Arre! —Gritó mientras los caballos se alejaban lentamente de la fachada de la tienda.



Kimberly y Helen permanecían en la cubierta del barco mientras éste lentamente maniobraba entre la multitud de barcos del puerto de San Francisco, muchos de ellos en un terrible estado de deterioro, obviamente por haber estado abandonados durante mucho tiempo.

—¿Por qué todos esos barcos del puerto están en tan pésimo estado? —Preguntó Helen a uno de los miembros de la tripulación que pasó detrás de ellas.

—¿Ellos? Oh, una vez que atracan, a los marineros les entra la fiebre del oro y nunca regresan. Los barcos permanecen en el puerto hasta que el capitán puede contratar a otra tripulación. Pero eso no ocurre muy a menudo, así que los barcos se quedan aquí y se pudren, —

explicó—. Encontrará que algunos de ellos han sido remolcados y colocados entre otros edificios. Se utilizan como hoteles y almacenes generales o salones; parece extraño al principio, pero te acostumbras. Será mejor que vuelva al trabajo.

—¿Así que crees que tu Jason Miller estará esperando en el muelle? —Preguntó Kimberly.

—La verdad es que no lo sé. Me dijo que si no estaba en el muelle, me quedara en el Hotel Ashton, —contestó ella mientras intentaba calmar lo que sentía como un millón de mariposas acampadas en su estómago.

—¿Tienes miedo? —Preguntó Kimberly—. Sé que yo lo tendría. Casarme con un completo desconocido, sin saber si le gustaría mi aspecto o mi forma de actuar, —ella divagó—. ¿Él lo sabe? —Preguntó, señalando con la cabeza el lado izquierdo de Helen.

—No. No pensé que fuera importante, —respondió ella a la defensiva.

Kimberly miró a su amiga con asombro.

—¿De verdad crees eso? —Preguntó, mirando profundamente los ojos azules de Helen.

—¿Por qué todo el mundo piensa que lo más importante de mí es el hecho de que nací con un brazo y una pierna atrofiados, que camino cojeando y tengo dificultades para utilizar la mano izquierda? ¿Es eso más importante que el color de mi pelo o lo que peso o quizá lo alta que soy? —Replicó Helen enfadada.

—¿Le has dicho el color de tu pelo y lo alta que eres? —Inquirió Kimberly en voz baja.

—Sí, pero sólo porque me lo preguntó, —fue la brusca réplica de Helen.

—Supongo que no se le pasó por la cabeza explorar la posibilidad de alguna dolencia. Probablemente supuso que tú te habrías sincerado sobre algo así.

—Bueno, a mí me da igual que tenga una dolencia de algún tipo, así que no pensé que hubiera necesidad de abordar el asunto, —afirmó Helen, cuadrando los hombros como si estuviera lista para la batalla—. No puedo hacer nada para cambiar mi aspecto. Nací así y he tenido que lidiar con ello toda mi vida.

—Por favor, no me malinterpretes. Sé que una vez que el Sr. Miller te conozca, ni siquiera se dará cuenta de que eres. . .

—¿Diferente? —Preguntó Helen.

—Sí, diferente. Sabes que eres diferente, y yo también. Pero una vez que la gente llega a conocerte, ya no se da cuenta. Sólo pensé que se lo dirías al Sr. Miller para que estuviera preparado para aceptarte tal como eres. Oh, no importa lo que diga, sale mal, —declaró Kimberly, su exasperación evidente mientras observaba la ominosa mirada que cruzaba el rostro de Helen.

—El hecho es que él no sabe que estoy lisiada y es demasiado tarde para decírselo ahora. Pero tienes razón, temía que me rechazara si lo sabía, —admitió Helen—. Supongo que averiguaré lo que es importante para él en la próxima hora o así.

Los pasajeros empezaban a desembarcar cuando el capitán se apresuró hacia donde Helen y Kimberly hacían cola.

—He hecho que mis hombres coloquen los otros baúles con los suyos. Estarán juntos en el muelle, —dijo—. Espero que el viaje no haya sido del todo insoportable, señoras. Nos

esforzamos por ofrecer el mejor servicio y nos consideramos un barco de lujo, a diferencia de la mayoría de ellos, —dijo, indicando hacia los otros barcos del puerto—. Desgraciadamente, no tenemos control sobre el tiempo, aunque no fue demasiado malo en este viaje, —concluyó.

Helen le dio las gracias y se guardó para sí sus pensamientos sobre la tormenta, esperando no tener que soportar nunca más un tiempo tan horrible. Mientras tanto, Kimberly parloteaba sobre lo emocionante que había sido el viaje, olvidando al parecer que su hijo nonato había amenazado con adelantar el parto. Helen se había sorprendido y agradecido enormemente que la chica no hubiera sufrido más dificultades con el embarazo. A estas alturas ya no se podía ocultar su inminente estado y, según los cálculos de Kimberly, el bebé había salido de cuentas la semana anterior.

Las dos mujeres caminaron cogidas del brazo por la inestable pasarela, Helen sin perder de vista a Kimberly, no queriendo que se produjera un desastre de última hora. Cuando por fin llegaron a la firmeza del muelle, Helen divisó a un hombre que sostenía una foto y miraba entre los pasajeros que habían desembarcado. Guiando a Kimberly en su dirección, le echó un vistazo más de cerca. El hombre se parecía al retrato de Jason Miller, pero ella no podía estar segura.

Ella observó cuando él las divisó. Sus ojos iban y venían entre las dos mujeres y luego subían y bajaban lentamente a lo largo de ella. Tenía su foto en la mano, la miraba y luego a ella. Durante varios minutos no dijo nada; se limitó a mirar fijamente.

—¿Es usted la señorita Barkins? —Fueron sus primeras palabras y fueron dirigidas a Kimberly.

—Ella es Kimberly Blackburn. Kimberly, creo que éste es el señor Jason Miller, —declaró Helen.

—Encantada de conocerlo. Helen y yo nos conocimos en el barco. Es una dama tan maravillosa que no sé qué habría hecho sin ella. Es muy afortunado de que haya aceptado ser su esposa, pero supongo que ya sabe...

—Kimberly, no hace falta que ensalces mis virtudes ante el Sr. Miller. Usted es Jason Miller, ¿verdad? —Interrumpió Helen.

—Por supuesto, soy Jason, —respondió él, con los ojos posados en el brazo izquierdo de ella—. Llevo aquí dos días esperando el barco y ya he hecho arreglos con el predicador y alquilado una habitación en el hotel. Partiremos en un par de días después de que haya cargado todas mis provisiones, —afirmó con naturalidad—. ¿Dónde están sus pertenencias?

Helen señaló sus baúles así como los que habían pertenecido a Vera. Sin más comentarios, asintió y los subió uno a uno a una carreta.

—No parece hablar mucho, ¿verdad? —Susurró Kimberly justo cuando Jason regresaba.

—¿Viene alguien a por ti? —Preguntó a Kimberly

—No, no lo creo, —respondió Kimberly.

—¿Qué significa eso de que no lo crees? O viene alguien o no viene, —replicó Helen bruscamente.

Helen vio que empezaban a formarse lágrimas en los ojos de Kimberly y respondió por la chica.

—No hay nadie que se reúna contigo. Has venido a California a empezar una nueva vida.

—A mí me parece que está huyendo de su antigua vida, —replicó Jason, refiriéndose obviamente al estado de Kimberly—. Si quiere que la llevemos al hotel, puede venir con nosotros, —se ofreció con voz carente de toda calidez.

—Sería muy amable por su parte. Ésos son mis baúles, —replicó Kimberly dócilmente.

Helen creyó oírle hacer un comentario en voz baja, pero prefirió ignorarlo. Aunque el hotel no estaba lejos, la creciente tensión entre los tres pasajeros hizo que el corto trayecto pareciera horas. Jason ayudó a Kimberly a bajar y luego alargó la mano para ayudar a Helen.

—Usted y yo tenemos que hablar de eso, —susurró, indicando hacia el lado izquierdo de su cuerpo.

Helen sintió que se ponía rígida y se apartó rápidamente de él. Las dos mujeres entraron en el hotel, seguidas por Jason.

—Ya estoy registrado, pero necesitaré otra habitación para la señorita Barkins. ¿Va a alquilar una habitación, señorita Blackburn? — Le preguntó él con insistencia.

—Supongo, —respondió ella, mirando hacia Helen.

—Eso no será necesario, —intervino Helen—. Puede quedarse en mi habitación esta noche.

—¿Por qué no se refresca y luego vamos a cenar? A solas, —dijo él

—Necesitaré un poco de tiempo, —contestó ella, aunque no estaba segura de estar nunca dispuesta a pasar tiempo a solas con un hombre tan adusto.

—Haré los preparativos para que le lleven los baúles a su habitación. Reúnase conmigo aquí a las cinco... sin ella, —respondió él.



—Estás preciosa. Ese vestido fue una elección maravillosa, —le ofreció Kimberly mientras Helen se preparaba para marcharse. El corpiño verde intenso estaba adornado con ribetes dorados, y los tres volantes rosa intenso de la falda estaban ribeteados con ribetes verde bosque. Su pelo castaño caía en suaves ondas alrededor de su cara, llegando hasta debajo del escote del vestido, mientras que el resto estaba recogido en un gran moño rodeado por una cinta verde a juego.

—Gracias, Kimberly, pero no creo que el señor Miller quede demasiado impresionado, —respondió, recogiendo su larga capa de lana y colocándosela sobre el brazo encogido.

A las cinco en punto entró en el vestíbulo del hotel, donde Jason paseaba impaciente de un lado a otro. Se alegró de ver que no llevaba el mismo atuendo con el que se habían conocido en el barco. Llevaba unos pantalones de lana gris, una camisa blanca con corbata gris rematada por un chaleco de doble botonadura y una levita de alpaca negra. Llevaba un sombrero de copa negro de fieltro de castor y su pelo castaño estaba cortado corto y con raya a un lado. Un bigote castaño oscuro mostraba un atisbo de canas, lo que le hacía parecer mayor de su edad declarada de treinta años. Aunque su rostro parecía permanentemente fruncido, su aspecto no era del todo

desagradable.

—¿Le he hecho esperar mucho? —Le preguntó mientras se acercaba a él.

Él sacó su reloj del chaleco.

—No importa cuánto tiempo haya estado esperando. Llega usted exactamente a tiempo. Son las cinco, —respondió.

Una vez más sintió como si sus ojos la atravesaran. El silencio era ensordecedor.

—¿Cenamos aquí? —preguntó ella cuando él no dijo nada más ni se movió hacia la puerta.

—No, —respondió él y extendió el brazo—. Hay un restaurante a poca distancia. Pensé que podríamos ir andando. Es decir, ¿si es capaz de caminar tanto?

—Se sorprendería de lo lejos que puedo caminar, Sr. Miller, —dijo ella, queriendo añadir que si no estuviera tan lejos de casa, saldría de su vida. En lugar de eso, se mordió la lengua y le cogió del brazo.

No intercambiaron ni una palabra más hasta que estuvieron sentados en el restaurante y Jason había pedido la cena para los dos.

—Ahora bien, —empezó él—, ¿cómo es que no mencionó en sus cartas que era tullida... o no pensó que me daría cuenta? —Preguntó sarcásticamente.

—Estaba segura de que se daría cuenta, señor Miller, a menos que tuviera algún problema de visión, —replicó Helen, incapaz de contener su mal genio.

—Bueno, no tengo ningún problema de visión, y si lo tuviera, se lo habría dicho. De hecho, se lo habría dicho si sufriera alguna dolencia, —contraatacó él, con la voz inundada de ira.

—Señor Miller, yo no sufro de nada. Sucede que tengo un brazo y una pierna algo pequeños. La pierna izquierda me hace cojear, y estoy algo limitada en el uso de la mano y el brazo izquierdos, pero no me considero una lisiada, ¿no fue ésa la palabra que utilizó: lisiada?

—Me parece que si no tuviera miedo de que le rechazara, me lo habría dicho. Tuvo cuidado de enviar una foto que ocultara su imperfección y el mismo cuidado de no escribirme sobre ello. ¿Es por eso por lo que nunca se ha casado? ¿Nadie la quería?

Helen le miró fijamente durante un momento y luego, muy tranquila, contestó—: Es muy probable que la razón por la que sigo soltera sea porque tengo diferencias físicas visibles. Tiene usted razón. Temía que me considerara inaceptable por esa divergencia de lo que el mundo considera normal. Siento no habérselo dicho, porque es obvio que me encuentra desagradable exteriormente. Desgraciadamente, debo decirle que le encuentro aún más inadecuado. No se da cuenta, señor Miller, pero está mucho más tullido que yo, interiormente tullido por un espíritu cruel y una lengua viciosa. Ahora, si me disculpa, he perdido el apetito, —concluyó, levantándose de la mesa.

—No, no te disculparé. Este asunto debe resolverse, y marcharse de aquí no va a resolver nada. Por favor, siéntese, —apeló él.

Dándose cuenta de que tenía razón y de que tenían que tomar algunas decisiones, Helen se sentó justo cuando llegaba la cena. Observó cómo Jason empezaba a comer, aunque ella era incapaz de recuperar las ganas de comer.

—¿Necesitas ayuda para cortar la carne? —Le preguntó él cuando se dio cuenta de que ella no había empezado a cenar.

—No, no necesito ayuda para cortar mi carne, peinarme o lavar los platos, Señor Miller. Llevo una vida perfectamente normal, aunque estoy segura de que le cuesta creerlo, —respondió ella.

—Sólo me ofrecía a ayudar, —respondió él a la defensiva.

—Creo que lo mejor sería que volviera a Boston, —le dijo Helen con voz carente de emoción.

—Espere un momento, —respondió Jason entre bocados de puré de patatas y salsa. —Creo que olvida cuánto dinero me he gastado ya para traerla aquí. Por no mencionar el hecho de que he perdido todo un año con la espera de los seis meses que pidió y luego casi seis meses para su viaje.

—En cuanto a su desembolso de capital, podría enviarle pagos mensuales hasta que se le reembolse. No hay nada que pueda hacer para reemplazar su tiempo.

—¿Tiene dinero para su viaje de regreso? —Inquirió.

Ella le miró a los ojos.

—No, no tengo. Tendrá que adelantarle y también se lo devolveré, —dijo ella.

—Lo siento, pero ahora mismo no dispongo de tanto dinero. Estoy en San Francisco no sólo para encontrarme con su barco, sino también para comprar los suministros que pedí para reabastecer mi tienda. No tengo mil dólares extra para enviarla a casa. De hecho, no creo que tengamos demasiadas opciones. El predicador ya ha cobrado y ha aceptado dirigir la boda mañana por la mañana. Haré honor a mi palabra de que estaremos casados... sólo de nombre, —se apresuró a añadir, cuando ella intentó interrumpirle.

—¿Tengo algo que decir en esto? —Preguntó ella, incapaz de mantener la calma por más tiempo.

—En realidad, no. No tiene dinero para volver a casa; no tiene ninguna familia aquí; no puede mantenerse; y aunque pudiera, ninguna mujer soltera que se respete a sí misma querría vivir sola y desprotegida en San Francisco. La ciudad está plagada de hombres; la mayoría de ellos con muy poca consideración por una dama, —replicó.

—En otras palabras, ¿debería estar agradecida de que esté dispuesto a sacrificarse y casarse conmigo?

—Bueno, yo no lo diría exactamente con esas palabras, pero...

—Le diré una cosa, Sr. Miller. Lo que le falta en carácter lo compensa sin duda en arrogancia, —replicó ella.

—Si se le ocurre otra forma de resolver esto, soy todo oídos, —contraatacó él.

—Si lo hago, será el primero en saberlo. Me gustaría volver al hotel, ahora si he terminado de cenar.

Caminaron de vuelta al hotel en un silencio ensordecedor.

—Nos veremos aquí a las diez de la mañana. El predicador nos espera a las diez y media,

—instruyó Jason mientras sacaba su reloj del bolsillo de su chaleco.

—¿Contando sus horas de libertad? —Helen le provocó, incapaz de contenerse.

Él no dio ninguna réplica sino que se limitó a ponerse en marcha por el pasillo con Helen mirándole fijamente. Ella se sobresaltó cuando él se volvió bruscamente y regresó.

—¿Has traído un vestido de novia? —Preguntó él

—Sí —respondió ella, sorprendida por la pregunta.

—Póntelo mañana, —le ordenó él y volvió a alejarse de ella—. Y puede traer a esa mujer Blackburn si quiere, —volvió a llamar por encima del hombro, sorprendiéndola aún más.

Cuando por fin desapareció de su vista y Helen estuvo segura de que no volvería, abandonó el vestíbulo y regresó a su habitación. Kimberly estaba sentada en un gran sillón acolchado que parecía tenerla sumergida en sus profundidades.

—¿No sería más cómoda la otra silla? —Inquirió Helen mientras se quitaba la capa.

—Creo que sí y, desde luego, me gustaría probarla, pero parece que no puedo levantarme de ésta, —respondió Kimberly—. Cada vez que intento levantarme me desequilibro. Parece que mis piernas son demasiado cortas y mi barriga demasiado grande, —explicó con una risita—. Empezaba a temer que tendría que pasar la noche en esta silla. No sé qué habría hecho si no hubieras vuelto, —añadió.

—Toma, deja que te ayude, —dijo Helen, extendiendo su brazo bueno hacia la muchacha y observando cómo Kimberly se abría paso con poca gracia por la habitación y se dejaba caer en la silla más pequeña.

—Oh, así está mucho mejor. Ahora, cuéntame lo que pasó en la cena, —la animó.

Helen relató sólo una parte de los acontecimientos, no queriendo revivir todos los dolorosos intercambios que habían tenido lugar.

—¡Esto es tan emocionante! Obviamente, no sé juzgar bien a las personas. Cuando conocimos al Sr. Miller en el muelle parecía tan huraño que temí que fuera malintencionado sobre... bueno, ya sabes... —dijo, con la voz entrecortada.

—¿Te refieres a lo de que soy lisiado? —Preguntó Helen por ella.

—Nunca te llamé tal cosa, —se enfadó Kimberly a su vez.

—No, no lo hiciste; así es como me llama Jason Miller, —dijo ella, incapaz de contener por más tiempo el dolor. Hasta ese momento no se había dado cuenta de las heridas que él había reabierto. Todas las viejas penas de años pasados volvieron a atormentarla y fue incapaz de contener los sollozos desgarradores que brotaron de lo más profundo de su ser.

Kimberly se movió tan rápido como su cuerpo le permitió y abrazó a su amiga, alisándole el pelo e intentando de alguna manera aliviar una pequeña parte de la agonía de Helen.

—Lo siento mucho, Helen. Él no se imagina lo maravillosa persona que eres. Todo se arreglará. Ya lo verás, —canturreó.

Nada más pronunciar las palabras, Kimberly prorrumpió en un grito de agonía.

—Oh, Helen, creo que he empezado el parto, —sollozó, doblándose en su intento de alcanzar la cama.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, Jason se paseaba tenazmente de un lado a otro del vestíbulo, sacando su reloj de bolsillo cada treinta segundos. Eran casi las once, pero Helen no había aparecido.

Sabía que le había dicho que habían quedado con el predicador a las once, y era evidente que iban a llegar tarde. Poco a poco se fue introduciendo en su mente el temor de que tal vez ella hubiera huido durante la noche, decidiendo que casarse con él era un destino peor que valerse por sí misma en territorio desconocido. Sus pensamientos volvieron a la pequeña iglesia de Virginia donde había estado esperando a Carol cinco años antes.

—Ha vuelto a ocurrir, —murmuró mientras bajaba de nuevo la vista hacia el reloj.

Cerrando el reloj de golpe y devolviéndolo al bolsillo de su chaleco de satén azul bordado, que había encargado especialmente para la ocasión, se dirigió resueltamente hacia la habitación de Helen y golpeó con fuerza la puerta. Habían pasado varios minutos cuando, justo cuando levantaba la mano para llamar una vez más, la puerta se abrió de golpe.

Helen estaba ante él con el mismo vestido que llevaba cuando se separaron la noche anterior. Aparecía mojado en algunas partes y manchado en otras; su pelo estaba húmedo, y las ondas de la noche anterior estaban lisas y despeinadas. Las ojeras hacían que sus ojos parecieran hundidos en su cabeza, y su cojera al alejarse de él parecía aún más exagerada de lo que él recordaba.

—Entra y cierra la puerta si quiere quedarse, —dijo ella, sin mirar atrás para ver si él había entrado o no.

—¿Le importaría decirme qué está pasando? —Preguntó él, cerrando la puerta.

Su respuesta llegó de la habitación contigua: el llanto lujurioso de un recién nacido que había llegado al mundo con dificultad hacía sólo unos minutos.

—Llevo toda la noche haciendo de comadrona de Kimberly. Obviamente, no estaré lista para una boda a las once, —declaró, confirmando lo obvio.

—¿Quiere decir que nos van a retrasar hasta mañana? Ni siquiera sé si el predicador estará disponible entonces. ¿Cuánto tardará en prepararse? Puedo ir a ver si espera una hora más. ¿Puede estar lista para el mediodía? —Preguntó, con sus preguntas disparadas en rápida sucesión.

Helen retrocedió y se colocó justo delante de él. — Sr. Miller, acabo de decirle que he estado despierta toda la noche. Míreme. ¿Tengo pinta de poder estar lista para una boda en menos de una hora? En cuanto se calmen las cosas, pienso asearme y luego descansar un poco. Así que si está decidido a casarse hoy, tendrá que buscarse otra esposa—, respondió ella, por primera vez mirándole directamente a los ojos.

—Bueno, ¿puede darme alguna idea de cuándo podrá encontrar tiempo para asistir a la

boda? —Inquirió él, pasándose la mano por su espeso pelo castaño mientras se encontraba con su mirada.

—Preferiría esperar al menos dos semanas, —respondió ella con calma.

—¡Dos semanas! —Gritó él. Su protesta fue seguida rápidamente por los robustos llantos del bebé.

—¿Podría abstenerse de gritar y dar portazos? Estoy segura de que Kimberly se lo agradecería, y sé que yo ciertamente lo haría, —dijo ella, molesta porque había despertado al bebé.

—Mis humildes disculpas, señorita Barkins. Sería bueno que recordara quién paga estas habitaciones. No es la señorita Blackburn ni su recién nacido. También sería de agradecer que recordara por qué ha venido a California.

—Sé quién paga la factura del hotel y sé por qué he venido a California. ¿Cómo podría olvidarlo? Pero verás, Sr. Miller, fracasaría estrepitosamente si dejara a esta chica sola con un recién nacido. Ella no tiene a nadie. ¿Quién la ayudará? Para serle sincera, no sé si seré capaz de obligarme a dejarla dentro de dos semanas —continuó.

Jason se dejó caer en el gran sillón de orejas que la noche anterior había amenazado con tragarse a Kimberly. En contraste, parecía empequeñecer el mueble demasiado mullido cuando juntó las manos y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Parece que una vez más vamos a vernos obligados a tomar decisiones difíciles, —comentó.

—Obviamente, su idea de la toma de decisiones conjunta es diferente a la mía. Por lo que recuerdo, no había ninguna decisión real que tomar.

—Bueno, en ese caso, ¿por qué no empieza usted? Cuénteme su plan para resolver esta situación. Créame, me encantaría escuchar su solución.

Helen no había esperado que él le diera la vuelta a la tortilla, pero ahora se enfrentaba a presentar un arreglo factible cuando su mente apenas funcionaba por la falta de sueño. Se sentó frente a él en el sofá de brocado.

—¿Por qué no puede esperar varias semanas antes de que partamos hacia Placerville? —Preguntó ella, incapaz de ofrecer nada más por el momento.

—¿Por qué? Le diré por qué. Poseo una tienda en Placerville que está siendo gestionada por un hombre que está más interesado en volver a los campos de oro que en ocuparse de mi negocio. Cuando me fui, estaba muy necesitado de provisiones, y ya he estado fuera tres semanas entre el tiempo de viaje y la espera de que llegaran las provisiones y su barco. Esperaba estar de vuelta antes de hoy, ¿y usted quiere que permanezca aquí varias semanas más? ¡El tiempo es oro! Tengo un horario que cumplir. Por alguna loca razón, pensé que tener una esposa iba a ayudarme a llevar mi tienda con más eficiencia. Si le hago caso, ¡no me quedará negocio que dirigir!

—¿Es eso lo que voy a ser, entonces? ¿Alguien que actúe como su ayuda contratada en el mercantil? —Desafió ella.

—Ni siquiera entremos en eso, —replicó enfadado—. Se supone que estamos buscando una solución, no encontrando problemas adicionales por los que discutir. Si tiene alguna otra

idea, ésta es su oportunidad de airearla, porque está fuera de lugar que permanezcamos aquí, —le dijo, dándole una oportunidad más para resolver el asunto.

—Si el predicador está disponible para casarnos mañana, podremos irnos poco después de la ceremonia. Antes de partir, tendrá que hacer una cama en la parte trasera de la carreta para Kimberly y el bebé, —respondió ella.

—¿Qué? —Bramó él, saltando de la silla—. ¿Cree que debo llevarme a esa mujer y a su bebé con nosotros a Placerville? ¿Planea que también vivan con nosotros? No puedo creerlo, —continuó despotricando mientras se paseaba de un lado a otro de la pequeña sala de estar.

—Usted quiere volver inmediatamente y yo no puedo dejarla aquí sola. Va a ser difícil para ella hacer el viaje tan pronto después del nacimiento del bebé, pero creo que estará de acuerdo.

—¿Cree que estará de acuerdo? Bueno, por supuesto que estará de acuerdo. ¿Por qué no habría de hacerlo? De repente tiene una familia instantánea para cuidar de ella. Si no es ser demasiado inquisitivo, ¿podría preguntar qué tenía en mente esta mujer cuando zarpó hacia California en su estado? ¿O es que está totalmente descerebrada?

—Baje la voz. Ella no necesita oír sus comentarios cáusticos; ya es suficiente con que yo tenga que tolerarlos. Es joven y cometió un error. Su familia la repudió, y el último regalo que le hizo su padre fue un pasaje en el Edward Everett con la advertencia de que nunca volviera a contactar con la familia. Alguien le dijo que los hombres superaban ampliamente en número a las mujeres en California, así que supongo que su plan era que encontraría marido después de que naciera el bebé.

—Sí, y sólo digo si, acepto llevármela con nosotros, ¿entonces qué? ¿Planea que ella viva con nosotros? Porque no accederé a eso, —replicó débilmente. Él sabe que no puedo acceder a eso, pensó Helen. Puedo verlo en sus ojos.

En voz alta le dio la respuesta que sabía que él esperaba.

—Tendrá que quedarse hasta que pueda hacer otros arreglos.

Negó lentamente con la cabeza.

—Sabe que tengo que volver y estoy obligado a mi promesa de casarme con usted. Los llevaré con nosotros y podrán quedarse dos meses. Si tiene dinero, espero que pague su pensión. Quiero su promesa de que al cabo de dos meses, la señorita Blackburn y su hijo se mudarán de nuestra casa, sin excusas, sin prórrogas y sin discusión por su parte. ¿Tenemos un trato?

Helen lo pensó sólo un momento.

—Tiene mi palabra. Cuando haya hablado con el predicador, hazme saber cuándo debo estar preparada para la ceremonia matrimonial. Llegaré a tiempo, —añadió.

—No volveré hasta la hora de la cena para que pueda descansar. Con suerte, para entonces habré ultimado los preparativos, —contestó él, sacándose de nuevo el reloj de bolsillo, comprobando la hora, y devolviéndoselo al chaleco.

Una vez que se hubo marchado, Helen se apoyó en la puerta cerrada, incapaz de creer que hubiera aceptado sus condiciones pero demasiado cansada para deleitarse con la victoria. Entró de puntillas en el dormitorio, donde Kimberly y el bebé dormían. En silencio, vertió agua en el lavabo de porcelana y se bañó y, aunque era más de mediodía, se puso un suave camisón de

algodón.

Varias horas después, los vigorosos llantos del bebé y la voz de Kimberly la sacaron de un profundo sueño.

—¿Qué hora es? —Gritó desde el salón, con la espalda dolorida de dormir en el pequeño sofá.

—No lo sé, —respondió Kimberly—, pero me está entrando un hambre terrible. ¿Hay algo aquí para comer?

—No, pero te traeré algo en cuanto me vista, —le aseguró Helen mientras entraba en el dormitorio.

Segura de que debían de ser cerca de las cinco, sacó de su baúl un vestido de seda azul pálido con ribetes azul marino y cuello de encaje. Moviéndose con rapidez, se cepilló el pelo y se lo recogió en un moño en la nuca. En algún lugar de su baúl había cintas azules que hacían juego con el vestido, pero en su prisa fue incapaz de encontrarlos. Dándose por vencida, sacó su bonete de seda justo cuando sonó un golpe en la puerta.

Jason la saludó mientras sostenía un plato cubierto de comida y una tetera de té humeante que había traído del restaurante.

—Pensé que la señorita Blackburn tendría hambre, —declaró, extendiendo el plato hacia ella mientras entraba por la puerta.

—Gracias, señor Miller. Sé que Kimberly estará muy agradecida, —dijo ella, sorprendida por su considerado gesto.

—Es que no quería que me metieras prisa con la cena para que pudieras traer su comida aquí. Sabía que eso era lo que pasaría, —replicó él.

Eso sí que está más en su carácter, pensó Helen. Lo que momentáneamente confundí con amabilidad no es amabilidad en absoluto, sólo una continuación de su actitud de autoservicio.

Llevó la bandeja a Kimberly y esperó a que la nueva madre se saciara con su cena antes de regresar al salón. Jason se paseaba de un lado a otro, evidentemente irritado por tener que esperar unos minutos más. Helen estuvo tentada de decirle que tenía que cambiarle el pañal al bebé antes de que pudieran marcharse, pero luego se lo pensó mejor antes de irritarle a propósito.

El restaurante no estaba abarrotado cuando llegaron y Helen pidió que les sentaran cerca de una de las ventanas.

—Poder mirar al exterior mientras cenas es agradable, ¿no cree? —Aventuró en un intento de mantener una conversación civilizada mientras cenaban.

—Personalmente, no me gusta que la gente me vea comer, —respondió él.

—Demasiado para una conversación civilizada, —murmuró ella en voz baja

—¿Cómo dice? No te he oído, —contestó él.

—Oh, nada. ¿Pudo encontrar al predicador? —Preguntó ella, cambiando de tema intencionadamente.

—Sí, y debo añadir que no estaba muy contento. Al parecer estuvo sentado varias horas esperándonos. Dijo que nos vería en la iglesia mañana a las once y ni un minuto más tarde. Por

supuesto, esperaba una compensación extra por sus molestias, —se apresuró a informarle Jason.

—Por supuesto, —respondió ella.

Él esperó, pero cuando ella no dijo nada más, se inclinó hacia delante en su silla.

—Estará lista a tiempo, ¿verdad?

—Sí, señor Miller, estaré lista a tiempo. Tendrá la carreta preparada para Kimberly y el bebé, ¿verdad? —Rebatió ella.

—Ya me he ocupado de ello, —replicó él con suficiencia.

¿Por qué permito que me ponga tan irritable? pensó Helen. Parece como si disfrutara haciéndome enfadar. ¿Cómo voy a pasar el resto de mi vida con este cascarrabias?

—Las provisiones ya están cargadas, así que podremos partir poco después de la ceremonia. Llevaremos tres carromatos, —dijo, haciéndola volver al presente.

—¿Tres carromatos? ¿Cómo vamos a hacer eso? —Inquirió ella.

—He contratado a un par de hombres. No tiene nada que ver con usted y la señorita Blackburn. Siempre necesito al menos tres carretas para llevar mis provisiones a Placerville, —añadió.

—Bueno, es bueno saber que al menos una cosa no es culpa nuestra, —replicó ella, pero luego se arrepintió de no haberse mordido la lengua.



La mañana llegó demasiado pronto, y Helen se preparó cuidadosamente. Ella se había puesto la chemise cuando Kimberly se ofreció a atarle el corsé, explicándole que podía realizar la tarea fácilmente sin salir de los confines de su cama.

—Ni siquiera necesitas este corsé. Creo que tu cintura es igual de pequeña sin él, —comentó Kimberly con tristeza mientras observaba su propia figura.

—No te preocupes, Kimberly. Volverás a tener una cintura diminuta en poco tiempo, —replicó Helen, empezando a pasarse el cepillo por el pelo.

—Déjame peinarte, —pidió Kimberly—. Me gustaría hacer algo por ti después de todo lo que has hecho por mí, —continuó cuando Helen no se movió inmediatamente hacia ella.

Helen sonrió y le entregó el cepillo para el pelo.

—Deja que acerque la silla a la cama para que puedas arreglártelas.

Pacientemente, Kimberly moldeó el espeso cabello castaño en unos rizos largos y voluminosos que acentuarían el tocado en forma de corona de Helen, con flores de cuentas de cristal y azahar encerado, que sujetaba su velo de tres cuartos de largo.

—¡Ya está! —Anunció orgullosa cuando hubo terminado—. Queda precioso.

Sabiendo que no se atrevía a llegar tarde, Helen comprobó la hora y se puso con cuidado el vestido de novia de seda. El encaje de seda marfil bordeaba la el lazo plisado, y el corpiño con fuelle formaba una exagerada V justo debajo de su cintura. Las mangas largas estaban

acentuadas con el mismo encaje marfil que rodeaba el lazo. La falda en forma de cúpula se sujetaba con aros de hueso de ballena, que estaban cosidos a sus enaguas, y sus medias blancas de hilo de Escocia estaban bordadas con encaje rubio. Se calzó unos zapatos de tacón bajo de color marfil decorados con pequeños lazos de encaje. Llevaba un pequeño ramo confeccionado con cintas, encaje y flores y hojas de azahar enceradas que hacía juego con su tocado.

—Oh, Helen, estás preciosa. Incluso pensaste en hacerte un ramo antes de salir de casa.

—En realidad, lo hizo mi madre, —contestó mientras rebuscaba en uno de sus baúles—. Parece que no encuentro mi pañuelo ni las manoplas de red.

—¿Puedo ayudarte a buscar? —Inquirió Kimberly.

—No te atrevas a salir de esa cama, —replicó Helen, sacando un retículo de seda de las profundidades del baúl—. Oh, mira... mis manoplas y mi pañuelo están dentro, —dijo, sintiendo por fin una sensación de alivio.

Echó una fugaz mirada al espejo.

—Ésta no es ciertamente la boda que imaginé cuando mi madre y yo pasábamos horas eligiendo telas y encajes. Pero supongo que realmente no importa, —comentó.

—Claro que importa, —le dijo Kimberly—. Sólo te casas una vez, y eres una novia preciosa. Ojalá pudiera estar allí, —se lamentó su amiga.

—Puede que sea una novia, pero no parece que vaya a ser nunca esposa o madre. Todo esto es una burla y, si tuviera algo de sentido común, le diría a Jason Miller que no estoy dispuesta a conformarme con un matrimonio a medias. Por favor, no pierdas el tiempo deseando observar esta parodia. Será mejor que me vaya. El Sr. Miller es muy estricto con la puntualidad, —dijo, inclinándose para depositar un beso en la suave mejilla de la niña.

—He decidido llamarla Vera Rebecca Blackburn. La he llamado así por ti y por Vera. Pensé que podríamos llamarla Becca, —dijo Kimberly, con los ojos llenos de lágrimas—. No puedes ni empezar a imaginar cuánto aprecio todo lo que has hecho por mí. ¿Cómo podré pagártelo?

—Le pusiste mi nombre a tu bebé y tendré el placer de estar con vosotros dos un tiempo más. ¿Cómo podría pedir algo más? Creo que Vera Rebecca Blackburn es un nombre precioso, y sé que Vera estaría encantada de tener a esta preciosa niña como tocaya. Ahora, descansa un poco y disfruta de la comodidad de esa cama mientras puedas. Pronto estarás montada en una carreta y no pensarás que te he hecho tanto favor. Volveré dentro de una hora o así, —dijo, caminando hacia la puerta y sosteniendo el ramo en su marchita mano izquierda.



Como era de esperar, Jason se paseaba de un lado a otro por el vestíbulo cuando ella llegó. Levantó la vista cuando ella se le acercó al final del pasillo.

—Pareces. . .

—¿Parezco qué? —Preguntó ella cuando él no completó la frase.

—Oh, nada. Dese prisa o llegaremos tarde. Hay un carruaje fuera. Pensé que pareceríamos

raros caminando por la calle con nuestro atuendo de boda, —le dijo él, dirigiéndose hacia la puerta principal.

—Vaya, qué novia más guapa, —dijo el dueño del hotel mientras mantenía la puerta principal abierta para la pareja.

—Gracias, señor, —respondió ella.

Jason no hizo ningún comentario, pero ella notó que su cara y su cuello enrojecían ante el halagador comentario del hombre. O no cree que tenga un aspecto lo bastante agradable como para recibir un cumplido, o está avergonzado porque no mencionó mi aspecto, pensó Helen.

Fue una ceremonia breve y anodina, cada uno de ellos jurando honrar y obedecer al otro, seguida de que el ministro los declarara marido y mujer. Helen notó la mirada perpleja del predicador cuando Jason no aprovechó su anuncio de que ya podía “besar a la nueva novia”.

Disfrutando de su aparente vergüenza, Helen no pudo resistirse a complicarle aún más la situación.

—Jason, —le imploró dulcemente—, ¿no has oído decir al ministro que podías besarme? —Preguntó, con las pestañas revoloteando mientras miraba desde el predicador de nuevo hacia Jason, esperando que él sintiera un ápice de la humillación que ella estaba soportando por su actitud de zoquete.

—Lo siento. Un beso... ¿es eso lo que quieres? —Preguntó él, con la ira en sus ojos dirigida a su nueva esposa.

Inmediatamente supo que había ido demasiado lejos y acababa de abrir la boca para disculparse cuando sintió que su cuerpo era aplastado contra el de él. La plenitud de sus labios cubrió los suyos con una intensidad temeraria que la dejó sin aliento. Inclinandose hacia él, sintió surgir en su interior una pasión que nunca había sabido que existiera. Todo su cuerpo se sentía débil y sus rodillas amenazaban con doblarse en cualquier momento. Sin pensarlo, colocó su mano alrededor de la nuca de él, tirando de su cabeza hacia ella, sin querer que el momento terminara nunca.

Echando la mano hacia atrás y retirándola, Jason se apartó de ella.

—Creo que un beso era el requisito, —comentó fríamente.

Helen sintió que la sangre le subía a la cara y quiso salir corriendo de la iglesia, tan lejos de su cruel comentario como le permitieran sus piernas. Verme correr realmente le daría motivos para reírse, pensó, deseando poder sofocar la furia y la indignación que surgían en su interior.

Con un mínimo de dignidad que le quedaba, Helen se dio la vuelta y cojeó en silencio hacia las puertas de la iglesia. Este es mi marido, hasta que la muerte nos separe. Señor, ¿cuándo aprenderé a controlar mi lengua?, pensó y rezó a medias, sabiendo que sería mejor no haber experimentado nunca la maravilla de aquel apasionado beso.

Capítulo 5

De pie detrás del mostrador de la tienda mercantil Miller, Jason observaba cómo Helen medía y cortaba laboriosamente la tela para una de las pocas mujeres que vivían en las excavaciones con su marido. La clienta probablemente no había visto a otra mujer en seis meses, y su boca había empezado a moverse en cuanto miró a Helen y aún no se había detenido. Notó que Helen dedicaba a la mujer una sonrisa de vez en cuando o asentía con la cabeza, pero la desconocida no parecía querer conversación, simplemente un par de oídos femeninos para escuchar todos los pensamientos tácitos que había almacenado en los últimos seis u ocho meses.

Helen condujo a la mujer por la tienda mientras señalaba o sugería diferentes artículos, todos los cuales la clienta accedió a comprar. Caminando hacia el mostrador, Helen miró hacia Jason.

—¿Has vendido todos los cascanueces de Navidad? —Preguntó, mirando a la estantería detrás de él y viendo sólo un espacio vacío.

—Me temo que sí. No esperaba que fueran tan populares, o habría pedido más, —contestó él—. Se vendieron todos pocos días después de Acción de Gracias.

La cara de la mujer cayó en evidente decepción ante el anuncio.

—He estado ahorrando un poco de dinero cada semana para comprar uno, —relató—. Vi algunas las pasadas Navidades cuando vinimos a la ciudad y desde entonces quiero una.

Helen llevaba casi una hora escuchando hablar a la mujer. Era obvio que había venido en busca de una vida mejor y ansiaba una existencia más allá de las minas de oro. Parecía tan lamentable. No muy diferente de mis circunstancias, pensó Helen. Vine buscando una vida más allá de la que tenía, y me he conformado con ser una esposa sólo de nombre, mientras dedico mi tiempo a trabajar en esta tienda, además de cuidar de la casa y atender sus necesidades.

—Volveré en un minuto. Por favor, no se vaya, —le dijo Helen a la mujer—. Tendrás que calcular su cuenta, Jason, —llamó por encima del hombro y salió de la tienda con ambos mirando tras ella.

—Quiero que se lleve esto y lo disfrute, —le dijo Helen a la mujer poco después. La mujer estaba fuera cargando su carro con sus compras mientras Jason ayudaba a su marido a sacar algunas de las provisiones más pesadas de la parte trasera de la tienda.

—Oh, no puedo llevarme esto, —dijo la mujer, retirando el papel marrón.

—Claro que puede. Quiero que lo tenga. Créame, me dará mucho más placer en su posesión que en la mía, —replicó Helen convincentemente.

—Si realmente insiste, —respondió la mujer con voz entrecortada. Sin vacilar, rodeó a Helen con sus brazos—. Gracias, muchas gracias. No recuerdo la última vez que alguien hizo

algo por mí sin esperar nada a cambio. Dios te bendiga, —susurró, una lágrima rodó por su mejilla mientras soltaba a Helen de su abrazo.

—¡Mira, Jed! Mira lo que me ha dado, —llamó emocionada la mujer a su marido cuando él y Jason llegaron a la carreta.

Helen no miró hacia Jason mientras la mujer exhibía con orgullo el cascanueces pintado de colores brillantes.

—¿No es magnífico?

—Lo es, lo es. No estoy seguro de por qué crees que tener una de esas cosas es tan importante, pero tengo que admitir que es bueno verte sonreír, —le dijo—. Gracias por su amabilidad, señora, —dijo, inclinando su sombrero hacia Helen.

—De nada. Ha sido un placer, —dijo ella, avergonzada por sus celosas expresiones de agradecimiento—. Será mejor que entre. Buen viaje—.

—¡Gracias de nuevo, y Feliz Navidad! —Llamó la mujer tras ella.

Helen se detuvo en seco al oír el deseo de una feliz Navidad. Pronto sería Navidad, la fecha límite para que Kimberly y Becca se mudaran de la casa de Jason. Feliz Navidad ya no parecía un saludo alegre sino, por el contrario, un ultimátum que se acercaba rápidamente.

Helen no se volvió sino que se limitó a hacer un gesto con la mano en reconocimiento de las palabras que la mujer había pronunciado. Acababa de ir a reordenar el estante de las telas cuando sintió el aliento de Jason en su nuca.

—¿Quieres decirme por qué le dio a esa desconocida mi cascanueces? —Preguntó con voz firme.

—No me di cuenta de que era tu cascanueces. Lo trajiste a casa poco después de mi llegada y, si no recuerdo mal, dijiste algo en el sentido de que podría encontrarlo útil o decorativo durante las fiestas, —respondió ella.

—Así es. Pero no quise decir que fuera tuyo para regalarlo. Quise decir exactamente lo que dije: que podría ser útil como decoración y para cascar nueces durante las fiestas.

—Como los cascanueces me parecen poco atractivos, no me gustaría utilizar uno como decoración, y utilizar uno para cascar nueces es más por novedad que por rápidos resultados. Siento que una vez más nos hayamos entendido mal. Parece que es lo que mejor se nos da, —comentó mientras empezaba a enderezar otro estante de mercancías.

—Esos cascanueces no son baratos, ¿sabes? Y acabas de regalárselo... a una completa desconocida, —dijo él, siguiéndola.

—Considéralo un pago por el privilegio de trabajar en tu tienda, —contraatacó ella.

—¿Trabajar? ¿Crees que lo poco que logras por aquí es trabajo? Con lo lento que te mueves, es casi lo mismo que no tener ninguna ayuda. Te llevó el doble de tiempo medir y cortar ese material de lo que le llevaría a una mujer normal, —replicó él.

—¿Una mujer normal? Primero soy una lisiada y ahora soy una anormal. Bueno, Jason, voy a sacar mi cuerpo tullido y anormal de tu tienda. Ya que soy de poca ayuda, es bueno saber que no te causaré grandes pérdidas, —dijo ella, cojeando hacia la puerta, con lágrimas empezando a formarse en sus ojos mientras daba un portazo tras de sí.

—¡Helen! Espera un momento. . . —llamó Jason desde la puerta. Ella le oyó pero no dejó de caminar.

—¡Helen! —Gritó—. Ya que te vas a casa, ¿por qué no vacías esos baúles de más para que pueda venderlos? Siempre hay gente que necesita baúles. Lo más probable es que pueda venderlos en poco tiempo.

Se detuvo en seco. ¡Mujer tonta! No la llamaba para disculparse. Lo único que quería era asegurarse de que no te ibas a casa a descansar o a divertirme unos minutos, pensó y volvió a acelerar el paso sin reconocer su comentario.

Al entrar en la casa en silencio, tuvo cuidado de no molestar a Kimberly ni a Becca. Sabía que Kimberly la interrogaría sobre por qué estaba en casa a mediodía, y lo último que quería hacer era responder preguntas. Aunque Kimberly estaba al corriente de la actitud de Jason antes de la boda, Helen creía que no era apropiado hablar de sus continuos problemas ahora que eran marido y mujer. Cuando estaban todos juntos, tanto Helen como Jason mantenían un comportamiento civilizado, y Kimberly no tuvo más remedio que suponer que ambos habían resuelto sus problemas anteriores. Aunque era obvio que no estaban extasiados de amor, parecían estar adaptándose a la vida matrimonial... al menos para los demás.

Al colgar su abrigo en la percha que había dentro de la puerta de su dormitorio, los ojos de Helen se posaron en el baúl de Vera. Salvo para quitarles el polvo, no los había tocado desde que Jason los colocó a lo largo de la pared oeste de la habitación a su llegada. Sacando la mecedora de madera del rincón, se sentó y recorrió el baúl más grande. Metódicamente, empezó a inspeccionar los objetos, aunque sintiéndose como una intrusa no invitada en la vida de Vera. Cuando hubo terminado la tarea, se sentó rodeada de pilas de pertenencias: las que ella conservaría, las que Kimberly podría querer y las que podrían regalarse a los necesitados. La pila para regalar era con diferencia la más grande, ya que la ropa de Vera estaba pensada para una mujer de proporciones y edad diferentes a las de Helen o Kimberly. Justo cuando Helen estaba terminando la tarea, Kimberly entró en la habitación llevando a Becca.

—Me ha parecido oír a alguien aquí. ¿Qué estás haciendo? —Inquirió Kimberly.

—Jason pensó que debía revisar las pertenencias de Vera para poder sacar los baúles del dormitorio, —contestó ella—. He escogido algunos objetos que pueden resultarle atractivos. ¿Por qué no les echas un vistazo y, si no te interesan, los pongo en ese montón? —Le indicó Helen, señalando hacia la pila que se iba a regalar.

—¿No quieres nada de esto? —Preguntó Kimberly, empezando a rebuscar entre las joyas.

—Ya lo he mirado y elegí este broche como recuerdo, pero si te gusta, me llevaré otro. También he guardado su diario. Tiene una Biblia preciosa, Kimberly. Me gustaría que se la llevaras—, sugirió Helen tentativamente.

—Será un honor, —respondió Kimberly, abriendo las páginas y mirando las escrituras subrayadas— ¿Crees que me habría perdonado por tener un hijo fuera del matrimonio? Ahora desearía habérselo dicho, pero temía que no quisiera relacionarse conmigo.

—Ella te habría perdonado, Kimberly, y te habría dicho que si buscas el perdón de Dios, está ahí para recibirlo.

Kimberly asintió con la cabeza.

—Ser madre soltera no habría cambiado nada de eso. Seguro que sabes en tu corazón que

Raquel te habría aceptado sin objeciones.

—Tienes razón. Ella habría sido cariñosa y comprensiva, igual que tú. Supongo que era más fácil hablar contigo ya que eres más joven.

—Tal vez, pero si recuerdas, tú tampoco me lo dijiste. Sólo me enteré por tu enfermedad. Tampoco creo que te fiaras mucho de mí, —respondió Helen riendo—. Será mejor que termine antes de que Jason llegue a casa. ¿Te sientes bien como para sentarte a la mesa y pelar unas patatas?

—Por supuesto que sí. Ve y termina aquí. Volveré a poner a Becca en su cuna y tendré esas patatas listas enseguida, —contestó ella.

Revisar todas las pertenencias de Vera había sido más tarea de lo que esperaba. Levantó la tapa del baúl que quedaba, satisfecha de que fuera el más pequeño. Principalmente parecía contener los recuerdos familiares de Vera y chucherías. Recogiendo lo que parecía ser una vieja retícula de cuero, Helen se sorprendió de su peso cuando intentó tirar de ella hacia sí. Con cuidado, desató las correas de cuero que lo mantenían bien cerrado.

—¡Kimberly! Ven aquí, ¡ahora mismo! —Gritó, olvidándose del bebé dormido.

—¿Qué ocurre? —Preguntó Kimberly, entrando a toda prisa en la habitación—. Mira, —dijo, sosteniendo la bolsa de cuero abierta para que su amiga la viera.

—¡Oh, Helen! Me pregunto cómo habrá conseguido Vera todo ese dinero, —exclamó Kimberly.

—Me dijo que había vendido casi todo lo que tenía. Debió de poseer bastante por lo que se ve en esta bolsa.

—¿Qué vas a hacer con él? —Preguntó Kimberly.

—No estoy segura. No le quedaba familia, así que supongo que es nuestro. Nos lo repartiremos. Puedes hacer lo que quieras con tu mitad, y yo haré lo que quiera con la mía, —sugirió Helen.

—La mitad no es mía. El capitán te dio los baúles, son tuyos, —insistió Kimberly, sonando asustada por el descubrimiento.

—Kimberly, —dijo Helen, exasperada por el comportamiento de la chica—, no hemos robado esto. No hay nada que temer. —Al oír los pasos de Jason en el porche de madera, susurró —: Por favor, no digas nada de esto delante de Jason, al menos no todavía.

—Lo que tú digas, —asintió Kimberly, viendo cómo Helen colocaba la bolsa en el chifonier de roble tallado y luego la cubría con varias prendas de ropa.

—¿Dónde está la cena? —Preguntó Jason, entrando en el dormitorio justo cuando Helen volvía a la mecedora. Kimberly salió rápidamente.

—Creía que querías que limpiara estos baúles, —respondió—. Me doy cuenta de que una persona normal ya habría terminado, pero como puedes ver.

—¡Basta! —Le ordenó—. Has dejado muy claro que herí tus sentimientos. De hecho, siempre dejas muy claro cuando no estás contenta. Lo cual, debo añadir, es la mayoría de las veces. Te dije la primera vez que puse mis ojos en ti que necesitaba una esposa que me ayudara en la tienda, alguien que pudiera mantener un ritmo regular. Soy consciente de que lo intentas,

pero no hay forma de que seas capaz de rendir tanto o tan rápido como alguien sin tu...

Vaciló, aparentemente sabiendo que cualquier palabra que utilizara sería incorrecta.

Helen no completó la palabra por él.

—Jason, si no satisfago tus necesidades en la tienda, quizá deberías contratar a alguien.

—He estado pensando en eso, —contestó rápidamente—. ¿Lo has hecho? —Preguntó Helen, sorprendida por su respuesta.

—Vayamos a la cocina, —sugirió.

Kimberly estaba ocupada mezclando pan de maíz cuando los dos entraron en la cocina.

—Terminaré con esto en un minuto y me quitaré de en medio, —dijo, pareciendo intuir que algo iba mal.

—No, siéntate, —le ofreció Jason, de un modo inusualmente benévolo.

Mirando hacia Helen en busca de confirmación, Kimberly se sentó al ver que su amiga asentía.

—Helen y yo hemos estado hablando de lo difícil que le resulta cumplir mis expectativas como esposa. En ayudar en la tienda, eso es—, añadió rápidamente cuando las cabezas de ambas mujeres se levantaron simultáneamente y se quedaron con la boca abierta.

—Me refería a que, con su... dolencia, es uh... más difícil para ella que un... —tartamudeó, buscando las palabras adecuadas.

Siguió un silencio ensordecedor, ninguna de las mujeres dijo una palabra.

—Lo que intento decir es que has estado viviendo aquí con nosotros, Kimberly, y aunque no me has dicho nada abiertamente, estoy seguro de que has estado sintiendo que nos debes algo por todo lo que hemos hecho por ti y por tu bebé.

—¡Jason! ¡Cómo te atreves a decirle algo tan grosero a Kimberly! Creía que querías hablar de contratar a alguien para trabajar en la tienda. —Justo cuando había pronunciado la última palabra, la comprensión la golpeó como un rayo—. Oh, ya veo, ya veo, —dijo, empezando a levantarse de la silla mientras Kimberly contemplaba sin darse cuenta la escena que se desarrollaba, sus ojos iban y venían entre los dos.

—Siéntate, Helen, —ordenó Jason, su voz no dejaba lugar a dudas de que debía sentarse—. No estoy proponiendo nada ilegal o inmoral, así que será mejor que te sientes. —Hizo una pausa momentánea y miró a Kimberly—. Creo que estaría bien dentro de tu deber cristiano, Kimberly, devolvernos nuestra amabilidad trabajando en la tienda durante un tiempo. Así Helen podría ocuparse de la casa y cuidar de Becca mientras tú trabajas. Sería mucho más fácil para Helen, y estoy seguro de que preferirías hacerle la vida más fácil. Ya ves, no es para nada lo que esperabas, ¿verdad? —Le preguntó Jason a Helen cuando hubo terminado su propuesta.

—¡Es exactamente lo que esperaba! He aprendido lo que es más importante para ti en el poco tiempo que llevamos casados, y no es una esposa. Lo que quieres es mano de obra gratuita para trabajar en tu tienda, y Kimberly es una esclava perfecta. Basta con un poco de culpa y sentimiento de obligación y ella vendrá corriendo a trabajar para ti. Dime, Jason, ¿cómo duermes por las noches? —Preguntó, rompiendo su resolución de ocultar su discordia marital a Kimberly.

—No me hagas pasar por el villano. Si hubieras sido sincero conmigo al principio, nada de

esto habría ocurrido, —replicó Jason.

—Tienes razón, Jason. Lo que hice fue engañoso y deshonesto, y si tuviera que volver a hacerlo, sin duda cambiaría las cosas. Pero antes de que se tome ninguna decisión, creo que los tres necesitamos pensar sobre esto. No es una decisión que deba tomarse precipitadamente, —dijo, su voz tranquila y apagada, un marcado contraste con su diatriba anterior.

—No sé qué decir, —comentó Kimberly y salió corriendo de la habitación.



Helen no había vuelto a trabajar en la tienda desde la tarde en que Jason sugirió a Kimberly que la sustituyera. Durante los días siguientes, ella y Kimberly habían pasado mucho tiempo pensando qué hacer, pero sólo se les había ocurrido una respuesta.

—Voy a hablar con Jason esta noche, Kimberly, —le dijo Helen a su amiga—. Insiste en una respuesta, y estamos tan preparadas como podemos estarlo dadas las circunstancias.

—Si estás segura. No quiero causarte problemas.

—No vas a causarme ningún problema. Después de cenar, ¿por qué no llevas a Becca a tu dormitorio mientras yo hablo con Jason en la cocina?

Sin embargo, Jason entró por la puerta principal antes de que Kimberly tuviera oportunidad de responder. Como se había convertido en costumbre durante las dos últimas semanas, después de dar las gracias al comienzo de la comida, la única conversación que hubo en la mesa fue la poca absolutamente necesaria para sobrellevar la comida.

Kimberly engulló rápidamente su comida y engulló un vaso de leche mientras se levantaba de la mesa.

—Siento irme tan deprisa, pero tengo que ver cómo está Becca, —explicó a nadie en particular mientras se apresuraba a salir de la habitación.

—Parece muy nerviosa esta noche, —comentó Jason.

—Tenemos que hablar, —dijo Helen, ignorando su comentario sobre el comportamiento de Kimberly.

—Bien, ya era hora. ¿Por qué no me sirves otra taza de café y me tomo un trozo grande de esa tarta de manzana mientras hablamos? —Dijo él, mirando la corteza mantecosa y las manzanas ácidas.

Helen cumplió sus peticiones y luego se sentó frente a él.

—Creo que estarás de acuerdo en que éste no es el matrimonio que ninguno de los dos pretendía, —empezó ella.

—Ni siquiera empieces con eso. No estoy de acuerdo con el divorcio y no escucharé ese tipo de comentarios. ¿Es esa la solución a la que has llegado?

—No, no lo es. Como he dicho, éste no es el matrimonio que ninguno de los dos pretendía, y no creo que sea lo que Dios quería para nosotros. No tengo intención de hablar nunca de divorcio, Jason, pero creo que lo mejor sería que nos separáramos durante un tiempo. Lo que

pienso hacer es mudarme de tu casa, pero permaneceré aquí en la ciudad. Tengo la esperanza de que un día no muy lejano podamos resolver nuestras diferencias y comenzar de nuevo nuestra vida matrimonial. Hasta entonces, no espero nada de ti y sólo me llevaré las pertenencias que traje conmigo de Boston. Me iré mañana y, por supuesto, Kimberly y Becca se mudarán conmigo.

Se quedó mirándola como si no hubiera hablado. Tras lo que pareció una eternidad, levantó su taza y bebió un trago de café. Colocando con cuidado la taza sobre la mesa, la miró directamente a los ojos.

—¿Cómo piensas mantenerte a ti misma y a Kimberly y Becca? ¿O no se me permite preguntar?

—Estaremos bien, Jason. Soy mucho más capaz de lo que crees, pero ten por seguro que de verdad quiero que nuestro matrimonio funcione. Sólo que no creo que sea posible en este momento.

—Has evitado responder a mi pregunta, así que supongo que eso significa que no es asunto mío. ¿Y si te dijera que te prohíbo que te vayas, que eres mi esposa y que harás lo que yo diga? —Preguntó.

—Si llegaras a decir eso, lo más probable es que me quedara. Pero no vas a prohibírmelo, ¿verdad, Jason? —Preguntó ella, sabiendo ya la respuesta.

—No, no voy a prohibírtelo. De hecho, ni siquiera voy a pedirte que te quedes. Pero cuando te hayas hartado de intentar arreglártelas por tu cuenta, no necesitas pedir permiso para volver a vivir aquí. La casa estará aquí, yo estaré aquí, y tu lugar siempre permanecerá aquí.

—¿Por qué, Jason? —Preguntó ella, con voz estrangulada, el nudo en la garganta haciéndose más grande a cada momento que pasaba.

—Me comprometí con este matrimonio. Eres mi esposa y tu lugar está conmigo.

—Gracias por tu sinceridad, —respondió ella mientras una tristeza abrumadora llenaba su ser. Su proclamación revelaba lo que ella ya sabía en su corazón. El matrimonio era un trato contractual que debía cumplir, no por amor y afecto a ella, sino por deber.

Capítulo 6

La mañana amaneció fresca y fresca, con grandes nubes hinchadas flotando perezosamente sobre un cielo azul despejado. Jason llevaba poco tiempo fuera cuando una carreta tirada por dos grandes caballos de tiro se detuvo frente a la casa. Dos hombres de la iglesia cargaron los baúles y las pertenencias de las mujeres y luego instaron a los caballos a avanzar con un familiar

—¡Arre!

Su destino era una casa que había sido propiedad de Frank Millard, un banquero que había enfermado y muerto poco después de su llegada a Placerville. A Helen le habían dicho que su familia se había trasladado de nuevo al Este y que la casa había permanecido vacía durante casi seis meses. Pero ahora pertenecía a Kimberly y Helen, gracias a una parte del dinero encontrado en el baúl de Vera.

Las mujeres habían pasado buena parte de su tiempo durante la última semana limpiando la casa y preparando una lista de necesidades. Había sido emocionante, y Helen se había sorprendido de que Jason no se hubiera enterado de sus actividades.

—Ya está, señoras, —anunció uno de los hombres mientras colocaba un baúl en el dormitorio este—. Esto es lo último. Parece un poco escaso, pero no tardarán en tener todo lo que necesitan, —les aseguró.

—Estoy segura de que nos las arreglaremos bien por ahora, pero nos alegraremos cuando haya completado el resto de nuestros muebles, —replicó Helen.

Michael Blanchard era un excelente carpintero y fabricante de muebles. Kimberly se había dirigido a él después de la iglesia el domingo pasado con su pedido, y él había trabajado febrilmente para completar varios de los artículos. Más bien tímidamente, se había ofrecido a prestarles algunos de sus propios muebles a cambio de comida casera. Helen sospechaba que el apuesto joven estaba más que interesado en Kimberly, aunque ella parecía ajena a sus insinuaciones.

—Bueno, ¿qué te parece? —Preguntó Kimberly cuando las dos se sentaron a cenar en su nuevo hogar.

—Creo que todo irá bien, —respondió Helen, sin querer que Kimberly supiera que echaba de menos la presencia de Jason en la mesa.

—¿De verdad crees que podremos estar listas para abrir a primeros de año? —Inquirió Kimberly cuando Helen no añadió nada más a la conversación de la cena.

—¿Qué? Oh sí, al menos el restaurante. Si Michael puede terminar todas las mesas y sillas, podremos coser las cortinas y los manteles. No importará que los platos de servir no hagan juego. La mayoría de nuestros clientes serán hombres solteros a los que les importa la calidad y la

cantidad de su comida, no si su vajilla hace juego con la de todos los demás en la sala, —respondió ella, sonriendo ante la idea.

—Es casi demasiado emocionante para creerlo. Soy medio propietaria de un negocio, —dijo Kimberly en voz alta como para confirmar el hecho.

—No parecerá tan difícil de creer cuando estemos cocinando, fregando platos y sirviendo mesas, —le recordó Helen—. Creo que probablemente sea bueno que no abramos la parte de casa de huéspedes de nuestro negocio hasta más adelante, —añadió.

—Tal vez no parezca tan abrumador aceptando un huésped a la vez. Michael dijo que terminaría los muebles de los dormitorios de uno en uno, en lugar de hacer todas las camas y luego todos los lavabos. Mencionó que quizá nos estábamos ocupando de demasiado, pero no creo que le apeteciera hacer diez camas antes de pasar a otra cosa, —relató Kimberly.

—Estoy segura de que prefiere un poco de variedad en su trabajo, —comentó Helen—. Parece que vosotros dos habéis estado charlando mucho últimamente.

—Sólo sobre negocios, —replicó Kimberly a la defensiva.

—Sólo estaba bromeando, Kimberly. Además, Michael es un buen joven, es muy trabajador y ciertamente admiro su capacidad para resistir la fiebre del oro que asola a la mayoría de la gente de esta zona.

—Es un buen hombre, pero ya he tenido suficiente experiencia con hombres por ahora. Además, creo que Becca y nuestros negocios serán más que suficientes para mantenerme ocupada, —replicó Kimberly.

Esa misma tarde, Helen salió de casa y comenzó a caminar la corta distancia que la separaba de la tienda de Jason. Necesitaban la tela para empezar a confeccionar manteles y cortinas para el restaurante, y Kimberly había dejado muy claro que no quería tomar la decisión. Helen no había visto a Jason desde que se había mudado de su casa, y podía sentir cómo aumentaba su aprensión a medida que se acercaba a la tienda. El viento atrapó su capa de lana, permitiendo que una ráfaga de aire frío enfriara por completo todo su ser. Aferrándose a la solapa, tiró de ella para rodearla y empujó la puerta principal. El familiar tintineo de la campana y el calor de la estufa parecían casi acogedores cuando entró y, salvo por dos hombres que inspeccionaban las provisiones, la tienda parecía vacía.

Quitándose la capa y colgándola de la percha, se dirigió hacia los artículos de jardinería y automáticamente empezó a enderezar los estantes.

—Disculpe, señora, pero ¿podría ayudarnos? El dueño dijo que volvería enseguida, pero está ayudando a alguien en la parte de atrás.

—Puedo intentarlo, —respondió Helen—. ¿Qué es lo que buscan?

—Acabamos de llegar y necesitamos comprar provisiones antes de ir a buscar nuestro oro, —contestó uno de ellos, aparentemente seguro de que había oro esperando pacientemente su llegada—. Placerville parece ser un pueblecito tranquilo. He oído que este lugar solía llamarse Hangtown. ¿Es cierto?

—Yo tampoco llevo mucho tiempo aquí, pero por desgracia esa historia es cierta. Creo que originalmente se llamaba Dry Diggings, pero mi marido me contó que en 1849 pillaron in fraganti a tres hombres que intentaban robar y asesinar a un buscador de oro de las cercanías. Al

parecer, la mayoría de los mineros estaban borrachos y una especie de actitud justiciera se apoderó de la muchedumbre. Cuando alguien preguntó a la multitud qué debía hacerse con los tres autores del crimen, la muchedumbre gritó—: ¡Cuélguenlos! Se convirtió en un cántico y poco después los tres hombres estaban de pie en un carro que habían colocado bajo un árbol al que habían atado tres cuerdas. Los hombres suplicaron clemencia, pero no la hubo. Todos fueron ahorcados y fue a causa de ese incidente que el pueblo pasó a ser conocido como Hangtown. El año pasado, en 1851, el pueblo pasó a llamarse Placerville, —les contó mientras la seguían por toda la tienda mientras seleccionaba artículos para ellos.

—Alguien me dijo que por aquí sirven algo llamado 'Hangtown Fry'. ¿Qué es eso? —Inquirió el otro hombre.

Helen sonrió, recordando que ella y Kimberly habían decidido que no pondrían “Hangtown Fry” en su menú cuando abrieran el restaurante. Sin embargo, cuando Michael Blanchard escuchó su discusión, les había dicho que era un error.

—La gente viene aquí por primera vez y quiere probar “Hangtown Fry”. Cometerán un error si no la ofrecen. Al menos ponedlo en el menú y si veis que me equivoco, siempre podéis quitarlo, —había dicho Michael, convenciéndolas a ambas de que estaba dando un buen consejo.

—¿Sabe lo que es? —Preguntó el otro hombre cuando ella no había contestado inmediatamente.

—Ah, sí. Es una mezcla frita de ostras, huevos y beicon, —contestó ella.

—¿Eso también tiene una historia? —Inquirió el primer hombre.

—Sí, —sonrió ella—. Parece que hay una historia detrás de casi todo por aquí. ¿Les gustaría oírla?

—Claro, —respondió uno de ellos.

—Parece que había un minero hambriento que había encontrado oro y llegó a la ciudad recién salido de su mina y se dirigió al hotel. Al parecer se sentía bastante próspero y pidió la comida más cara que el cocinero pudiera prepararle. Le dijeron que lo más caro eran las ostras, seguidas de los huevos. Después de pensárselo un momento, le dijo al camarero que friera un revoltijo de ambos y le echara un poco de tocino. Desde entonces es un plato popular por estos lares, —relató.

—Tendremos que probar algo de eso después de hacernos ricos, —le dijo uno de ellos a Helen.

—Asegúrense de hacerlo. Creo que he reunido la mayoría de los artículos que necesitarán. ¿Van a compartir una cacerola y una mecedora? Son bastante caros, —añadió al ver su indecisión.

—Supongo que cogeremos una para empezar. ¿Qué más ha preparado para nosotros?

—Necesitarán alubias, carne de cerdo y de buey, café, pico y pala, cubo, sartén y utensilios para comer. ¿Tienen cuchillos y armas de mano?

Ambos asintieron afirmativamente a esa pregunta.

—No sé si les interesará el tabaco de mascar, el whisky o los naipes. Muchos de los hombres piden esos artículos, aunque les desaconsejaría todos, —añadió.

Antes de que hubieran tenido oportunidad de contestar, Jason entró por la puerta trasera.

—Siento haberles hecho esperar tanto, caballeros, —se disculpó antes de vislumbrar a Helen.

—Nos ha ido muy bien. Su esposa nos ha mantenido entretenidos mientras reuníamos nuestras provisiones, —respondió uno de ellos.

—Te dejaré terminar, Jason. Quería comprobar algunas telas para manteles y cortinas, —explicó, sin querer decir nada más delante de los desconocidos.

—Veamos lo que tienen aquí, —dijo Jason a los hombres tras saludar con la cabeza a Helen—. Parece que ya casi os ha equipado. ¿Necesitarán armas, munición o whisky? —Preguntó al no ver ninguno de esos artículos en la acumulación.

—No creo que sea mejor que gastemos el poco dinero que nos queda en whisky, pero me gustaría tener una bolsa de tabaco de mascar y algunos naipes. —Respondió uno de los hombres.

Una vez que Jason y los hombres hubieron cargado todas las provisiones en la carreta, regresaron a la tienda. Helen estaba midiendo y cortando la tela por la que se había decidido. Aunque podía sentir los ojos de Jason clavados en ella mientras calculaba las compras de los hombres, ninguno de los dos dijo una palabra.

—Gracias por su ayuda, señora, —llamó uno de ellos a Helen—. Y también por la buena narración, —añadió el otro.

—De nada. Mucha suerte a los dos. Pasen de nuevo por aquí cuando necesiten provisiones, —respondió ella, dedicándoles una amplia sonrisa.

Helen acababa de terminar de doblar la última pieza de material cuando Jason regresó.

—Te agradezco mucho tu ayuda con esos clientes, —le dijo Jason, con un deje de calidez en la voz.

—De nada. Creo que lo he contado correctamente, —dijo ella, contando lo que le debía.

—No hace falta que lo pagues, —dijo él, devolviéndole las monedas—. Sí, Jason, sí necesito pagarlo. Necesitarás reponer tus existencias, y eso cuesta dinero. Prometo concederte el mismo privilegio si comes en nuestro restaurante, —dijo.

—Nada de comidas gratis, ¿eh? —Preguntó él, dedicándole una sonrisa ladeada.

—Me temo que no. Al menos no hasta que veamos si podemos salir adelante, —respondió ella.

—No tengo ninguna duda de que lo conseguiréis. Hay un montón de hombres hambrientos por estos lares, y una vez que hayan probado tu cocina, la voz se correrá como la pólvora.

Helen sintió que un rubor subía a sus mejillas. Era la primera vez que él reconocía que era una buena cocinera. No es que no hubiera comido con apetito, pues seguramente lo había hecho. Pero era el primer cumplido verbal que recibía de él. Aunque no sabía exactamente por qué, la complació enormemente.

—Tengo el café preparado. ¿Te apetece una taza? —Le preguntó él, observando cómo ella se acercaba al perchero donde colgaba su capa.

—Gracias, pero será mejor que vuelva. Tenemos previsto empezar a coser esta tarde, —

contestó Helen, abrochándose la prenda exterior de lana.

—¿En otro momento entonces? —Preguntó—. Sí, en otro momento, —respondió ella.



—Creo que se da cuenta del premio que ha perdido, —afirmó Kimberly con firmeza mientras las dos mujeres se sentaban a coser varias horas después.

Helen y Kimberly habían estado hablando de los sucesos ocurridos mientras Helen estaba en la tienda de Jason ese mismo día.

—Dudo que piense en mí como un premio. Probablemente acaba de darse cuenta de que, aunque no puedo moverme tan rápido como los demás, le proporcioné cierta ayuda. Al menos podía salir de la tienda durante cortos periodos de tiempo cuando yo estaba allí, —dijo Helen.

—¿Qué te parece? —Preguntó Helen, sosteniendo una de las cortinas frente a la ventana del comedor.

—Van a ser ideales, —respondió Kimberly—. Me alegro de que eligieras esta tela tan pesada de encaje. No estaba segura cuando la vi por primera vez, pero es exactamente lo que necesitamos.

—Creo que las borlas verde oscuro de las cortinas, junto con los manteles verde oscuro, resaltarán los muebles de roble a la perfección, —comentó Helen.

—Michael Blanchard me preguntó si asistiría a una reunión en casa del ministro el viernes por la noche, —anunció Kimberly, cambiando inesperadamente de tema.

—Qué emocionante. Le dijiste que irías, ¿verdad?

—No. Le dije que no estaba interesada en ningún tipo de cortejo.

—¡Kimberly! ¿Por qué has dicho eso? Ha sido muy amable con nosotras y es un buen hombre.

—Te dije hace unos días que ahora mismo no me interesan los hombres. Tengo a Becca y a ti y nuestra nueva aventura empresarial, —replicó ella.

—También tienes derecho a un poco de diversión en tu vida. Que él te acompañe de vez en cuando no significa que estés obligada a iniciar un noviazgo. Mientras él sepa que lo único que te interesa es la amistad, ¿qué hay de malo?

—Soy madre y necesito estar con Becca. ¿Qué le diré si me pregunta por mis circunstancias?

—Dile amablemente que no te interesa hablar de tus asuntos personales, y estoy segura de que respetará tus deseos. En cuanto a la necesidad de estar con Becca, sólo estarías fuera tres o cuatro horas. Becca ni siquiera sabrá que has salido de casa, y espero que confíes en mí para cuidarla, —le animó Helen.

—No me sentiría bien dejándola sola, especialmente durante las fiestas. Me parece impropio de mí salir a divertirme mientras tú estás aquí cuidando de mi hija.

—Quiero que vayas y te diviertas, Kimberly. Dile a Michael que irás siempre que no interprete tu aceptación como algo más que amistad.

—Bueno... si insistes. Realmente suena divertido, —aceptó Kimberly.

—Bien. Ahora, cuéntame lo que han planeado. —Helen la animó.

—Haremos una tirada de caramelos y prepararemos palomitas. Luego, más tarde, todos se reunirán alrededor del piano y cantarán villancicos. Michael dice que fue el año pasado y fue muy divertido.

—Parece una maravillosa celebración navideña. Me alegro de que hayas aceptado asistir, —dijo Helen.

—Parece que hemos hecho suficiente por esta noche, y creo oír el familiar grito de Becca, —replicó Kimberly.

—Adelante. Yo terminaré de doblarlas y luego también me iré a la cama, —contestó Helen.

—Eres una persona maravillosa, Helen. Doy gracias a Dios todos los días por haberte enviado a mi vida, —dijo Kimberly mientras se inclinaba para darle un abrazo a Helen.

—Gracias, Kimberly. Tú y Becca también habéis sido una bendición para mí, y las tres vamos a estar muy bien. Date prisa ahora y alimenta a tu bebé antes de que piense que la has abandonado, —dijo Helen, devolviéndole el abrazo.



Durante los días siguientes, las mujeres cayeron en la rutina de cuidar de Becca, limpiar, coser y probar las recetas que incluirían en su menú, tanto la comida habitual como las especialidades diarias que querían ofrecer. Resultó ser muy divertido, aunque varios de los platos habían acabado como cena para el gran perro de color canela que habían adoptado recientemente y que ahora tenía su hogar fuera, en su patio trasero. Le habían llamado Gofres, en parte por su color marrón pálido, pero sobre todo porque la primera comida que había recibido había sido un lote de gofres quemados que habían tirado por la puerta trasera. Se había comido hasta el último bocado y las mujeres le llamaban Cofres desde entonces. Las seguía siempre que no lo regañaban y lo mandaban de vuelta a casa. Pero el perro parecía especialmente protector con Becca. Su cola se movía continuamente cuando Kimberly llevaba al bebé al exterior, y si Becca lloraba, el perro aullaba hasta que se callaba. Si un extraño se acercaba a la puerta trasera o pensaba que ocurría algo indecoroso cerca de la casa, él ladraba profusamente hasta que Helen o Kimberly le aseguraban que todo estaba bien.

Helen y Kimberly habían hablado de la posibilidad de que Cofres presentara algunos problemas una vez que abrieran el restaurante, pero por ahora su presencia era bienvenida.

Cuando llegó el viernes por la noche, Helen ayudó con entusiasmo a Kimberly a prepararse para la fiesta. El vestido que había elegido era un tisú de seda rojo cereza con un lazo de gasa con bordes de encaje marfil. Los puños y la falda estaban bordados con un diseño de rombos de color verde intenso, y Kimberly se peinó con un moño de rizos rubios pálidos sujeto con una cinta verde intenso y pequeñas rosas rojas. Era una joven hermosa, y la excitación de una noche de

fiesta había añadido un toque de color a sus mejillas.

—¿Seguro que no te importa quedarte con Becca? —Preguntó por tercera vez aquella noche, justo cuando sonó el golpe de Michael en la puerta principal.

Al oír el sonido, Cofres ladró y salió dando zancadas al porche delantero.

—¡Deja de ladrar antes de que despiertes al bebé! Ya conoces a Michael, —amonestó Helen al perro—. Pasa, Michael. Siento el saludo de Cofres, pero al menos no ha saltado sobre ti y te ha estropeado el traje. Kimberly bajará en un momento, —le dijo.

Al oír sus pasos, Michael se volvió y vio cómo Kimberly bajaba la escalera y entraba en el vestíbulo.

—Pareces... —pero se detuvo a mitad de la frase, al ver la mirada que ella le dirigía—. Muy simpática, —terminó, sin saber qué más decir.

Los tres estallaron en carcajadas.

—Gracias, Michael. Tú también pareces muy simpático, —replicó Kimberly con una risita.

Michael le sujetó la capa marrón ribeteada de terciopelo mientras Kimberly deslizaba los brazos en su interior. Mirándose en el espejo del pasillo, ató con cuidado la cofia de terciopelo a juego y luego depositó un beso en la frente de Becca. Kimberly y Michael se despidieron de Helen y se dirigieron hacia casa de los Wilson. Helen observó a través de la ventana de cristal opalescente hasta que se perdieron de vista y luego colocó a la dormida bebé en su cuna. Acercando su mecedora a la chimenea, empezó a coser el último juego de cortinas para el comedor.

Capítulo 7

Kimberly y Michael formaban una pareja de lo más llamativa, aunque había poca competencia. De hecho, ella y la señora Wilson eran la suma total de las mujeres de la reunión. La Sra. Wilson divulgó que había invitado a Jason, con la esperanza de que trajera a Helen, pero él había declinado cortésmente. En un pueblo del tamaño de Placerville había pocas mujeres, y las restantes que habían sido invitadas no pudieron asistir por una u otra razón.

—Probablemente esperé hasta demasiado cerca de Navidad. El año que viene lo haré antes, —le dijo a Kimberly, intentando explicar por qué las otras cinco mujeres no habían asistido.

No hubo, sin embargo, escasez de invitados masculinos. Parecía que los hombres solteros estaban más que disponibles para disfrutar de una velada festiva casera.

—Su casa está preciosa, y el árbol es bastante bonito, —le felicitó Kimberly, aunque las ramas estaban desprovistas de cualquier ornamentación.

—Gracias, Kimberly. Pensé que podríamos hacer algunos adornos esta noche y decorar el árbol si nuestros invitados querían ayudar. La mayoría de los hombres no tienen la oportunidad de participar en las actividades navideñas familiares a las que estaban acostumbrados durante la infancia, así que pensé que les parecería divertido, —confió.

—No sé a los hombres, pero a mí me parece divertido, —replicó Kimberly.

—Charles, ya que de todas formas tú y los hombres estáis reunidos junto a la chimenea, ¿por qué no empiezas a hacer palomitas? Cuando se hayan enfriado, y si ustedes, caballeros, no se las han comido todas- ensartaremos algunas para el árbol.

Era obvio que Edith Wilson era una organizadora. Sacando tiras de papel de regalo que había pintado, puso a varios de los hombres a trabajar haciendo cadenas. A continuación sacó un gran cuenco con arándanos para ensartar y un gran recipiente con hombres y estrellas de pan de jengibre que había horneado el día anterior. Otro recipiente contenía cornucopias que había hecho con una caja vieja. Las había decorado con cinta, encaje y retazos de terciopelo, terminando como bonitos adornos. Otra caja contenía portavelas que su padre había martillado en estaño y le había regalado para su primer árbol de Navidad después de casarse.

—Los he utilizado todos los años. Ahora que mi padre ha muerto, significan aún más para mí, —le explicó a Kimberly, que asintió, no porque hubiera compartido la misma experiencia, sino porque la chica quería evitar parecer obtusa.

Me pregunto qué pensaría ella del último regalo que me hizo mi padre. pensó Kimberly. Un billete de ida para salir de su vida. Mucho más fácil que lidiar con la vergüenza de una hija embarazada fuera del matrimonio.

—¿Cómo se te ocurrió venir a Placerville? —Inquirió Edith, como si hubiera estado

leyendo los pensamientos de Kimberly.

Hubo una pausa silenciosa, pero justo entonces Michael apareció detrás de ella.

—Vengo a por una lección sobre cómo pasar el cordel por estos hombres de jengibre, — anunció mientras se sentaba a su lado.

—¿Cómo llegaste a elegir esa tarea en particular? —Preguntó ella con una sonrisa—. Supuse que me comería los que rompiera, —admitió tímidamente.

—Creo que todo hombre tiene una pequeña parte dentro de él que siempre será un niño, — aseguró la Sra. Wilson con una risita—. Instrúyete tú, Kimberly, mientras yo veo si van a quedar palomitas para ensartar para el árbol.

—¿Te lo estás pasando bien? —Preguntó Michael, observando atentamente cómo Kimberly utilizaba su aguja para agrandar el agujero que la Sra. Wilson había hecho al hornear las galletas. Con cuidado, enhebró el cordel por el agujero y le hizo un nudo.

—Sí, me lo estoy pasando muy bien. Ahora, veamos si has aprendido algo, —le dijo, entregándole una aguja y deslizando los trozos de cordel hacia él.

—No puede apretar tanto, —dijo ella, cuando su primer intento resultó en un hombre de jengibre decapitado.

—Mientras me como éste, quizá deberías darme otra lección, —sugirió él, provocando la risa de Kimberly.

Sienta tan bien reírse por una cosa tan simple como una galleta rota, pensó, utilizando hábilmente la aguja para agrandar los agujeros de diez de las galletas mientras Michael la observaba sentado.

—¿No vas a dejar ninguna para mí? —Le preguntó finalmente mientras ella seguía trabajando.

—Creo que tu talento puede ir en otras direcciones. ¿Por qué no ves si puedes tirar del cordel a través de la parte superior sin romper ninguna más? —Le pidió ella amistosamente.

—Creo que esto no es más que un complot para evitar que me coma las galletas, —susurró lo suficientemente alto como para que el grupo lo oyera. Aunque se rieron con él, ninguno le ofreció compasión. Era difícil simpatizar con el único hombre soltero de la sala que acompañaba a una hermosa mujer.

Cuando terminaron de decorar el árbol, el grupo se trasladó a la cocina para empezar a sacar el caramelo que Edith había hecho y colocado sobre la mesa para que se enfriara un poco.

—Kimberly, ponte este delantal sobre el vestido. No quiero que este caramelo sea la causa de que manches ese precioso vestido, —dijo la Sra. Wilson, tendiéndole un delantal de satén con bordados de cintas.

—Este delantal es tan bonito como mi vestido, Edith. Creo que tampoco quiero arriesgarme a mancharlo. ¿No tienes uno viejo por el que no me preocupe?

—Claro que lo tiene, —afirmó Charles, sacando un delantal de batista descolorido de un gancho cerca de la puerta trasera.

—Charles, —llamó ella, intentando sonar indignada por sus acciones.

—Oh, no necesitamos darnos aires. Kimberly estará igual de feliz con este viejo delantal que con tus elegantes galas navideñas, —dijo él, dándole a su mujer un beso en la mejilla.

—Tienes razón, Edith. Ahora, me siento como si estuviera lista para ponerme a trabajar en ese caramelo.

Kimberly no estaba segura de por qué, pero para cuando terminaron el caramelo, un persistente malestar empezaba a acosarla.

—Creo que debería irme ahora que hemos terminado el caramelo, —le dijo a Edith mientras se quitaba el delantal y lo volvía a colgar en el gancho.

—Oh, por favor, no te vayas tan pronto. Vamos a encender las velas del árbol y a cantar villancicos. Los adornos son tan bonitos, y una vez que encendamos las velas, habrá un ambiente totalmente distinto. Estoy segura de que Helen estará encantada de pasar un rato con el bebé; de hecho, sé que querrá que te quedes la mayor parte de la velada. Además, he preparado un pudin de castañas que ni siquiera has probado —la engatusó Edith.

Kimberly miró a Michael con una mirada interrogante en los ojos.

—Depende de ti, —le dijo—. Me gustaría que te quedaras y disfrutaras, pero si te sientes ansiosa, nos iremos cuando estés lista.

Ella había esperado que él tomara la decisión por ella. Obviamente él era sabio para sus años y se daba cuenta de que si decía que debían quedarse mientras algo anduviera mal en casa, ella se lo echaría en cara. Por otro lado, si él decía que debían irse y todo iba bien en casa, sería culpa suya que ella se perdiera lo más significativo de la velada.

—Supongo que estoy haciendo el tonto, ya que es la primera vez que me alejo de Becca durante más de una hora, —les dijo a Edith y Michael.

—¿Así que te quedarás? —Preguntó Edith, aplaudiendo.

—Sí, me quedaré, —respondió Kimberly, una calidez la envolvió al darse cuenta de lo mucho que la querían en realidad.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, Edith decidió que debían tomar el postre y luego cantar villancicos antes de volver a casa. Llevó al comedor una hermosa bandeja de plata con su pudin de castañas glaseado y fue recibida por los esperados ohs y ahs de todos los presentes. El pudin había sido horneado en un molde estriado e invertido sobre la bandeja y ahora estaba cubierto con una salsa de ponche de aspecto delicioso y rodeado de hojas de acebo enceradas y bayas.

—Mi hermana me envió las castañas desde el Este. Le escribí la primavera pasada diciéndole que ansiaba tener el famoso pudin de castañas de nuestra madre por Navidad, y llegó una caja la semana pasada. Casi había renunciado a recibirlas, —dijo al grupo mientras servía el pudin en platos de postre de porcelana.

—Sabe incluso mejor de lo que parece, —comentó uno de los hombres después de que todos se hubieran servido y el pastor Wilson hubiera rezado una breve oración.

—Creo que nunca había oído hablar del pudin de castañas, Edith, pero está delicioso. Quizá estaría dispuesta a compartir su receta conmigo, y si tenemos la suerte de encontrar un suministro de castañas, podríamos servirlo en el restaurante.

Edith sonrió ante la idea y, antes de que nadie pudiera detenerla, empezó a enumerar los elaborados detalles de cómo hacer el pudín.

—¿Por qué no nos acercamos al piano y yo enciendo las velas mientras los demás empezáis a cantar? —Sugirió con tacto.

Todos caminaron hacia el piano y luego Edith se sentó y empezó a tocar “O Little Town of Bethlehem”, y pronto todos estaban cantando mientras Charles encendía cuidadosamente las velas. A “Noche de Paz” le siguieron “Nosotros los Reyes Magos” entre otros.

—Realmente debo irme. El árbol ha quedado precioso y ha sido una velada muy alegre, pero se está haciendo tarde, —le susurró Kimberly a Michael.

Sin decir una palabra, él se apartó de su lado y recogió su capa y su bonete y se los acercó, mientras los demás seguían cantando.

—¿Tienes que dejarnos? —Preguntó Charles mientras Kimberly se ataba el bonete.

—Realmente debo volver a casa, pero ha sido una de las noches más maravillosas de mi vida, —les dijo. Impulsivamente, caminó hacia donde Edith estaba sentada en el taburete del piano y le dio un abrazo—. Gracias, Edith, por hacerme sentir tan bienvenida en tu casa.

—Ha sido un placer, —respondió ella—. Te dedicaremos una canción mientras te despidas, —les dijo y tocó los acordes de —God Rest Ye Merry Gentlemen— justo cuando sonaron unos golpes en la puerta.



Jason trabajó hasta tarde el viernes por la noche, como casi todas las noches desde que Helen se había mudado. Había algunas personas del pueblo que estaban haciendo algunas compras navideñas o comprando lo necesario para hacer sus regalos, mientras que otros vendrían más tarde, cuando terminaran sus otras tareas. Algunos de los mineros que estaban en el pueblo para abastecerse o simplemente para emborracharse venían a la tienda tanto de día como de noche. Si veían siquiera un farol encendido, se imaginaban que la tienda estaba abierta.

Después de que Jason y Helen se casaran, ella se había encargado de completar el papeleo y llevar la contabilidad del mercantil cada noche después de cenar. Sin embargo, cuando ella se mudó, Jason tuvo que asumir de nuevo estas ingratas tareas. En lugar de hacer el papeleo al volver a casa, prefería trabajar en la tienda cuando tenía tiempo entre los clientes y el abastecimiento de las estanterías. A veces, en noches como la de hoy, cuando la mayoría de la gente decente del pueblo estaba en casa preparándose para la Navidad o en casa de los Wilson disfrutando de una reunión navideña, trabajaba hasta tarde y terminaba antes de volver a casa para pasar la noche.

Probablemente debería habérselo pedido a Helen, pensó mientras calculaba una columna de cifras, pero sabía que no quería correr el riesgo de ser rechazado. Había asistido a la reunión anual de los Wilson todos los años desde que había llegado a Placerville, pero este año era diferente. Temía que alguien pudiera interrogarle sobre su matrimonio si se encontraba en un ambiente más relajado. Jason era todo negocios cuando estaba en su tienda, y la gente enseguida percibía eso de él. Nunca intentaban indagar en su vida personal mientras trabajaba, y a él le gustaba que fuera así. De hecho, no quería que la gente hurgara en sus asuntos personales en

ningún momento, pero sabía que en un pueblo pequeño eso era imposible.

Eran las diez y media cuando por fin decidió cerrar la tienda y dar el breve paseo hasta su casa. Sin embargo, sólo había caminado una corta distancia cuando oyó el inquietante aullido de un perro a lo lejos. Se detuvo y luego comenzó de nuevo. Mientras continuaba por la calle torcida, miró hacia la casa que Helen y Kimberly habían comprado. Se había convertido en un hábito. Se despreciaba por ello, pero por mucho que lo intentara, no podía evitar mirar hacia su nuevo hogar cada vez que salía de la tienda.

Parecía haber una lámpara de aceite encendida, pero eso no era inusual. Seguro que Helen sigue cosiendo los manteles y las cortinas, pensó. Se había enterado de que era una mujer ambiciosa, que se levantaba temprano y se quedaba despierta por la noche hasta terminar todas sus tareas. Probablemente aprendió eso a una edad temprana, por lo que tardaba más en hacer las cosas, reflexionó.

Un movimiento repentino en el porche delantero llamó su atención cuando se volvió hacia la casa por última vez. Forzando la vista, intentó distinguir la figura que se agitaba en el porche delantero. Y entonces cayó en la cuenta. El aullido era de Cofres, el perro callejero que se había pegado a las mujeres poco después de que se hubieran mudado a la casa, y se paseaba de un lado a otro en el porche delantero.

Jason aceleró el paso y luego echó a correr hacia la casa. A medida que se acercaba pudo ver que el cristal de la puerta principal había sido destrozado y la puerta estaba ahora entreabierta. Sin embargo, no había ni rastro de Helen ni de Kimberly. Cuando empezó a subir corriendo los escalones, Cofres enseñó los dientes y emitió un gruñido gutural grave.

¡Genial! pensó Jason. ¿Cómo se supone que voy a pasar por delante de este perro y ver si pasa algo? Tras varios intentos de engatusar al perro para que le dejara pasar, se exasperó por completo.

—¡Cofres, siéntate! —Le gritó al perro con su voz más severa.

Inmediatamente el perro retrocedió hasta sentarse y le permitió entrar en la casa. Becca estaba llorando y, en cuanto Jason entró en la casa, Cofres corrió delante de él hacia el dormitorio, al parecer intuyendo que Jason le ayudaría. Era obvio que el perro quería que se diera prisa. Al ver a Becca en su cuna, Jason juzgó rápidamente que no parecía estar en peligro aparente. Salvo por el aire frío que había estado entrando por la puerta, nada parecía fuera de lugar. Jason cogió una colcha de la cama de Kimberly y la colocó alrededor del bebé. Eso tendría que bastar hasta que pudiera encontrar a Helen.

—¿Dónde está? —Preguntó al perro, frustrado porque no la había encontrado con Becca.

Jason se sobresaltó cuando el perro echó a correr escaleras arriba hacia uno de los dormitorios. Siguiendo la pista de Cofres, subió corriendo los escalones pero se detuvo momentáneamente en el umbral de la puerta, sobrecogido por la visión. La habitación había sido completamente saqueada y Helen yacía en el suelo, con un pequeño charco de sangre junto a la cabeza.

Agachándose, la subió con cuidado a la cama y le tomó el pulso. Su respiración parecía superficial, pero estaba viva. ¿Dónde está Kimberly? se preguntó, sabiendo que las mujeres rara vez estaban lejos.

—¿Está Kimberly aquí? —Le preguntó al perro, sintiéndose como un tonto.

El perro no se movió del lado de Helen, lo que Jason tomó como una señal de que no había nadie más en la casa. Y entonces recordó la fiesta de los Wilson. Michael Blanchard había mencionado que le gustaría invitar a Kimberly a la fiesta. Temeroso de marcharse y a la vez sin saber cuándo volvería Kimberly, Jason no sabía qué hacer.

—Supongo que te toca a ti, —le dijo al perro—. ¡Quédate! —Ordenó, señalando al animal, con la esperanza de que permaneciera con Helen el tiempo suficiente para que él pudiera encontrar a Kimberly. Aliviado cuando el perro no se levantó para seguirle, se apresuró a bajar las escaleras. Cogiendo a la niña, la envolvió con la pesada colcha para protegerla y se dirigió hacia la casa parroquial de los Wilson.

Pudo oír los acordes de “God Rest Ye Merry Gentlemen” mientras se acercaba a la casa y golpeaba la puerta principal.

Capítulo 8

—¡Jason! ¿Qué ha pasado? ¿Qué le pasa al bebé? —Gritó Kimberly con voz llena de pánico—. ¿Dónde está Helen? —Gritó, mirando más allá de él pero sin ver a su amiga.

—Dale la oportunidad de responder, —la consoló Michael en voz baja.

—No hay tiempo: Helen necesita un médico y tengo que volver a la casa. La dejé allí sola. Qué uno de vosotros vaya a por el doctor Simmons, y decirle que se dé prisa, —ordenó, empujando a Becca a los brazos abiertos de Kimberly—. El bebé parece estar bien, pero quizá quieras quedarte aquí con la señora Wilson un rato, —afirmó como una ocurrencia tardía y luego echó a correr hacia la casa.

—Creo que debería volver a la casa, —dijo Kimberly a Michael y a Edith, mirando a ambos en busca de confirmación.

—Es más seguro para ti y para el bebé que os quedéis aquí, querida, —respondió Edith—, al menos hasta que averigüemos qué está pasando.

—Pero, no soporto no saber cómo está Helen y si hay alguna forma de poder ayudarla, —replicó Kimberly mientras Becca empezaba a llorar.

—Michael, ¿por qué no vas a la casa y compruebas la situación? Para cuando Kimberly haya terminado de alimentar al bebé, deberías estar de vuelta con noticias para nosotras, —sugirió Edith.

—¡Es una idea maravillosa, Edith! —Exclamó Kimberly—. ¿Harías eso por mí, Michael? —Preguntó.

—Por supuesto que lo hará, —respondió Edith por él, mientras le guiaba hacia la puerta—. Si las noticias son malas, no le cuentes todos los detalles inmediatamente. Tendremos que suavizar un poco el golpe para que no se ponga demasiado ansiosa, —le susurró Edith a Michael cuando llegaron al porche delantero.

Él asintió con la cabeza en señal de comprensión y se ciñó el abrigo con fuerza mientras se apresuraba a marcharse.

—El bebé está empapado, —comentó Kimberly mientras retiraba la pesada colcha con la que Jason había envuelto a Becca.

—No te preocupes, querida. Tengo unos paños de cocina blancos y suaves. Puedes usar uno de esos. Becca nunca notará la diferencia—, respondió Edith, yendo a la cocina y volviendo rápidamente con el pañal sustituto.

—Gracias, Edith, —murmuró Kimberly, aunque sus pensamientos seguían centrados en el estado de Helen.

—Oh, mira su vestidito también está empapado. Déjeme ver qué puedo encontrar, —ofreció Edith, aunque no estaba segura de que Kimberly la estuviera escuchando siquiera.

Poco después reapareció Edith, llevando dos trozos de franela suave y una manta.

—Me temo que no tengo mucha ropa de bebé, pero ¿por qué no la envuelves bien con estos trozos de franela? Luego podemos usar la manta más grande para mantenerla acurrucada.

Kimberly sonrió. Edith revoloteaba como una gallina madre cuidando de una nidada de polluelos.

—¿He dicho algo divertido? —Preguntó Edith al ver la sonrisa de Kimberly—. No, sólo te estaba viendo corretear ayudándome. Estoy muy agradecida por tu amabilidad, Edith. ¿Crees que es una buena señal que Michael no haya vuelto todavía?

—No ha estado fuera más de veinte minutos, querida. Debes recordar que hasta que Helen pueda hablar, no habrá mucho que contar. Puede que el médico tarde un tiempo en poder darnos algún tipo de pronóstico. Sé que ahora te sientes muy impotente, y yo también. Pero nosotras dos podemos hacer lo más importante de todo. Podemos rezar, —le recordó Edith a su joven amiga.

Y rezaron. Desde el momento en que Edith hizo el pronunciamiento hasta que oyeron un revuelo en la puerta principal.

Charles Wilson condujo a Michael y a dos de los otros hombres al salón, todos ellos de rostro sobrio.

—¡Michael! —Gritó Kimberly, levantándose de la silla—. Dime que está bien, por favor.

—Está viva, pero aún no ha recuperado el conocimiento, —respondió suavemente Michael, acercándose al lado de Kimberly—. El médico dijo que sólo había una hemorragia superficial, pero no podía estar seguro de que no hubiera alguna hemorragia interna o un traumatismo en el propio cerebro. Parecía que la habían golpeado con algún tipo de instrumento contundente, y no sabemos cuánto tiempo estuvo inconsciente.

—¡Michael! Te dije que no entraras en detalles desagradables. Sólo conseguirás que Kimberly se ponga demasiado ansiosa, —reprendió Edith al joven.

El rostro de Michael se tornó carmesí ante su reproche; luego miró hacia Kimberly para ver si había entrado en estado de shock o se había desmayado por sus comentarios.

—No es una flor marchita, Edith, —dijo su marido—. Además, si alguien tiene la necesidad de saber lo que está pasando, ésa es Kimberly. Creo que ella estaría más enfadada con Michael por ocultarle información, ¿verdad, niña? —Inquirió el pastor, buscando la afirmación de la muchacha.

Kimberly empezaba a sentirse como si estuviera siendo diseccionada por el pastor y su esposa, aunque sabía que ambos sólo intentaban protegerla. Tener que ponerse del lado de cualquiera de ellas sería incómodo.

—Edith, creo que probablemente sea mejor que conozca el alcance total de las heridas de Helen y lo que me espera cuando regrese a casa. Enterarme de la noticia, aunque molesto, es más fácil de soportar mientras esté aquí rodeada de amigos tan cariñosos, —respondió diplomáticamente.

—Por supuesto, querida. Sólo temía que si te alterabas demasiado, Becca lo notaría y se

pondría nerviosa. Pero veo que tienes un carácter más fuerte de lo que pensaba.

Kimberly sonrió con benevolencia y se volvió hacia Michael.

—Tendré que irme para poder cuidarla. ¿Cuándo se irá el médico?

—Para ser sincero, el médico ya se ha ido. Se fue al mismo tiempo que nosotros, —respondió Michael.

—¿Qué? Coge mi capa, Michael, y yo iré a por Becca. ¿Cómo habéis podido dejarla sola así? —Increpó al grupo de hombres que estaban en el salón.

—Kimberly, tienes que calmarte. Seguro que sabes que no habríamos dejado sola a Helen. Jason está con ella. El médico le dio una lista de instrucciones, y él insistió en que se quedaría para cuidarla. Cuando nos fuimos, había acercado la mecedora a la cama de ella, y Cofres estaba acurrucado a sus pies.

—¿Jason? ¿Dejaste a Helen al cuidado de Jason? ¿En qué estabas pensando... o pensaba alguno de vosotros?

—Es su marido, Kimberly. Él es quien debería estar con ella, —le recordó Michael en tono conciliador.

—Puede que sea su marido, pero por lo que a mí respecta, no actúa como tal. Además, cuando llegue la mañana su principal preocupación será el Mercantil Miller, ¿no su esposa! Michael, puedes acompañarme o no, como prefieras, ¡pero me voy a casa ahora mismo! —Respondió ella desafiante.

Era obvio que no iba a dejarse disuadir, al menos no por nadie de la casa del pastor.

—Traeré tu capa, —replicó inmediatamente Michael y se apresuró a ir a buscarla.

—Y yo traeré al bebé, —se ofreció Edith—. Me encantaría acompañarte y quedarme en la casa contigo; de hecho, a los dos nos gustaría, ¿no, Charles?

—¿Qué haríamos qué? —Preguntó él, que se había acostumbrado a escuchar sólo a medias cuando su mujer hablaba.

—¡Charles! No nos importaría quedarnos a dormir con Kimberly y Helen esta noche, ¿verdad? —Preguntó ella, lanzándole una mirada que daba a entender que sólo esperaba una respuesta.

—Bueno, no, no nos importaría, pero Jason está allí, y no creo que necesiten una casa llena de gente alterando su rutina, —contestó él.

—¿Qué te parece, Kimberly? ¿Te gustaría que nos quedáramos contigo? —Sugirió Edith.

—Gracias por la oferta, pero Charles tiene razón. Jason ya está en la casa y...

—¿Pero y si el bebé está despierto durante la noche y no puedes descansar? Por la mañana, si Jason se marcha a atender la tienda, estarás cansada y sin ayuda para cuidar de Becca y Helen, —rebatía ella.

—¿Por qué no nos acompañas, Edith? —Sugirió Charles—. No me importará, pero no creo que haya necesidad de entrometerme.

Era obvio que Edith iba a insistir hasta que Kimberly cediera. Para poner fin a sus insistencias, Kimberly consintió.

—Michael va a acompañarme a casa ahora, Edith. Iré a buscarte cuando hayas tenido la oportunidad de preparar algunas cosas para la noche, —dijo Kimberly.

—Charles me acompañará; no tardaré más que unos minutos, —respondió ella, que ya salía corriendo de la habitación para comenzar sus preparativos.

—Tiene buenas intenciones, —le dijo Charles a Kimberly cuando llegaron a la puerta principal.

—Por supuesto que sí, y estoy segura de que me alegraré de que haya insistido en hacerme compañía, —comentó Kimberly.

—Gracias por toda su ayuda, y gracias por la maravillosa velada. Siento que se haya visto empañada por esta tragedia. Es extraño, pero parece que fue hace toda una vida cuando cantábamos villancicos, ¿verdad? —Preguntó y luego le dio las buenas noches a Charles.

A medida que se acercaban a la casa, los pasos de Kimberly empezaron a ralentizarse.

—¿Qué es eso que hay sobre la puerta? —Preguntó.

—Se rompió la ventana de la puerta principal. Jason puso tablas sobre ella hasta que se pueda reemplazar el cristal, —respondió Michael.

—¿Quieres decir que quienquiera que entrara en la casa también rompió la ventana? —Preguntó Kimberly, con un escalofrío subiendo por su espina dorsal.

—Jason no lo cree así. Cree que Cofres la rompió.

—¿Cofres? ¿De dónde ha sacado una idea así?

—Parece que el perro tenía un chichón de buen tamaño en la cabeza y algunos cortes alrededor de la cara y las patas delanteras, —respondió—. Por supuesto, nadie está seguro de nada ahora mismo.

Ella asintió con la cabeza mientras subían los escalones delanteros y entraban cautelosamente en la casa.

—¿Quién está ahí? —Llamó Jason, llegando a lo alto de los escalones.

—Soy yo, Jason, Kimberly, y Michael está conmigo, —respondió ella—. Voy a acostar a Becca. ¿Estaría bien si subo a ver a Helen?

Él asintió con la cabeza.

—¿Te vas? —Preguntó Jason a Michael de una manera que indicaba que se esperaba su marcha.

—En unos minutos. Pienso esperar y darle las buenas noches a Kimberly, —respondió, sorprendido por el tono de Jason—. Cualquiera diría que ésta es su casa, —murmuró cuando Jason regresó a la habitación de Helen.

—¿Qué has dicho? —Preguntó Kimberly.

—Le estaba diciendo a Jason que me iría en cuanto te diera las buenas noches.

—Me pareció oírte decir algo sobre la casa, —contestó ella.

—Sé que quieres subir y ver a Helen, así que no te entretendré más. Quiero que sepas lo mucho que disfruté pasando la tarde contigo en casa de los Wilson. Sólo lamento que haya

tenido que ocurrir esta desgracia. Espero que me permitan pasarme a ver cómo les va a todos y me permitan hacer todo lo que pueda para ayudar, —ofreció, con voz esperanzada.

—Por supuesto, por favor, pásate por aquí. No puedo prometerte ser una anfitriona perfecta, pero estoy segura de que, dadas las circunstancias, lo entenderás, —respondió ella—. Gracias por esta velada, Michael. Siento apresurarte, pero quiero subir a ver a Helen.

—Lo entiendo, —dijo él—. Asegúrate de echar el cerrojo a la puerta cuando llegue Edith, —le indicó de forma protectora.

Ella asintió y luego se dio la vuelta y subió corriendo los escalones.

En silencio, entró de puntillas en la habitación. Cofres se acercó a ella, meneando la cola y con un aspecto un poco desmejorado. Ella se inclinó y empezó a acariciarle pero se detuvo en seco, no quería hacerle daño.

—Buen perro, Cofres, —le dijo mientras él le lamía la mano.

—¿Helen? —Susurró—. Helen, soy yo, Kimberly. ¿Puedes oírme?

—Todavía está inconsciente, —respondió Jason—. Se movió un poco justo antes de que llegaras, pero eso ha sido todo. El médico dijo que no nos preocupáramos demasiado a menos que esto continúe durante otro día o así. Estoy intentando creerle.

Kimberly se dio cuenta de que Jason pasaba suavemente el pulgar de un lado a otro sobre la mano izquierda de Helen. Extraño, pensó. Antes apenas soportaba mirar su brazo marchito, pero ahora que ella estaba traumatizada, él estaba sentado acariciándoselo como si la amara, miembros defectuosos incluidos.

—La Sra. Wilson insistió en pasar la noche. Intenté disuadirla, pero no quiso. Dadas las circunstancias, será mejor que evitemos cualquier cotilleo ocioso que pudiera surgir. Debería llegar pronto, y puedo sentarme con Helen mientras tú descansas. Cuando Becca necesite que la alimenten, puedes volver y sentarte con Helen, y luego yo descansaré un poco. Si se despierta, iré a buscarte inmediatamente, —afirmó Kimberly.

—Supongo que eso funcionaría. Sé que quieres estar con ella, y estoy seguro de que estarás más cómoda si no estoy cerca. Estoy seguro de que no me tiene en muy alta estima.

—No es el momento de discutir lo que pienso de ti, Jason. Ahora mismo, lo único que me importa es que Helen reciba los mejores cuidados posibles. Puedo dejar de lado mis sentimientos para asegurarme de ello, —replicó ella, justo cuando sonó un golpe en la puerta principal.

Asustado por el sonido, Cofres empezó a ladrar y a correr nerviosamente dentro y fuera de la puerta del dormitorio.

—Calla, Cofres, —ordenó débilmente Helen al perro.

Jason y Kimberly se giraron simultáneamente y miraron a Helen.

Sin embargo, ella no parecía haberse movido y sus ojos seguían cerrados.

—¡Helen! —Llamó Jason.

—Helen... ¿puedes oírme? Oh, por favor, Helen, contéstame, —suplicó Kimberly.

Pero ella no se movió; de hecho, ni siquiera agitó una pestaña. Se miraron el uno al otro, preguntándose si realmente habían oído algo; entonces volvieron a sonar los golpes en la puerta

principal. Esta vez, sin embargo, Cofres mantuvo la calma mientras Kimberly bajaba a abrir la puerta.

—Siento haber tardado tanto, querida, —empezó a disculparse Edith en cuanto entró en la habitación—. Sólo indícame dónde debo poner estas cosas y dime qué quieres que haga. Puedes irte, Charles, —dijo, despidiendo a su marido y dirigiendo toda su atención a Kimberly.

Ignorándola, Charles se dirigió hacia Kimberly.

—¿Ha habido algún cambio? —Le preguntó.

—La verdad es que no. A Jason y a mí nos pareció oírle hablar hace unos minutos, cuando llamaste a la puerta, pero empiezo a pensar que nuestra imaginación sacó lo mejor de nosotros, —respondió ella.

—Estoy seguro de que Dios va a conseguir que salga bien de esto. Ahora me voy, —dijo él, inclinándose para darle a su mujer un beso en la mejilla—. Buenas noches, querida, vendrá a verte por la mañana.

—Buenas noches, —contestó ella y le acompañó hasta la puerta.

—¿Podría cerrar el pestillo de la puerta, por favor? —Pidió Kimberly mientras Edith cerraba la puerta—. Voy a sentarme con Helen hasta que el bebé se despierte para comer. ¿Por qué no duermes en mi habitación ya que puedo tener dificultades para oírle cuando se despierte?

—Vendré a buscarte cuando tenga hambre, —contestó Edith, apresurándose hacia el dormitorio en su misión asignada.



Parecía que sólo habían pasado unos minutos cuando la voz de Kimberly llamando desde la puerta le despertó de un sueño intranquilo.

—Voy abajo a dar de comer a Becca y a descansar un rato. ¿Quieres que Edith se siente con Helen? Aún está durmiendo, —informó Kimberly a Jason cuando empezó a levantarse del gran sillón acolchado donde había estado durmiendo

—No, quiero sentarme con ella. Ve tú delante, —le indicó mientras se frotaba los ojos y se dirigió hacia el dormitorio de Helen.

Se quedó un momento mirando la forma sin vida de su esposa. La había tratado mal, y él lo sabía. Me he vuelto tan cruel y despiadado como mi padre, pensó mientras caminaba hacia un lado de la cama y la miraba fijamente.

—Supongo que llevas toda la vida pidiendo fortaleza para enfrentarte a gente como yo. Gente que te juzga antes de darte siquiera media oportunidad, —le dijo a su figura dormida.

—Ahora yo, he pasado los últimos cinco años dándole vueltas a mi pasado, intentando constantemente demostrar que mi padre estaba equivocado. Parece, sin embargo, que en mi afán por demostrarle que no estaba en lo cierto, me he vuelto igual que él: un implacable capataz, vacío de amor o compasión, —murmuró.

Capítulo 9

Tras dos largos días y noches, Jason accedió a reabrir la tienda. El pastor Wilson y varios otros se habían ofrecido voluntarios para mantener abierto el mercantil, pero Jason sabía que sería un caos total. Ninguno de ellos conocía sus existencias ni sus precios; además, sus listas de inventario se estropearían en un santiamén, por no hablar de lo que ocurriría con el sistema de contabilidad sin una contabilidad adecuada al final del día.

Kimberly suspiró aliviada cuando salió por la puerta.

—Sé que intenta ayudar y que es su lugar estar con Helen, pero me alegro de tenerlo fuera de mi alcance por un tiempo, —le confió Kimberly a Edith mientras las dos empezaban a recoger los platos de la cocina.

—Lo sé, querida, pero debemos recordar lo angustiado que debe estar al tener a su esposa en semejante estado. No puedo ni empezar a pensar cómo me sentiría yo si fuera Charles, —respondió Edith.

—¡Edith! No hay absolutamente ningún paralelismo entre tu matrimonio con Charles y el de Helen con Jason. Francamente, me pregunto por qué está aquí. Él no quería estar cerca de ella cuando estaba sana. Oh, lo siento, Edith, —se disculpó, viendo la expresión en la cara de la otra mujer.

—No hace falta que te disculpes, Kimberly. Sé que estás muy preocupada por Helen; además, estás agotada por la falta de descanso adecuado. Pero permíteme compartir contigo una cosa que he aprendido en mi vida: no hay que darse nunca por vencido y, ten en cuenta que, el comportamiento de algunas personas viene definido por algún secreto de su pasado.

—Lo entiendo, Edith. Sé que no he sido muy caritativa con Jason. De hecho, a veces he sido francamente grosera, —comentó, con pensamientos de su pasado rondando por su mente.

—Entonces será mejor que tengas cuidado a la hora de juzgar a Jason.

Era media tarde, y Edith se había ido a casa hacía varias horas. Tras haber subido la cuna, Kimberly se sentó a coser el último de los manteles mientras Becca dormía. Cofres estaba acurrucado en la alfombra junto a los pies de Kimberly, velando, cuando sonó un fuerte golpe en la puerta principal.

Sobresaltada por el ruido, Kimberly saltó de la silla, su cesta de costura y su contenido cayeron al suelo y asustaron al perro. Al instante, Cofres empezó a ladrar y despertó a Becca, cuyos lujuriosos gritos casi ahogaron al perro. Los golpes sonaron de nuevo, provocando otra ronda de ladridos de Cofres que fue seguida por los lamentos de Becca.

—¿Qué demonios está pasando? —Preguntó Helen, con una expresión de sorpresa en el rostro—. ¿Por qué está Cofres en la casa y por qué está todo el mundo en mi dormitorio?

—¡Helen! Oh, Helen, ¿estás bien? —Preguntó Kimberly, intentando hacerse oír por encima de los ladridos del perro y los sollozos de la niña.

De nuevo comenzaron los golpes.

—Kimberly, por favor, ve a abrir la puerta para que Becca y el perro se tranquilicen, —ordenó Helen—. Dame, yo sostendré a Becca, —dijo, alargando la mano para coger a la niña.

Al notar la vacilación de Kimberly, pareció confusa.

—¿Qué te pasa, Kimberly?

—Deja que abra la puerta y luego volveré para explicártelo, —contestó perpleja sin entregar al bebé.

Kimberly bajó corriendo los escalones; Cofres vino corriendo detrás de ella y se detuvo ante la puerta, el protector siempre dispuesto.

—Sólo son Edith y Charles. Ahora deja de ladrar, —reprendió Kimberly al animal.

—Empezaba a preocuparme, —dijo Edith, levantando inmediatamente a Becca de los brazos de su madre y canturreando a la niña—. ¿Nuestros golpes la despertaron?

—Fue eso o que se me cayera la cesta de costura o que Cofres ladrara a pleno pulmón, —dijo Kimberly, soltándoles una pequeña carcajada—. No os lo vais a creer, pero todo el alboroto parece haber despertado a Helen. Tengo que volver arriba enseguida.

—Toma, Charles, tú coge al bebé y yo subiré con Kimberly a ver qué pasa, —le indicó ella, pasándole el bebé a pesar de que no tenía experiencia con bebés.

Viendo a las dos mujeres subir los escalones y sin saber qué más hacer, entró en el salón, se sentó en la mecedora y empezó a cantar en voz baja al bebé.

—¡Charles! —Gritó Edith cuando regresó al salón varios minutos después—. No te lo vas a creer, pero Helen ha vuelto con nosotros y parece estar en plena forma. Dame al bebé y ve a buscar a Jason—, le indicó pero luego se detuvo un momento—. Lo siento, querida. Estoy tan excitada que he olvidado mis modales. ¿Podrías por favor ir a la tienda y darle la noticia a Jason?

—Por supuesto, lo haré, —dijo dándole un beso en la mejilla—. No hace falta que te disculpes. Aprendí a vivir con tu entusiasmo hace años.

—Entusiasmo. Ésa sí que es una palabra bonita, ¿no? —Reflexionó ella en voz alta mientras Charles salía por la puerta.



Charles hizo el corto trayecto hasta la tienda en un tiempo récord, observando que no parecía haber clientes en la tienda cuando entró por la puerta principal.

—Tengo buenas noticias, —gritó, divisando a Jason en cuclillas reponiendo estantes en el extremo más alejado del local.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—Helen ha recobrado el conocimiento y Edith me ha enviado a buscarte. Estaré encantado

de cuidar de las cosas aquí en la tienda, si quieres, —sugirió el pastor—. O supongo que podría poner un cartel en la puerta durante un tiempo, —sugirió, observando la vacilación de Jason.

—¿Qué? Oh, no, no tengo ningún problema en que atiendas la tienda, Charles; de hecho, agradezco tu amable oferta. Es sólo que... —dijo, incapaz de completar la frase.

—¿Fue un milagro? —Sugirió el pastor.

—Sí, eso también, —convino Jason, no muy seguro de que milagro fuera exactamente la palabra que había estado buscando—. Si estás seguro de que no es una imposición, me gustaría verla. No me quedará mucho tiempo.

—Quédate todo el tiempo que quieras. Creo que seré más hábil llevando su tienda que realizando varias de las otras tareas que Edith me ha impuesto últimamente, —comentó.



Kimberly estaba terminando el asombroso relato de cómo Cofres había estado aullando en el porche delantero la noche del percance de Helen cuando Jason entró en la habitación.

—No pensé que fuera necesario llamar a la puerta y hacer que una de vosotras bajara corriendo, —explicó Jason mientras las tres mujeres miraban hacia él, silenciosas—. Charles vino y me dio la noticia, —continuó.

—Tal vez deberíamos daros la oportunidad de hablar a solas. ¿Por qué no te sientas aquí, —sugirió Edith, levantándose de la silla junto a la cama y dirigiéndose hacia la puerta.

—Gracias, Edith, —respondió Jason, sentándose.

—¿No es hora ya de dar de comer a Becca? —Preguntó Edith, mirando a Kimberly.

—No. Ohhh, puede que tenga hambre, —contestó Kimberly, viendo la expresión de cara de Edith.

—Lo siento, Edith. A veces soy tan tonta, —susurró Kimberly mientras las dos mujeres bajaban los escalones.

—¡No eres tonta ni nada que se le parezca! Me di cuenta de que no me oías, así que te di un empujoncito. Creo que eso debe ser algo más de mi entusiasmo del que hablaba antes Charles, —dijo, dando unas palmaditas en la mano de Kimberly y riendo a carcajadas.



—Ha sido muy amable al venir tan rápido, —dijo Helen, aunque no estaba segura de por qué Jason se había apresurado a acudir junto a su cama.

—He estado muy preocupado por ti, Helen. De hecho, no volví a la tienda hasta esta mañana, cuando Kimberly y Edith insistieron. No sé qué te dijo Kimberly antes de que yo entrara, pero nos diste a todos un buen susto. ¿Recuerdas algo de lo que pasó la otra noche?

—Creo que sí, aunque casi desearía no recordarlo, —contestó ella, estirándose para tocarse

la cabeza.

—¿Me lo contarás? —Preguntó él, alargando la mano para cogerla. Sobresaltada, ella se apartó.

—Helen, ¿te...te hizo daño?

—No de la forma que estás pensando, —respondió ella, dándose cuenta de que él había interpretado incorrectamente su reacción a su toque—. Kimberly me ha dicho que tú me encontraste y conseguiste ayuda. Gracias por lo que hiciste.

—Sólo estoy agradecido de que Cofres armara tanto jaleo y llamara mi atención en el porche. ¿Te apetece hablar de ello?

Quizá aquel golpe en la cabeza sí le había provocado un lapsus de memoria, pensó Helen, confundida por el repentino cambio de comportamiento de Jason.

—Me sentaré aquí tranquilamente, —comentó él cuando ella no respondió de inmediato.

—Me siento lo suficientemente bien como para hablar de ello, Jason, y no creo que mi memoria esté dañada, aunque no estás actuando como el hombre que recuerdo, así que quizás sí lo esté, —replicó ella.

Sin más vacilaciones, empezó a recordar los hechos que habían ocurrido varias noches antes.

—Michael había acompañado a Kimberly a la fiesta en casa de los Wilson y Becca dormía en su cuna. Yo quería terminar los manteles y decidí quedarme despierta hasta que estuvieran terminados. Además, no quería dejar a Becca abajo, pero no podía subir su cuna... bueno, eso no importa. De todos modos, oí a alguien fuera, en el porche; luego hubo unos golpecitos en la puerta principal. Antes de que pudiera llegar a la puerta, un hombre irrumpió y...

—¿Quieres decir que no tenías la puerta cerrada con pestillo? —Me interrumpió.

—No, no tenía la puerta atrancada, —respondió ella a la defensiva—. No sabía cuándo llegaría Kimberly a casa, y no quería que se quedara fuera esperando a que yo abriera la puerta si estaba en el dormitorio con Becca. Además, nunca echamos el cerrojo a la puerta hasta que nos retiramos a dormir. Ninguna de las dos ha tenido motivos para asustarse, —continuó.

—¡Helen! Con todos los hombres que pasan por la ciudad, ¿crees que dos mujeres solas estarían a salvo?

—¿Quieres oír lo que pasó o sermonearme sobre mi susceptibilidad ante los extraños en Placerville?

—Lo siento. Continúa, —se disculpó, dirigiéndole una mirada reticente.

—Cómo iba diciendo, un hombre irrumpió en la puerta principal y me dijo que me callara. En cuanto entró, cerró la puerta tras de sí. Cuando le pregunté qué quería, me dijo que tenía mala suerte y que había estado buscando oro sin éxito. Le ofrecí trabajar techando la casa, pero se limitó a reírse y a preguntarme por qué debía trabajar cuando podía simplemente coger mi dinero. Cuando le dije que no tenía dinero, se enfadó y me amenazó.

—Becca se despertó y temí que le hiciera daño, así que le dije que quizá podría encontrar algo de dinero arriba. Me siguió y cogí el dinero que tenía en mi retícula y se lo ofrecí. Enfadado porque era una cantidad tan pequeña, empezó a maldecir y a gritar, con la voz cada vez más alta.

Luego empezó a sacar cajones y a golpear los muebles, sin dejar de gritar que iba a matarme si no le enseñaba dónde estaba escondido mi dinero. Le respondí a gritos y lo siguiente que oí fueron cristales rompiéndose. De repente Cofres entró corriendo en la habitación y atacó al hombre.

—¿Mordió al intruso? —Preguntó Jason.

—No estoy segura, aunque enseñaba los dientes y gruñía cuando se abalanzó sobre el hombre. No recuerdo nada después de eso, —respondió ella, hundiéndose de nuevo en la almohada.

—Te he cansado demasiado. Era demasiado pronto para que pasaras por el calvario de relatar los hechos, —se disculpó.

—No, probablemente sea mejor así. Podría haber olvidado o distorsionado algunos de los acontecimientos si no se lo hubiera contado a alguien inmediatamente, aunque me siento algo débil. Quizá Edith pueda traerme algo de comer. Creo que eso podría ayudar.

—Por supuesto. Qué desconsiderado soy. Llevas casi tres días sin comer. No es de extrañar que estés débil. Bajaré a ver qué te pueden preparar, —dijo levantándose de la silla.

—Gracias, —respondió ella—. Y, Jason, no tienes por qué sentirte obligado a visitarme. Estaré bien. Kimberly y Edith no permitirán que me muera de hambre, y tú tienes tus asuntos de los que ocuparte, —añadió.

—¿Significa eso que no soy bienvenido? —Preguntó él, pareciendo dolido por sus palabras.

—No significa que no seas bienvenido. Significa simplemente que sé que has salido de tu sentimiento de deber y responsabilidad pero no de tu corazón, —dijo ella, apartando la mirada de él.

—¿Cómo puedes convertirme en una esposa a mis ojos y a mi corazón si ni siquiera me permites visitarte? —Preguntó él en tono defensivo.

—Siempre que quieras visitarme por algo más que lástima o sentido del deber, serás bienvenido. Hasta entonces, es mejor que te mantengas alejado, —respondió ella.

—Como quieras. Cuídate, Helen. Y si hay algo que necesites, avísame, —le pidió, el golpeteo de sus pasos y el portazo de la puerta principal proporcionando la evidencia final de su partida.



Helen recuperó rápidamente las fuerzas; y aunque las mujeres acordaron que el restaurante no abriría hasta después de Navidad, no podían renunciar a la oportunidad de agasajar con una cena el día de Navidad. Los Wilson, Ballard y Bergman, así como Michael y Jason, fueron todos invitados. Stanley Ballard regentaba la caballeriza, Samuel Bergman era el nuevo presidente del Banco de Placerville. Kimberly invitó personalmente a cada una de las parejas y a Michael.

—No pasé por la tienda. Pensé que querías invitar a Jason personalmente, —dijo Kimberly al volver a la casa.

Helen observó cómo Kimberly se desataba la cofia azul oscuro y la capa a juego.

—¿Me equivoqué? —Preguntó Kimberly cuando Helen no respondió.

—Probablemente me rechazará y no estoy segura de poder soportar la humillación.

—¡Helen Barkins! No quiero parecer poco amable, pero me pregunto cómo se sintió cuando le dijiste que no necesitaba molestarse en visitarte. ¿Recuerdas lo que dijiste cuando te pregunté cómo podías asociarte con alguien como yo?

—Por supuesto que lo recuerdo. Pero tus circunstancias eran completamente diferentes. Jason me trató miserablemente, —replicó Helen a la defensiva.

—Parece que recuerdo otra cosa que me dijiste. ¿No dijiste que no debía juzgar a los demás de la misma forma que no quería que me juzgaran?

—¡Kimberly, creo que estás manipulando mis palabras, tratando de hacerlas encajar en una situación totalmente diferente!

—Te quiero, Helen, pero estás tan equivocada como Jason. Te ha hecho daño y ahora no serás feliz hasta que le hayas hecho sufrir por ello, —respondió Kimberly en voz baja.

—Te has convertido en toda una autoridad, ¿verdad? Déjame decirle algo, Kimberly. Tú no sabes lo que es ser diferente. Estás delante de mí con un cuerpo hermoso y entero que cualquier hombre adoraría. No has vivido años en los que te miraban fijamente y te susurraban: los niños te señalaban a sus padres como si fueras algún tipo de monstruosidad. Has recibido miradas de adoración mientras que yo he recibido miradas de desdén. Es fácil para ti decirme que no debería preocuparme por recibir más humillaciones de mi marido, —replicó Helen, su voz había subido una octava completa durante el recitado.

—Lo siento, Helen. ¿En qué estaba pensando? Aquí estoy molestándote, cuando lo último que necesitas es angustiarte. Iré a preguntarle a Jason, y si dice algo que me haga pensar que viene por lástima, le retiraré la invitación, —dijo Kimberly, quitándose rápidamente la capa de la percha y colocándosela alrededor de los hombros—. Volveré en unos minutos. Cuida de Becca sólo un poco más, —le ordenó, atándose las cintas de la cofia y saliendo a toda prisa por la puerta principal antes de que Helen pudiera decir nada más.

El aire fresco le sentó bien en las mejillas mientras Kimberly caminaba deprisa hacia la tienda. ¿Por qué le dije esas cosas a Helen? Es la única amiga de verdad que he tenido y ahora probablemente no vuelva a dirigirme la palabra, pensó Kimberly, la idea la hizo hacer una mueca.

—¿Deseas algo? —Le preguntó Jason cuando entró en la tienda.

—Oh, nada. Solo que Helen y yo nos preguntábamos si te gustaría unirte a nosotros para la cena de Navidad. Los Wilson, los Ballard y los Bergman han accedido a asistir y, por supuesto, Michael estará allí, —se apresuró a explicar.

—Parece que has reunido a la mayoría de los hombres de negocios y a sus esposas, —respondió con una sonrisa.

—No del todo. La mayoría de los negocios de Placerville estarán abiertos en Navidad. No creo que los salones y las salas de juego cierren sus puertas, ¿verdad?

—No, si hay alguna posibilidad de ganar dinero, no lo hacen. Muchos de los mineros se

sentirán melancólicos y vendrán al pueblo con la esperanza de ahogar su soledad navideña en licor, —respondió.

—Es una pena, —contestó Kimberly, cuando una idea empezó a formarse—. Sabes, Jason, sería maravilloso que hubiera una alternativa: algo que esos hombres pudieran hacer además de emborracharse.

—No sé qué sería. Ese suele ser el punto álgido de venir a la ciudad, —respondió, sin estar seguro de adónde conducía la conversación.

—¿Y si pudieran venir al restaurante -el de Helen y el mío- y cenar con nosotros? Gratis. Podríamos poner a Edith a cargo del entretenimiento en caso de que quisieran quedarse un rato después de la cena. Ya sabes cómo le gusta ver que la gente se lo pasa bien. ¿Qué te parece? —Preguntó, un aire de excitación se apoderó de su anterior espíritu abatido.

—No estoy seguro de por qué me lo preguntas, —respondió él—. Creo que Helen y Edith son con las que deberías hablar.

—¿Pero al menos crees que es una buena idea? —Insistió ella

—Es una buena idea, Kimberly, —concedió él.

—¿Y estarías dispuesto a ayudar si te necesitáramos? —Le engatusó ella, una vez que había conseguido que admitiera que su plan era digno de consideración.

Él negó con la cabeza y se rió de ella.

—¡Eres una mujer insistente! Habla con los demás, y si ellos están dispuestos, puedes contar conmigo. Aunque no estoy seguro de lo que puedo hacer. Mis habilidades en la cocina dejan mucho que desear, —le informó.

—No se preocupe. Habrá muchas cosas que puedas hacer. Voy a ir a hablar con Edith y Helen ahora mismo, —le dijo, caminando hacia la puerta.

—Por cierto, Kimberly, —le dijo—. ¿Hay alguna razón especial por la que hayas venido a extenderme la invitación a cenar en lugar de Helen?

Ella se detuvo, congelada en seco. ¿Por qué tenía que preguntar eso? pensó, sin estar segura de cómo responder. Quería decir la verdad, pero desde luego no quería causar ninguna brecha más en el matrimonio de su amiga, que se desvanecía rápidamente.

—Porque Helen me lo ha pedido, —contestó simplemente—. He extendido las invitaciones a todos nuestros invitados. —Era la verdad, pura y simple. Ahora, si puedo salir de aquí antes de que me interrogues más, pensó, alcanzando el picaporte de la puerta.

—¿De verdad quiere que vaya? —Preguntó, sin dejarla escapar—. Ella puso tu nombre en la lista de invitados, —respondió Kimberly, dejando el resto a su imaginación—. Realmente debo irme, Jason. Si Helen acepta mi idea, tendremos que empezar a planearlo enseguida.

Por fin fuera, respiró aliviada. Helen no volverá a ponerme en esa situación, se dijo resueltamente, marchando de nuevo hacia la casa.

—¿Qué ha dicho? —Inquirió Helen en cuanto Kimberly entró por la puerta.

—Si no supiera que tienes cosas más importantes que hacer, pensaría que me estabas vigilando por la ventana, —replicó Kimberly—. ¡Dijo que estaría aquí, pero también quería saber por qué era yo la que hacía las invitaciones en vez de tú!

—¿Qué le dijiste?— preguntó Helen con voz chillona.

—Le dije la verdad. Oh, que no cunda el pánico, —continuó, observando la mirada cenicienta de su amiga—. Le dije que habías puesto su nombre en la lista de invitados y que yo había entregado todas las invitaciones. Luego salí corriendo antes de que pudiera interrogarme más.

—Gracias, Kimberly.

—De nada. Sin embargo, de camino a casa decidí que no volvería a ponerme en esa situación. Es demasiado incómodo, y aunque no quiero causaros problemas adicionales a ti y a Jason, tampoco quiero mentir. Vosotros dos sois lo suficientemente mayores como para discutir asuntos sin que haya un intermediario, —reprendió Kimberly.

—Sé que fue injusto por mi parte, pero no creo que hubiera podido soportar más rechazo por su parte, —respondió Helen, intentando apaciguar su sentimiento de culpa.

—Olvidalo por ahora. ¿Adivina qué? Mientras invitaba a Jason, se me ocurrió la idea más maravillosa. ¿Quieres oírla? —Preguntó, con el entusiasmo reemplazando la exasperación que había expresado sólo unos minutos antes.

—¡Por supuesto! Tus ideas suelen ser bastante extraordinarias, —respondió Helen, riéndose de la evidente excitación de Kimberly.

—En lugar de hacer una cena sólo para la gente que habíamos planeado, ¿por qué no invitamos a cualquiera de los mineros que vienen al pueblo por Navidad? Acabarán en los salones intentando beber para ahuyentar su soledad porque no hay nada más que puedan hacer. ¿Qué te parece? —Preguntó con los ojos brillantes de expectación.

—Oh, Kimberly, no lo sé. Eso sería...

—Sé que es mucho trabajo, pero Jason dijo que estaría dispuesto a ayudar, y ya sabes cómo le gusta a Edith entretener. Ella estaría tocando el piano y cantando villancicos—por qué, probablemente incluso haría que el Pastor Wilson diera un pequeño sermón. Si todos ayudan, no será tanto trabajo, y probablemente no habría tantos invitados, —interrumpió, notando la vacilación en la voz de Helen—. Es un plan generoso. De eso no hay duda, —dijo Helen, no queriendo desinflar los ánimos de Kimberly—. Pero...

—¡Oh, gracias, Helen! Temía que me dieras toda una lista de razones por las que no podíamos hacerlo. Sin embargo, debería haberlo sabido, pues tú no quieres a todos esos pobres hombres bebiendo en una taberna más que yo, —irrumpió Kimberly, obviamente temerosa de las palabras que seguirían al pero de Helen.

—¿Te das cuenta del poco tiempo que hay para planear una comida así?

—Ya la hemos planeado. Todo lo que tenemos que hacer es preparar más, —respondió Kimberly, con una sonrisa contagiosa.

—¿Has hablado con alguien, además de Jason, sobre vuestro plan? —Preguntó Helen.

—No, pensé que debía hablar contigo primero. Pero en cuanto alimente a Becca, iré a hablar con los demás, —respondió, con la voz llena de expectación.

—Supongo que si todos están de acuerdo en que es una buena idea y están dispuestos a ayudar, no será tan difícil. Y tienes razón: sin duda sería una buena alternativa para esos

hombres. Creo que has sido bendecida con un corazón caritativo, Kimberly, —dijo Helen, asombrada por los cambios que se habían tenido lugar en la vida de la chica.

Capítulo 10

El pequeño grupo había trabajado diligentemente, preparando la cena y los festejos que se celebrarían el día de Navidad. Poco antes de la medianoche de Nochebuena, Michael llegó para acompañar a Kimberly y Becca a los servicios de medianoche en la pequeña iglesia. Aunque su invitación incluía a Helen y ella sabía que era sincera, una vez más se sintió como la extra: “la quinta rueda del carro”.

Odio sentirme así. ¿Por qué no puedo dar las gracias por tener amigos dispuestos a incluirme en sus planes en lugar de resentirme por mi situación? pensó, sacando su capa de lana del pequeño armario del dormitorio y sacando un par de guantes negros de seda del cajón de la cómoda. De repente, un golpe en la puerta principal hizo que Cofres bajara los escalones en un ataque de ladridos feroces.

—Ese perro se va a romper el cuello volando por la esquina y bajando así los escalones, —comentó Helen mientras bajaba la escalera y esperaba ver a Michael.

—Creo que está decidido a protegeros a las tres, —respondió Jason, sonriendo—. Me detuve para ver si podía acompañaros a los servicios de Nochebuena, —continuó con un deje de inquietud en la voz.

—¡Oh, qué bien! —Replicó Kimberly, mientras aplaudía. Al notar la mirada de Helen, bajó rápidamente las manos—. Lo siento. Supongo que me estoy entrometiendo en tus asuntos, —dijo, mirando a un lado y a otro entre los dos.

—No pasa nada. Es bueno tener a alguien entusiasmado con la invitación, —respondió Jason.

—Quizá estaría más entusiasmada si me hubieras invitado con antelación en lugar de presentarte en la puerta de improvviso, —replicó Helen, incapaz de contener la lengua.

—Lo siento. No sabía que fuera necesaria una invitación grabada para acompañar al cónyuge a la iglesia, —le replicó.

—Bueno, es que me parece encantador que los dos vayáis a pasar juntos la Nochebuena, —intervino Kimberly.

Los dos se volvieron hacia ella simultáneamente.

—¿Quién te lo ha pedido? —Preguntaron al unísono, con los rostros contorsionados por la ira.

Desesperada, ella las miró. Una lágrima resbaló por su mejilla. —Ojalá pudierais veros a vosotros mismos. Si fuera así, quizá cambiaríais de opinión, —respondió antes de alejarse de ellos y volver hacia su dormitorio.

—¡Kimberly! —Llamó Helen, siguiendo a la muchacha. Podía sentir la mirada de Jason

mientras entraba cojeando en el salón. Mirando por encima del hombro, le vio observándola.

—¿Es lástima o asco? —Preguntó con voz afilada.

—Ninguna de las dos cosas: es asombro. Asombro por cómo algo que parecía tan bien pudo salir tan mal, —contestó él, sacudiendo la cabeza mientras salía por la puerta.

—Kimberly, deja que te explique, —empezó Helen al entrar en el dormitorio de su amiga. Antes de que pudiera seguir, sonó otro golpe en la puerta.

—Yo abro, —dijo Helen cuando Kimberly empezó a levantarse—. Seguro que es Jason que vuelve para disculparse.

Cofres corrió a su lado mientras ella entraba en el vestíbulo delantero y abría la puerta.

—Feliz Navidad —Saludó Michael—. ¿Todos listos para irnos?

—Casi, —contestó Helen, intentando ocultar su decepción. Había estado segura de que sería Jason. Debería haberlo sabido, pensó mientras su decepción daba paso a la ira.

—Es Michael, —anunció, entrando en el dormitorio—. Debería haber sabido que Jason no volvería, —anunció indignada a Kimberly.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Y por qué querrías que lo hiciera? —Preguntó Kimberly, desconcertada por el comportamiento de Helen—. Pensaría que ya han tenido suficientes disensiones por una noche. Personalmente, me gustaría ir a la iglesia sin más sobresaltos. ¿Vas a unirte a nosotros o no?

—Sí, —contestó Helen, sintiendo el escozor del nuevo acercamiento de Kimberly—. Pido disculpas por mi conducta poco decorosa. No quiero estropear las vacaciones.

—No me debes una disculpa, Helen, y no son las vacaciones lo que me preocupa. Sois tú y Jason y...

—Estamos haciendo esperar a Michael, —interrumpió Helen, sabiendo que una discusión más sólo conduciría a más palabras dichas con ira, palabras que no podían retractarse.



Los servicios acababan de empezar cuando entraron en la iglesia y se deslizaron en un banco cerca del fondo de la iglesia. Las velas de la parte delantera de la iglesia sólo ofrecían un tenue resplandor, lo que hizo imposible que Helen divisara a Jason.

Probablemente se fue a casa, pensó, inclinándose hacia Kimberly en un intento de obtener una mejor visión.

—¿No tienes suficiente espacio? —Susurró Kimberly, acercándose un poco más a Michael.

—Sí, —respondió Helen. Esperando que Kimberly no se diera cuenta de que había estado buscando a Jason, se obligó a mantener la vista fija en el pastor Wilson durante el resto del sermón.

Cuando Edith tocó los acordes iniciales de

—Oh, pueblecito de Belén, —se encendieron sus velas individuales, llenando la iglesia de una luz tenebrosa y parpadeante que se prolongó en la noche mientras se marchaban a sus casas.

—¿Todavía quieres que te ayude mañana?

Helen se volvió, sobresaltada al ver a Jason de pie detrás de ella. —Creía que te habías ido a casa, —respondió ella.

—No, estaba sentada delante. ¿Sería mejor que no viniera mañana? Haré lo que tú quieras. No quiero ser la causa de arruinar todo el duro trabajo que ha supuesto vuestros planes para la cena.

—¡Por supuesto que queremos que vengas! Además, necesitamos tu ayuda, —respondió Kimberly antes de que Helen pudiera decir una palabra—. ¡Creo que vamos a necesitar cada par de manos que podamos conseguir! Al menos esa es mi opinión, —terminó, mirando hacia Helen.

—Estoy de acuerdo. Necesitaremos toda la ayuda posible, —replicó ella.

—En ese caso, planearé estar allí. Buenas noches a todos, —dijo, su mirada abarcando a los tres.

—Bajaré temprano por la mañana para ayudarte a subir la madera a la casa, —respondió Michael—. ¡Buenas noches!

Jason agitó la mano en respuesta y siguió caminando hacia la tienda, con un poco de caída en los hombros y lentitud en el paso.

Los tres caminaron hacia casa en silencio; incluso Becca permaneció callada, el aire frío aparentemente no perturbaba su sueño. Cuando llegaron a la casa, Helen extendió los brazos para coger al bebé de Kimberly.

—Es tarde, y tendremos que empezar los preparativos temprano mañana, —dijo Helen en un evidente intento de acelerar la marcha de Michael—. No hay necesidad de que me esperes despierta. Teníamos algunos asuntos que discutir, pero ya casi hemos terminado. Michael se marchará en un momento, —explicó Kimberly, dedicándole una sonrisa a su amiga—. Buenas noches, Helen, —le dijo su amiga mientras ella se dirigía hacia la escalera.

—Buenas noches, —susurró ella mientras un nudo empezaba a subirle por la garganta.

¿Por qué me compadezco de mí misma? Podría estar sentada abajo cogida de la mano con Jason o viviendo bajo el mismo techo si quisiera, pensó mientras empezaba a desvestirse para ir a la cama. Entonces, ¿por qué me siento tan desgraciada y por qué estoy tan celosa de cualquier otra persona que tenga una relación? se cuestionó. Deshizo lentamente los pasadores y cepilló su largo cabello castaño, pincelada tras pincelada, hasta que empezó a dolerle el brazo.

—Necesito cambiar. Sé que me he vuelto amargada con los años. Aún más desde que me casé con Jason. Quería tener un buen matrimonio, como el de Daniel y Grace, ¿es mucho pedir?

No hubo respuesta, sólo la quietud de la fría noche estrellada.



La mañana llegó demasiado deprisa, y Helen se despertó con los sonidos de las voces de Michael y Jason, mezcladas con los ladridos ocasionales de Cofres.

—Me he quedado dormida, —se reprendió a sí misma, aunque deseaba volver a quedarse bajo las cálidas mantas.

—Helen, ¿estás levantada? —Llegó la voz de Kimberly llamando por las escaleras.

—Me he quedado dormida. Bajaré enseguida, —contestó ella, apresurándose a ponerse presentable.

—Es la primera vez, —comentó Kimberly a Michael—. ¿Qué es eso?

—Helen se ha quedado dormida. Nunca la había visto hacer eso, —contestó—. Probablemente estaba agotada por todos los problemas que le causó a Jason ayer, —replicó Michael.

—¡Michael! Si ese fuera el caso, los dos se habrían quedado dormidos, —le reprendió ella medio burlona.

—¿De qué estáis hablando? Me pareció oír mencionar mi nombre, —comentó Jason—. ¿Quieres ayudarme con esa madera? —Continuó, sin esperar respuesta a su pregunta anterior.

—¿Crees que deberíamos preparar las mesas y bancos improvisados? —Preguntó Michael a Kimberly.

—¿Por qué no subes la madera hasta aquí y esperamos hasta que las necesitemos? Ya hay bastantes mesas y sillas en el comedor, y no estoy seguro de cuántos hombres se presentarán. Además, nos ahorrará tener que pelearnos con todo ese “mobiliario” extra hasta que se acerque la hora de la cena, —sugirió.

—Me parece bien, —respondió Jason—. Lo cargaremos en la carreta y lo traeremos aquí. No hace falta descargarlo a menos que haya necesidad, —aconsejó a Michael mientras los dos caminaban hacia la tienda de Jason.

Jason condujo a Michael al granero de almacenamiento que había detrás de la tienda, y los dos eligieron trozos de madera para colocarlos en la carreta.

—Cogeremos los más anchos para usarlos como mesas; los más estrechos serán buenos bancos, —aconsejó Jason—. Creo que podemos usar esos barriles más pequeños debajo de los bancos, y tengo muchos de los grandes para usarlos debajo de las mesas.

—¿Cuántos crees que necesitaremos? —Inquirió Michael.

—No tengo ni idea, pero incluso reorganizándolo, en ese comedor sólo van a caber dos de estos montajes. Si hay demasiados invitados, tendrán que esperar su turno o, si no hace demasiado frío, veremos si Helen y Kimberly quieren poner un par de mesas fuera, —respondió Jason.

Cuando terminaron de cargar todo lo necesario para los asientos improvisados, engancharon el equipo y condujeron los caballos calle arriba y hacia la parte trasera del restaurante. Una vez que los caballos se hubieron detenido por completo, Jason desenganchó hábilmente el equipo y los condujo de vuelta a la parte delantera de la casa.

—Voy a bajar los caballos a mi establo. No tiene sentido tenerlos aquí enganchados todo el día, —le dijo a Michael.

—Buenos días, Jason, —llamó Helen, entrando en el porche delantero—. Buenos días y feliz Navidad para ti, —respondió Jason tentativamente—. ¿Quieres compañía para llevar a los

caballos de vuelta? —Se ofreció ella.

—Puedo llevarlos solo... a menos que estés ansiosa por hacer algo de ejercicio, —añadió.

—Probablemente haré todo el ejercicio que necesito hoy preparando y sirviendo la cena, pero no me importaría la compañía, —dijo ella, dedicándole una alegre sonrisa y uniéndose a él al pie de los escalones.

—En ese caso, puedes acompañarme, —replicó él, dedicándole a cambio una media sonrisa—. Sabes, Helen, eres una persona difícil de entender. Anoche estabas tan enfadada que no sabía si querías que viniera a ayudarte hoy. Y esta mañana, actúas como si no hubiera nada que disfrutaras más que estar en mi compañía. Para ser sincero, no te entiendo, —comentó mientras caminaban junto a los caballos.

Ella sacudió la cabeza reconociendo su afirmación, pero se tomó su tiempo para formar cuidadosamente sus pensamientos antes de contestar.

—Bueno, yo tampoco estoy segura de entenderme. Pero si queremos empezar a conocernos, creo que debemos hacer una tregua. Por eso quería estar a solas contigo unos minutos, —le dijo mientras entraban en el granero.

Observando cómo Jason desenganchaba los caballos de trabajo grises rucio, Helen se inquietó cuando él no respondió inmediatamente. Empezó a quitar los collares de cuero de los caballos y, cuando hubo terminado, se acercó y se colocó detrás de la barandilla que rodeaba el establo donde ella estaba. Apoyando los brazos en el listón superior de madera y dejando que la parte superior de su cuerpo se inclinara hacia delante, susurró—: ¿Qué clase de tregua tenías en mente?

Mientras él hablaba, ella pudo sentir su cálido aliento en su cuello. Le produjo escalofríos que la recorrieron de arriba abajo y sintió que sus mejillas se encendían. Su mente se remontó al día de su boda y al apasionado beso que Jason había depositado en sus labios. Inconscientemente, se pasó un dedo por la boca. Como no quería que él supiera el efecto que estaba causando en ella, no se atrevió a moverse.

—Pensé que quizá podríamos intentar hablarnos y tratarnos con más amabilidad, —aventuró débilmente, sin saber exactamente qué proponer.

—¿Eso es todo lo que pensaste? —Preguntó él, inclinándose una vez más cerca de su cuello antes de hablar.

—No, pero es un punto de partida, —respondió ella.

Él se movió desde detrás de ella y rodeó la caseta, colocándose directamente frente a ella. Con cuidado, puso las manos a ambos lados de su cintura y la levantó sobre uno de los altos barriles que había cerca. Ella no se resistió pero le dirigió una mirada interrogante.

—Quiero ver tus ojos cuando me hables, —dijo él en respuesta a su mirada—. En lugar de todas esas respuestas vagas que me has dado, ¿por qué no me dices lo que realmente quieres? de mí, de este supuesto matrimonio, de la vida misma.

Helen se retorció incómoda. No había previsto verse en una situación en la que tuviera que revelar sus pensamientos más íntimos.

—No estoy segura de que tengamos tiempo ahora para una conversación tan profunda. Tengo que ayudar con los preparativos de la cena. Además, todo el mundo se estará preguntando

dónde estamos, —aventuró, con la esperanza de escapar a sus punzantes preguntas. Necesitaba tiempo para una introspección reflexiva antes de responder, tiempo para prepararse cuidadosamente.

—Hay suficiente gente en esa cocina como para que se estén cayendo unos encima de otros. Además, le dije a Michael que podríamos estar fuera un tiempo. Él podrá responder a cualquier pregunta que pueda surgir sobre nuestro paradero. Puesto que estamos casados, desde luego no hay que preocuparse por ninguna incorrección en que estemos solos, ¿verdad? —Preguntó, sabiendo ya la respuesta.

—Bueno, no... —respondió ella titubeando.

—Entonces dime, Helen Miller, ¿qué es lo que quieres? —Preguntó él una vez más.

Helen Miller. El nombre sonaba extraño a sus oídos. Aún pensaba en sí misma como Helen Barkins.

—Cuando piensas en ti misma, piensas en Helen Barkins, no en Helen Miller. ¿Estoy en lo cierto? —Le preguntó él, cuando ella no había respondido a su pregunta anterior.

Ella levantó la cabeza ante su comentario. ¿Cómo sabía él lo que ella estaba pensando? Había un brillo en sus inquisitivos ojos caoba.

—Te incomoda que pueda tener alguna idea de lo que piensas, ¿verdad?

Antes de que ella pudiera responder, él agachó la cabeza y la atrajo hacia sí, sus labios carnosos acariciaron suavemente los suyos y luego dieron paso rápidamente a la urgencia de su pasión, una pasión que había mantenido en reserva durante todos estos meses de matrimonio. Ella respondió, inclinándose hacia delante y rodeándole el cuello con los brazos, con la respiración entrecortada mientras los labios de él exploraban los suyos con un hambre implacable.

—Tú también estabas pensando en eso, ¿verdad? —Susurró él, cuando sus labios finalmente se separaron.

Temiendo que se resbalara del barril si él la soltaba, se apoyó en la barandilla, con el cuerpo flácido por la intensidad de su ardor mutuo.

—Sí, —respondió con sinceridad.

—¿Y en qué más estabas pensando? —Le instó él.

—Quiero un marido que sea cariñoso y tierno. Un marido que me permita compartir su vida, que admire mis puntos fuertes y pase por alto mis imperfecciones, —respondió ella con franqueza, pues el beso de Jason había borrado sus temores—. Suelo ocultar mis verdaderos sentimientos porque no soy tan vulnerable si la gente no sabe lo que siento de verdad, —explicó ella.

Él le sonrió, le levantó con ternura un mechón de pelo y se lo colocó detrás de la oreja.

—Me doy cuenta de que ser honesto te hace más susceptible de ser herido. Pero cuando eres abierta y sincera con la persona que amas, le das la oportunidad de cumplir tus expectativas en lugar de dejar que esa persona se limite a adivinar cómo complacerte.

Ella asintió con la cabeza, pero no estaba segura de estar dispuesta a llegar tan lejos.

—Por ejemplo, no hay nada impropio en que una esposa le diga a su marido que le gustaría

que la besara. Verás, los maridos no saben automáticamente esas cosas, —le indicó.

—Me gustaría, —dijo ella, levantando la cabeza y cerrando los ojos.

Él soltó una carcajada y luego se detuvo al ver la mirada de dolor que ella le dirigió. Rápidamente, se inclinó para besarla, sólo para ser rechazado.

—Helen, has malinterpretado mi risa, —la amonestó cuando ella volvió la cabeza mientras él intentaba besarla de nuevo—. No siempre se puede suponer lo peor cuando la gente se ríe. Me complace que quieras que te bese. De verdad, lo estoy. Me reí sólo porque estaba utilizando la afirmación sobre los besos como ilustración y tú te lo tomaste literalmente. Intentaré ser más cuidadoso en el futuro si intentas ser menos sensible, —sugirió.

Ella lo miró y vio una mirada de súplica en sus ojos.

—Creo que aún me gustaría un beso, —dijo ella, rompiendo el incómodo silencio. Esta vez él no se rió mientras la estrechaba entre sus brazos.

—Tenemos mucho más de lo que hablar, —dijo, una vez que la hubo liberado de su abrazo —, pero supongo que deberíamos volver a la casa.

Helen recogió su chal mientras salían del granero.

—Creo que está refrescando, —comentó Jason, cogiendo el chal y colocándoselo alrededor de los hombros.

Helen asintió con la cabeza.

—Creo que me gustaría que mantuvieras tu brazo alrededor de mi hombro, —dijo sonriendo.

—Creo que a mí también me gustaría, —respondió él, colocando su brazo alrededor de su hombro y tirando de ella para acercarla mientras se dirigían calle abajo.

Capítulo 11

-¡Helen! ¿Dónde has estado? —La regañó Kimberly cuando la pareja entró en la casa.

—Jason y yo devolvimos los caballos al establo, —contestó ella, sonriendo cuando Jason le guiñó un ojo.

—Bueno, no te quedes ahí parada. Pronto llegarán invitados, y los demás hemos estado trabajando duro mientras tú no estabas. Deberías haber estado aquí ayudando, —continuó.

—Estaba exactamente donde tenía que estar, Kimberly, —respondió Jason—. Por favor, no seas dura con Helen. Realmente es culpa mía por mantenerla alejada, pero había cosas que necesitábamos discutir. Cosas que me parecían más importantes para nuestro futuro que la cena. Ella quería volver, pero le aseguré que había manos de sobra para preparar la comida, —se defendió él, con voz protectora.

Kimberly le dirigió una mirada atónita y luego desvió los ojos hacia Helen.

—Así que habéis estado hablando, —comentó al ver la expresión de la cara de su amiga—. En ese caso, ¿cómo podría oponerme? ¿Tuvo esta charla un resultado amistoso? —Preguntó.

—Yo diría que sí. ¿No estás de acuerdo, Jason? —Inquirió Helen, mirándole, deseando poder pedirle otro beso.

—Completamente de acuerdo, aunque no tuvimos tiempo suficiente para resolver todas las cuestiones que queríamos discutir. ¿Verdad, querida? —Preguntó él, dándole un ligero beso.

—No, no todo, —convino ella, dándose cuenta de que él había vuelto a saber lo que ella pensaba. Era de lo más desconcertante. ¡Tendría que tener cuidado con lo que pensaba!

Kimberly se quedó momentáneamente paralizada. ¿Era ésta la misma pareja de la noche anterior?

—Dios sí que puede hacer milagros, —murmuró, caminando hacia la cocina.

—Ve a ayudarla, mi amor, y yo veré qué puedo hacer para ayudar a Michael, —dijo Jason, inclinándose para besarle la mejilla.

Mi amor, me ha llamado “mi amor”, pensó ella, caminando hacia la cocina. Sin embargo, el caos culinario no tardó en apartar de su mente todos los pensamientos sobre Jason. Al observar la situación, se hizo evidente de inmediato que nadie se había tomado el tiempo de organizar al grupo de mujeres. Todo el mundo corría de un lado a otro, pero no se conseguía gran cosa.

—¡Señoras! —Gritó Helen, llamando rápidamente su atención—. Parece que necesitamos un poco de trabajo en equipo si queremos preparar y servir esta comida a tiempo. Creo que el plan más fácil sería hacer asignaciones. ¿Os parece bien a todas? —Preguntó sin esperar respuesta—. Kimberly, tú te encargas de la carne; que Michael te ayude a trincar cuando esté

listo. Edith, tú te encargas del relleno y las patatas...

—Pero los pavos ya están rellenos. ¿No quieres que haga algo además de las patatas? —Preguntó la excitada esposa del párroco.

—Puedes preparar también el puré de patatas, pero recuerda que tendrás que ayudar a Kimberly a desempacar los pavos cuando estén listos, —respondió Helen, dedicándole una sonrisa a Edith.

Y así fue. Helen asignó las tareas y cada una de las mujeres fue responsable de principio a fin de esos alimentos o tareas en particular. Antes habían colocado carteles por el pueblo informando a la gente de la cena, pero Helen pensó que sería un bonito gesto invitar personalmente a la gente para que se sintiera realmente bienvenida. Con ese fin, fue en busca de su marido.

—Jason, ahí estás, —dijo, entrando en el salón donde Michael y Jason atendían a Becca—. ¿No crees que sería hospitalario ir a los salones y salas de juego e invitar a los hombres a cenar? Puede que no vean los carteles; además, puede que algunos de ellos no sepan leer.

Jason se reclinó en la robusta silla de roble, haciendo equilibrio sobre las dos patas traseras y manteniéndose firme con las puntas de los pies apoyadas en el suelo frente a él. Le dedicó una lenta sonrisa.

—Helen, mi querida esposa, ¿tienes idea de cómo van a reaccionar los propietarios de esos salones y salas de juego cuando entre e invite a sus clientes a salir por una comida gratis?

Ella negó con la cabeza y esperó.

—Van a estar muy descontentos. Ésta es una de las épocas del año de más trabajo para ellos. De hecho, los hombres gastan la mayor parte de su dinero intentando ahogar u olvidar su soledad durante esta época del año, —explicó cuidadosamente.

—Ya lo sé, Jason. Por eso planeamos esta reunión. —Replicó Helen, con la exasperación escrita en el rostro—. Creía que ibas a revelarme alguna buena razón por la que no podías ir a invitar a la gente.

La miró fijamente y luego buscó ayuda en Michael.

—Adelante, Jason. Lo estás haciendo bien. Explícaselo, —dijo Michael, mientras intentaba ocultar la sonrisa de satisfacción de su rostro.

—Te lo diré de esta manera, querida. Si entro en esos negocios y les pido a los clientes que se vayan y vengán aquí a comer gratis y a festejar, es posible que los dueños de esos negocios no vuelvan a dirigirme la palabra. Se enfadarán porque seremos la causa de que pierdan dinero, —explicó educadamente con un tono de voz comedido.

—Bueno, si ése es el único problema, invítales también a ellos. Estaremos encantados de que se unan a nosotros, —respondió ella, dedicándole una dulce sonrisa mientras desestimaba por completo la parte de su respuesta relativa a la pérdida de negocio de los comerciantes locales.

—Creo que los que quieran asistir vendrán sin invitación especial, —dijo Jason en un débil intento de eludir toda la cuestión.

—Si no quieres ir, estoy segura de que Michael estaría dispuesto a hacerlo, —replicó Helen, dirigiéndole una mirada severa y volviéndose hacia una nueva presa para su misión

navideña.

—Sabes que lo haría por ti, Helen, pero Kimberly me ha dicho que no me atreva a salir de este salón. Dijo que se enfadaría si viniera a buscarme para ayudar a trincar la carne y yo no estuviera por aquí, —replicó él, claramente satisfecho por lo hábilmente que había evitado la trampa.

—Ya veo, —replicó Helen. Sin decir nada más, caminó de nuevo hacia la cocina mientras los dos hombres se miraban y suspiraban aliviados.

Habían pasado sólo unos minutos cuando la vieron regresar con Amelia Bergman a cuestas.

—Amelia va a cuidar de Becca el resto de la tarde, —les aconsejó, cogiendo al bebé de manos de Michael y colocándolo en los capaces brazos de Amelia.

—¿Seguro que tiene edad suficiente para cuidar a un bebé? —Preguntó Michael, con una sensación de presentimiento en la voz.

—Por supuesto que lo es. Tiene quince años y siete hermanos y hermanas menores. Tiene mucha experiencia, ¿verdad, Amelia? —Preguntó a la joven.

Amelia asintió con la cabeza y se dirigió hacia el dormitorio llevando a su joven protegida.

—Bien, caballeros, creo que hemos podido elaborar un plan, —anunció Helen mientras los dos hombres se miraban con inquietud.

Mirando a Jason, dijo con su voz más dulce—: Estoy haciendo lo que me pediste antes, Jason. Estoy siendo abierta y honesta contigo para darte la oportunidad de cumplir mis expectativas.

—Esto no es exactamente lo que tenía en mente cuando hablamos... —comenzó Jason.

—Bueno, nunca sabemos cuándo se presentará una oportunidad, ¿verdad? En cualquier caso, me haría muy feliz que tú y Michael fueran a hacer una invitación personal por la ciudad, —dijo en tono agradable.

—Pero... —comenzó Michael.

—Kimberly dijo que no te necesitaría durante al menos una hora, Michael, —interrumpió ella antes de que el joven pudiera protestar por haber sido incluido.

Los dos hombres intercambiaron una mirada de fatalidad.

—Supongo que será mejor que acabemos con esto, Michael, —dijo Jason mientras se levantaba de la silla. Helen les siguió mientras caminaban hacia el porche y bajaban los escalones.

—Jason, —llamó ella justo cuando los hombres llegaban al pie de la escalera.

Él se volvió y caminó hacia ella.

—Cuando vuelvas, creo que me gustaría darte un beso, —dijo ella, dedicándole una sonrisa cautivadora.

—Estaré encantado de satisfacer esa expectativa, —dijo él, riendo mientras alcanzaba a Michael.

Había pasado casi una hora cuando Michael y Jason regresaron a la casa, y Kimberly metió

rápidamente a Michael en la cocina para que la ayudara con los pavos. Al ver a Michael mientras empezaba a trincar una de las aves, Helen entró en el salón.

—Veo que has vuelto de una pieza, —le dijo a Jason, sonriendo.

Sin mediar palabra, él la estrechó entre sus brazos y le dio un sonoro beso que la dejó sin aliento mientras se separaba lentamente de ella.

—Estoy de una pieza, querida, pero recuerda que fuiste tú quien me envió a extender invitaciones, —dijo él, haciendo que ella se extrañara por el comentario.

—¿Se enfadaron los dueños del negocio? —Inquirió ella.

—No estaban muy contentos, pero supongo que se les pasará, —respondió él—. Por cierto, ¿cuántos dijiste que tenías previsto servir?

—No estoy segura, pero creo que tendremos comida de sobra. ¿Por qué lo preguntas? —Inquirió ella.

Él no contestó, sino que se limitó a señalar con el dedo calle abajo, hacia una multitud que se dirigía a la casa. Sus ojos se abrieron de par en par mientras miraba desde la calle hacia Jason y luego de nuevo hacia atrás.

—¿Vienen todos hacia aquí? —Inquirió Helen.

—¡Sí!

—¿Todos? —Preguntó ella, incrédula.

—Todos ellos. Después de que Michael y yo visitáramos un par de salones, los propietarios se reunieron y decidieron que lo mejor era cerrar y dejar que tanto sus empleados como sus clientes asistieran a tu cena. Vais a dar de comer a todos, desde los mineros hasta las chicas de los salones de baile, —le dijo.

—Esto es más de lo que esperaba, y sé que es más de lo que Kimberly esperaba, —replicó ella, con una nota de miedo en la voz.

Él se volvió hacia ella y sonrió.

—Como dijiste antes, nunca se sabe cuándo se presentará una oportunidad. De hecho, puede que nunca tengas otra oportunidad de alimentar a tanta gente a la vez.

—Pero son tantos, —dijo ella, mientras la multitud se acercaba.

—Esperemos que esos pavos y jamones lleguen tan lejos como los panes y los peces, —dijo él, rodeándola con un brazo protector—. Nos las arreglaremos, —dijo con voz reconfortante cuando ella le dirigió una mirada sombría.

Helen volvió a la cocina tan rápido como se lo permitieron sus piernas, aunque la cadera y la pierna izquierdas habían empezado a dolerle. Había estado de pie todo el día y su cojera siempre empeoraba cuando empezaba a cansarse.

—Kimberly, —llamó en un fuerte susurro—. Están llegando nuestros invitados. Muchos más de los que habíamos previsto, —dijo mirando a su amiga.

—Lo sé. Michael me lo dijo. ¿Qué vamos a hacer?

—Tendremos que organizarnos. Creo que si establecemos una fila y hacemos que pasen con sus platos, no sólo podremos controlar el tamaño de las raciones, sino que también podremos

controlar los asientos. Cuando los que están al principio de la fila hayan terminado de comer, podrán liberar sus sitios para los demás. Si nos quedamos sin comida, les pediremos disculpas y les haremos saber que el año que viene tendremos más, —dijo encogiéndose de hombros.

Apresurándose a dar instrucciones a los hombres y mujeres que ayudaban, Helen echó un último vistazo al comedor. Hacía frío, pero al menos el tiempo era soportable. En el último momento, Helen pidió a Michael y a Jason que trasladaran el pequeño piano al porche delantero para que Edith pudiera tocar villancicos. Si alguien podía mantener a un grupo de buen humor, ésa era Edith.

Asegurando a Helen que estaba a la altura del reto, Edith ocupó encantada su lugar al piano. En poco tiempo, los acordes de “Noche de paz” cantados por la multitud llenaron la casa y pronto se sirvió la cena a los asistentes.

El plan de Helen funcionó. A sus invitados no pareció importarles la espera una vez que llegaron a la cocina y les sirvieron la comida finamente preparada. El mayor problema resultó ser mantener suficientes platos limpios; sin embargo, una vez más Helen convenció a Jason y Michael para que ayudaran a las mujeres que se apresuraban a lavar, secar y reponer los platos, tazas y cubiertos. Ayudaron en la tarea hasta que varias de las chicas del salón de baile preguntaron si podían ayudar. Helen aceptó rápidamente su ofrecimiento y puso a los hombres a trabajar en otras tareas.

Después de que todos los invitados estuvieran servidos, la cocina limpia y el resto del grupo se hubiera marchado, Helen, Jason, Kimberly y Michael se sentaron en el salón ante el fuego encendido que Michael había encendido unas horas antes.

Jason y Helen estaban sentados en el loveseat cubierto de tapices. Él le rodeaba los hombros con el brazo y ella apoyaba la cabeza en el suyo. Michael y Kimberly estaban sumidos en una conversación sobre los acontecimientos del día cuando Jason se inclinó y besó la oreja de Helen.

Ella levantó la vista y sonrió somnolienta.

—¿Vienes a casa conmigo? —Preguntó él.

—Estoy en casa, Jason, —respondió ella, pero sintió que él se ponía rígido en cuanto pronunció las palabras.

—Tu hogar está conmigo, —rebatía él, manteniendo la voz baja.

—Bueno, sí, eso es cierto. Pero, Kimberly y yo compramos este lugar. Ya lo sabes. No puedo irme y dejarla sola, —susurró.

—¿Te gustaría que te dejáramos sola? —Preguntó Michael.

—No, —dijo Helen.

—Sí, te lo agradecería, —respondió Jason, anulando su respuesta.

En cuanto salieron de la habitación, Jason se volvió hacia Helen.

—Quiero que vengas a casa y comencemos nuestra vida como marido y mujer, Helen. Hemos empezado a solucionar nuestros problemas y necesitamos estar juntos si queremos que nuestro matrimonio tenga éxito, —le dijo.

—Sé que hay algo de verdad en lo que dices, pero nos queda mucho por discutir y, como

he dicho hace unos minutos, no puedo abandonar a Kimberly sin más.

—No parecías tener mucho problema en abandonarme, —le recordó él, tratando de mantener la paciencia.

—Me has dicho que sea sincero y abierto contigo. Voy a intentar hacerlo, Jason, y espero no arrepentirme, —dijo ella, volviéndose para mirarle y tomando su mano entre las suyas—. Creo que lo mejor sería que al menos habláramos de nuestros problemas y de cómo podemos resolverlos antes de que regrese. No voy a negar lo que siento por ti; estoy segura de que ya habrás adivinado lo mucho que me importas, pero no voy a negar que también me has herido profundamente. No quiero que eso vuelva a ocurrir. Tomémonos un poco de tiempo y hagámoslo bien, —le pidió.

—Que esperemos seis meses o seis años no asegura que vayamos a ser felices, —dijo él, obviamente refiriéndose al periodo de espera de seis meses que ella había invocado antes de casarse.

—No estoy hablando de seis meses, Jason. Sólo el tiempo suficiente para discutir algunos de los problemas a los que nos enfrentamos y cómo resolverlos. Y quieras o no reconocerlo, dejar a Kimberly y al bebé viviendo solos es diferente de cuando te dejé a ti. Tendría que encontrar a alguien que se quedara en casa con ella, al menos durante la noche. Le daría mucho miedo quedarse sola, y después de lo que me pasó a mí, desde luego no querría ponerla en una situación tan precaria. Por supuesto, yo estaría allí durante el día para ayudarla con el restaurante, —continuó.

—¿Planeas continuar con la empresa del restaurante? ¿Incluso después de volver a casa? No creo que eso funcione, —dijo incrédulo.

—Verás, Jason, tenemos muchas cosas que resolver. Quiero que nuestro matrimonio tenga éxito, probablemente más de lo que puedas imaginar. Pero sería una locura que volviera ahora, —le dijo ella.

—Entonces supongo que no queda nada más que decir, —respondió él, levantándose para marcharse.

—Espera, Jason: queda todo por decir, —replicó ella—. Por favor, dime que no estás enfadado y que seguiremos hablando, —imploró ella.

—Me has vuelto a malinterpretar, querida. Simplemente quise decir que no había nada más que decir sobre tu regreso a casa esta noche. Hablaremos, resolveremos nuestras diferencias y volverás a casa, —afirmó él, con la voz llena de confianza.

—Suenas muy seguro de ti mismo, —replicó ella.

—Estoy seguro de que te quiero, Helen Miller, —le dijo él, tendiéndole la mano.

Ella se levantó para encontrarse con sus brazos que la esperaban y sentir el calor de su beso. Caminaron hacia la puerta principal y, después de darse el beso de buenas noches, ella le observó mientras él bajaba por la calle. Sorprendiéndola, se volvió, le sopló un beso y gritó—: Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, —le devolvió ella el grito. Eres un hombre complejo, Jason Miller, pensó ella, justo cuando Michael y Kimberly salían a la calle.

—¿Jason se ha ido a casa a pasar la noche? —Preguntó Michael.

—Sí, por esta noche, —contestó Helen y luego volvió al interior, dejando que la pareja se diera las buenas noches.

Capítulo 12

Helen se levantó temprano a la mañana siguiente y había terminado de preparar el desayuno antes de que Kimberly se despertara.

—Qué madrugadora eres, —dijo Kimberly entrando en la cocina—. Deberías disfrutar de estos últimos días antes de que abramos el restaurante; duerme mientras puedas, —dijo, dedicándole a su amiga una sonrisa encantadora—. ¿Piensas servir el desayuno a todo el pueblo? —Continuó Kimberly, mirando los platos de jamón, huevos, bizcochos y salsa.

—Pensé en llevarle el desayuno a Jason, —contestó Helen, evitando la atenta mirada de Kimberly.

—Es la primera vez, ¿no? —Inquirió Kimberly—. Parece que los dos estáis arreglando las cosas. Fue agradable veros acurrucados juntos la pasada noche, tal y como debe ser en una pareja casada, —continuó, sin esperar respuesta a su pregunta.

—Jason me ha dicho que quiere que el matrimonio funcione y que se preocupa por mí, —le dijo a su amiga—. Le creo, pero necesitamos resolver algunas de nuestras diferencias antes de hacer otro intento de vivir juntos.

—¡Vivir juntos! No había pensado en eso. Cuando resolváis vuestros problemas, me quedaré sola, —dijo Kimberly, con un ligero sonido de pánico en la voz.

—Por favor, no te preocupes, Kimberly. No me iré antes de que hagamos los arreglos necesarios, —tranquilizó Helen a su amiga.

—No me abandonarás, ¿verdad? ¿Y qué hay de nuestro negocio? No puedo hacer esto sola, Helen. Te necesito, —suplicó, con el miedo evidente en sus ojos.

—Kimberly, por favor, no llores, —dijo Helen, envolviendo a su amiga y abrazándola con fuerza—. Lo solucionaremos. Te lo prometo, y me tomo mis promesas en serio, —dijo—. Ahora, ve a prepararte, yo llevaré esta comida a Jason y volveré enseguida.

La campanilla sobre la puerta anunció la entrada de Helen, aunque Jason sabía que venía. La había visto salir de casa y observó cómo caminaba por la calle, llevando una cesta sobre el brazo. Su corazón dio un pequeño salto de placer cuando ella le anunció alegremente que le había traído el desayuno.

—¿He llegado a tiempo o ya has desayunado? —Le preguntó, entregándole la cesta de mimbre.

—Aún no he comido, pero aunque lo hubiera hecho, aún quedaría sitio para tu comida, —alabó él, disfrutando del rubor que hizo subir a sus mejillas.

Sacando el contenido de la cesta, señaló hacia una silla.

—Por favor, siéntate y acompáñame, —le ofreció.

—Le dije a Kimberly que volvería enseguida, —dijo—. Cuando vio que le había preparado el desayuno, se dio cuenta de que podríamos volver a estar juntos. No me malinterpretes, pero ella no desea nada más que nos reunamos- pero tiene miedo de su futuro. Le prometí que no me mudaría hasta que hubiéramos llegado a un acuerdo satisfactorio, —continuó.

—Eso podría llevar mucho tiempo, Helen. Quizá no deberías haber hecho tal promesa, —advirtió

—¿Tendrías un momento para seguir hablando de esto?

—¿Por qué no vienes aquí? Así Kimberly no sentirá que está confinada en su habitación mientras hablamos, —contestó él—. En cuanto haya cerrado la tienda, vendré a buscarte.

—Ven a cenar y podemos irnos después, —sugirió ella.

—Eso suena bien, —contestó él, obviamente complacido de que ella quisiera continuar su conversación.

—Será mejor que regrese. Tráelos cuando vengas, —le indicó ella, señalando los platos y la cesta.

—Eso haré. Gracias por el desayuno. Está delicioso, —dijo él, mojando uno de los bizcochos en la cremosa salsa blanca.

—De nada, —respondió amablemente mientras salía de la tienda.

Helen acababa de empezar a caminar hacia su casa cuando vio que Edith corría hacia ella agitando el brazo.

—¡Helen! Helen! —Gritó la mujer.

—¿Qué ocurre, Edith? ¿Le pasa algo a Kimberly? —Preguntó, temerosa por su amiga y el bebé.

—No, no, están bien. Pasé a verte y Kimberly me dijo que estabas en la tienda con Jason. Me dijo que te dijera que iba a llevar a Becca a tomar el aire. ¿Tienes tiempo para una visita?

—Desde luego. Vuelve a la casa y prepararé una cafetera recién hecha, —sugirió ella.

Sacando las tazas y los platos de porcelana floreada del armario de nogal del comedor, Helen los llevó a la cocina y vertió el líquido humeante en las dos tazas. Dispuso cuidadosamente unas galletas en uno de los platos y lo colocó en el centro de la mesa junto a una pequeña vasija de conservas de fresa.

—¿Qué te trae de visita tan temprano esta mañana? —Preguntó Helen mientras se acomodaba en la silla frente a su visitante.

—Te alegrará mucho oír mis noticias, no podía esperar a venir a contártelas, —se rió Edith—. Después de que Charles y yo volviéramos a casa anoche, tuvimos una visita.

No dijo nada más, y Helen supo que se esperaba que la animara.

—¿Y quién era? —Preguntó, siguiéndole el juego.

—Una de las chicas del salón de baile, la de los rizos negros. Se llama Marie McTavish, —le dijo Edith—. Me dijo que hablaste con ella mientras lavaba los platos.

—Sí, la recuerdo, —recordó Helen—. Una chica muy guapa. Me hizo varias preguntas sobre por qué organizábamos la cena. Cuando le dije que queríamos dar a la gente una opción distinta del juego o la bebida para celebrar la Navidad, pareció realmente conmovida.

—Bueno, ella vino a nuestra casa anoche alrededor de las nueve. Dijo que quería hacer algunas preguntas. Se emocionó mucho cuando Charles le aseguró que Dios perdonaría sus pecados. Mientras la escuchaba hablar, era evidente que la pobre chica pensaba que nadie en el mundo había sido tan pecador como ella. Después de varias horas de hablar, decidió que quería hacer un cambio en su vida. ¿Puedes creerlo? Dios nos concedió ayer un milagro, —exclamó.

—Creo que probablemente nos dio más de uno, —replicó Helen—. Pero sin duda es una noticia maravillosa y me alegro de que hayas venido y compartido la información conmigo.

Edith le dedicó una tímida sonrisa a Helen.

—Es cierto que quería que te enteraras enseguida de la noticia, pero hay algo más de lo que tenemos que hablar, —dijo, con una nota de reticencia en la voz.

—¿De qué se trata? —Inquirió Helen, sin estar segura de adónde llevaba la conversación.

—Ni que decir tiene que Marie no quiere volver a su anterior estilo de vida y, bueno, no creo que sea feliz quedándose con Charles y conmigo. Además, no estoy segura de que los parroquianos estuvieran de acuerdo con ese tipo de arreglo a largo plazo. Así que, después de acostarme anoche, me vino a la mente la idea de que tal vez...

Edith dejó la frase en el aire mientras tomaba un sorbo de café.

Cuando Helen no dijo nada, finalmente preguntó—: Bueno, ¿qué piensas?

—¿Sobre qué, Edith? Dijiste que te vino un pensamiento a la mente, pero no me dijiste qué era, —respondió Helen.

—Bueno, esperaba una invitación para que Marie se mudara aquí contigo y con Kimberly, —contestó, lanzándole a Helen una mirada de exasperación—. Eres una joven tan brillante, Helen, que estaba segura de que sabrías qué plan se me ocurrió.

—¡No puedes hablar en serio, Edith! Ni siquiera la conocemos, —exclamó Helen—. ¿Conocer a quién? —Inquirió Kimberly, captando el final de la conversación mientras entraba en la casa con Becca en brazos.

—Marie McTavish. Es una de las chicas del salón de baile que asistieron a la cena, —comenzó Edith.

—Anoche vino a hablar con mi esposo y quiere cambiar de vida, y ahora Edith ha venido a preguntarnos si puede mudarse con nosotras, —interrumpió Helen.

—¿Mudarse con nosotras? —Preguntó Kimberly, con una expresión de asombro en el rostro—. ¿Una chica del salón de baile?

—Una chica de salón de baile que quiere reformarse, —corrigió Edith.

—Cielo santo, Edith, no sé cómo puedes siquiera pedir semejante cosa. Tengo una hija pequeña que criar, y desde luego no necesito la influencia de una mujer de mala reputación viviendo con nosotros, —replicó Kimberly, dirigiendo a la mujer mayor una mirada severa.

—'El que esté libre de pecado que tire la primera piedra', —respondió Edith en voz baja—. Esta joven necesita apoyo y afecto, no juicios ni burlas. Sin embargo, es obvio que he cometido

un error de juicio. Por favor, perdonarme, —dijo mientras se levantaba de su silla.

—Espera, Edith, —dijo Helen, cogiendo la mano de la mujer—. Nos has cogido completamente desprevenidas con tu petición. No digo que esté totalmente descartada, pero Kimberly y yo realmente necesitamos discutir esto. ¿Por qué no vuelves después de comer y seguimos hablando? —Le pidió.

—Estaré encantada de hacerlo, —respondió algo abatida, su espíritu de entusiasmo menguando.

Apenas hubo salido de la casa, Kimberly se volvió contra Helen.

—¿Cómo puedes siquiera considerar tal cosa? Es una mujer inmoral. ¿Qué clase de mensaje estaríamos enviando a la comunidad si albergáramos a gente como ella?

—Escúchate, Kimberly. Tú te viste envuelta en una situación complicada y recibiste ayuda, igual que yo, cuando no iba bien mi matrimonio. Ahora es esa muchacha la que necesita ayuda y cómo se mantenía en el pasado no tiene nada que ver con la conversación que nos ocupa.

—¿Ah, sí? —Cuestionó Kimberly con sarcasmo.

—No quiero herirte, Kimberly, pero, por favor, dime cómo racionalizas tu decisión. Tú necesitabas refugio y ayuda cuando estabas embarazada de un hijo ilegítimo. Sentí que era mi responsabilidad cristiana ayudarte, y Dios me ha bendecido con una amiga maravillosa gracias a la ayuda que os presté a ti y a Becca. ¿Cómo puedes ahora descartar tan rápidamente a otra mujer necesitada? —Preguntó Helen.

—Me haces parecer una desgraciada, —dijo en voz baja—. En el fondo sé que deberíamos ayudarla, pero tengo tanto miedo de atraer una atención no deseada sobre mí o sobre Becca. No quiero que la gente se entere de las circunstancias de su nacimiento. De hecho, ni siquiera se lo he dicho a Michael. Tú y Jason son los únicos que lo saben, y vivo con el temor diario de que se lo cuentes a Michael. Sé que es egoísta por mi parte, porque no quiero enfrentarme a lo feo de mi pasado.

Sin mediar palabra, Helen pasó el brazo por el hombro de Kimberly y le dio un abrazo tranquilizador.

—Todos tenemos cosas en nuestro pasado de las que nos avergonzamos, pero no podemos dejar que eso sea un impedimento para ayudar a los demás.

—Sé que lo que dices es cierto, pero no quiero que las cosas cambien, —replicó Kimberly, con voz apenas audible.

—La vida está llena de cambios continuos, Kimberly. Nada permanece igual. Además, la mayoría de los cambios son emocionantes y divertidos si mantenemos la mente abierta.

—Si nos ponemos de acuerdo, ¿dónde se va a quedar? Las únicas habitaciones amuebladas son la tuya y la mía, —le recordó Kimberly a Helen.

—Creo que Charles y Edith estarían dispuestos a que se quedara con ellos por poco tiempo, al menos hasta que podamos hacer los arreglos adecuados para el mobiliario. La preocupación de Edith era que Marie tuviera algún tipo de arreglo de vivienda permanente, no que se mudara inmediatamente.

—En ese caso, tal vez podríamos pedirle a Michael que hiciera una cama, —sugirió Kimberly.

Helen sonrió a Kimberly, que había pasado de un extremo al otro en cuestión de minutos. Primero no había querido tener nada que ver con Marie, pero ahora tenía a Michael haciéndole una cama nueva.

—¿Por qué no nos reunimos con Marie? Si su personalidad nos parece agradable, tal vez podría venir durante los días y ayudarnos a preparar la apertura del restaurante. Si todos nos llevamos bien y parece que podríamos vivir juntas, haremos planes para amueblar un dormitorio. ¿Qué te parece? —Preguntó Helen.

—Me parece razonable. Sin duda nos vendrá bien su ayuda con el restaurante -si es que tiene algún talento en ese sentido. Lo siento. Ha sido un comentario poco amable, —añadió rápidamente Kimberly, con un rubor subiendo a sus mejillas.

—Bueno, ya sabemos que sabe freagar platos, —replicó Helen—. Eso es un comienzo.



Edith regresó varias horas más tarde, su personalidad típicamente burbujeante obviamente acentuada por la respuesta que ahora anticipaba recibir. Entró revoloteando en la casa y no paró de hablar hasta que Kimberly le puso delante una taza de té y un plato de galletas.

—Oh, gracias, querida, —dijo, dando un mordisco a una galleta de compota de manzana—. Son maravillosas, —continuó, limpiándose las comisuras de los labios con la servilleta de lino que Kimberly le había proporcionado.

—¿Por qué no disfrutas de tu té y te cuento el plan que tenemos en mente? —Sugirió Helen, mientras Edith daba otro mordisco a la galleta.

La mujer mayor asintió con la cabeza mientras sorbía la taza de té.

—Como sólo tenemos amueblados los dos dormitorios —empezó Helen—. Oh, bueno, podemos... —interrumpió Edith.

—¡Edith! Por favor, permíteme terminar de explicarte; entonces podrás añadir tus comentarios, —amonestó Helen con firmeza.

—Lo siento, —respondió Edith mansamente, su naturaleza efervescente era claramente difícil de controlar a veces.

—Cómo iba diciendo, dado que sólo tenemos dos habitaciones amuebladas, Kimberly y yo pensamos que Marie podría venir aquí a trabajar junto a nosotras, preparando la apertura del restaurante durante el día. Luego, por la noche, volvería para quedarse contigo y Charles. Durante este tiempo de familiarización, veríamos la posibilidad de amueblar una de las otras habitaciones de arriba. Si nos encontramos en armonía, y haremos todo lo posible para que así sea, entonces ofreceremos a Marie un hogar con nosotras. ¿Qué le parece? —Preguntó Helen.

Edith había perdido parte de su animación anterior y se sentó en silencio un momento mientras terminaba lo último de su té.

—Supongo que no hay muchas opciones, si es lo que crees mejor. Esperaba que le dieras la

bienvenida inmediatamente, —respondió Edith, con una persistente nota de persuasión en su voz.

—Edith, no intentes hacernos sentir culpables. Ya hemos tenido una discusión sobre la culpa esta misma mañana. Creo que nuestra decisión será la mejor para las tres. Si descubrimos que somos incompatibles, no será tan complicado para Marie si no se ha mudado ya a la casa. Estarías de acuerdo con eso, ¿verdad?

—Bueno, sí, —aceptó ella a regañadientes.

—¿Por qué no la traes a primera hora de la mañana y vemos cómo van las cosas a partir de ahí?

—Probablemente tengas razón. Me doy cuenta de que añadir otra persona a un hogar puede cambiar toda la complejidad de las cosas y os estoy pidiendo mucho a los dos. Pero no creo que se arrepientan. Es una chica encantadora, —dijo Edith.

—Estamos seguras de que lo es, —contestó Kimberly mientras le dedicaba una sonrisa a Helen.

—Supongo que debería volver a casa y discutir esto con Charles y Marie. Aún no les he dicho ni una palabra y estoy a punto de reventar una costura al contenerlo, —dijo con una risita.

Las otras dos mujeres se rieron de su último comentario. Edith era una persona tan dulce y generosa, pero la verdad era la verdad: probablemente explotaría si no se lo decía pronto.

—Por favor, tengan en cuenta que puede que a Marie no le interese este plan, —advirtió Helen—. Trabajar en un restaurante puede ser lo último que quiera hacer con su vida.

—Oh, no seas tonta, Helen. Estará encantada, —dijo Edith, agitando una mano para descartar tal idea y echándose la capa de lana azul sobre los hombros—. Marie y yo estaremos aquí mañana temprano, —continuó mientras bajaba los escalones de la entrada.

—¡No demasiado temprano! —Llamó Kimberly tras ella mientras sonreía a la bulliciosa figura que ahora se apresuraba hacia su casa.

—Hemos tenido un gran día y ni siquiera es hora de cenar. No creo que pueda aguantar mucho más ajetreo, —dijo Kimberly.

—¡Dios mío! ¡La cena! —Exclamó Helen, saltando de su silla—. No hace falta que te emociones demasiado. Somos sólo nosotras dos, y no tengo mucha prisa por comer. Además, podemos tomar algo sencillo, —dijo Kimberly.

—Con todo este alboroto, olvidé decirte que había invitado a Jason a cenar esta noche. Cuando le llevé el desayuno esta mañana, acordamos reunirnos después de la cena para seguir discutiendo algunos de nuestros problemas. Y cuando sugirió que nos viéramos después de cenar, le dije que se uniera a nosotras y que podríamos hablar después. —Le explicó.

—Bueno, estoy segura de que no espera un festín, sobre todo después de todo el trabajo que realizamos ayer. También podría bajar a la tienda y decirle que hoy hemos tenido algunos negocios inesperados y estás demasiado ocupada para invitarle esta noche, —le ofreció Kimberly.

—No, quiero hablar con Jason, —afirmó Helen con rotundidad—. Sólo se trata de decidir qué preparar para la cena.

—Ya veo, —dijo Kimberly, haciendo un mohín—. Ya te tiene tocando a su son.

—¿Y eso qué quiere decir? Me has animado a intentar resolver nuestros problemas, pero ahora que estamos progresando, te comportas como una niña malcriada.

—Tienes razón. No tengo por qué entrometerme. Es sólo mi miedo a perderte lo que me hace ser tan pendenciera. Perdóname, Helen. Sabes que quiero que Jason y tú seáis felices. Si me dejas ayudarte, estoy segura de que podremos tener algo preparado para la cena para cuando él llegue, —se ofreció.



Jason pareció disfrutar genuinamente de la compañía de las dos mujeres durante toda la cena e incluso preguntó si Becca se despertaría pronto para poder verla.

—¿Por qué no vais vosotros dos al salón? Yo limpiaré la cocina, —sugirió Kimberly cuando cada uno de ellos se hubo terminado una segunda taza de café—. Traeré el postre cuando termine, —continuó ya que ninguno de los dos se movió.

—Habíamos planeado ir a mi casa de visita. Así no interferiremos contigo y con Becca, —explicó Jason.

—Además, puede que Edith se pase por aquí; ya sabes lo impulsiva que puede llegar a ser, —se apresuró a añadir Helen, al notar la expresión herida de Kimberly.

—Oh, por supuesto. ¡Qué tonta soy! Claro que os gustaría tener algo de intimidad, —replicó en un intento de sonar alegre.

Jason se levantó y cogió su chaqueta gris forrada de manta de una de las perchas junto a la puerta de la cocina.

—Creo que esta noche necesitarás algo más pesado que tu chal, —dijo Jason, animando a Helen a moverse de la mesa.

—¿Qué? Oh, sí, cogeré mi capa de lana, —le dijo ella, haciéndole caso.

Mientras tanto, Kimberly seguía trabajando en la cocina, sin decir nada más mientras la pareja se preparaba para marcharse.

—Creo que está disgustada, —susurró Helen mientras Jason sujetaba su capa.

—Estará bien, —le susurró él con optimismo.

—Nos vamos, Kimberly. Ven a cerrar detrás de nosotros, por favor, —llamó Helen desde el pasillo.

—Tengo las manos mojadas. Marchaos vosotros y yo cerraré en un minuto, —les devolvió la llamada.

Jason se inclinó hacia delante para abrir la puerta mientras Helen le dirigía una mirada vacilante. Como si se diera cuenta de que Helen no se iría hasta que la puerta estuviera cerrada tras ellos, Kimberly apareció en el pasillo, secándose las manos en el delantal de percal azul que llevaba atado a la cintura. Los ojos rojos de Kimberly desmentían el alegre semblante que intentaba presentar, y si Jason no la hubiera dirigido hacia la puerta, Helen habría insistido en

que se quedaran.

—No me gusta verla disgustada, —confió Helen mientras bajaban los escalones de la entrada.

—Sé que no. Pero disgustar a Kimberly no es de lo que se trata. Se trata de nuestro matrimonio, —replicó él.

—Tienes razón, pero sigue siendo difícil, —dijo ella, sintiendo un estremecimiento de placer cuando él la rodeó con el brazo mientras caminaban hacia su casa.

—Déjame coger tu abrigo, —le ofreció él cuando entraron en el salón de su casa familiar—. ¿Por qué no te sientas allí, en el sofá? —Propuso.

Helen se colocó cuidadosamente en un extremo del sofá de roble tallado, que había sido tapizado con una tela de tapicería de algodón en cálidos tonos marrones y tostados. Él no tardó en volver y se sentó a su lado, sentándose tan cerca que ella se encontró aprisionada entre el brazo del sofá y el cuerpo de Jason.

—Estaba tan ansioso por que reanudáramos nuestra conversación que apenas podía esperar a que llegara la hora de cenar, —le dijo él, inclinándose y depositando un ligero beso sobre sus labios.

—¿Te he dicho que Edith vino a buscarme cuando te traía el desayuno? —Preguntó ella, temiendo que sus continuos besos le impidieran pensar con coherencia.

—¿Oh? ¿Y qué hacía la esposa de nuestro buen pastor por ahí tan temprano esta mañana? —Preguntó él.

—Parece que Marie McTavish, una de las chicas del salón de baile que asistió a la cena de Navidad, fue a hablar con Charles anoche. Al parecer quiere cambiar de vida y estaba interesada en encontrar un alojamiento adecuado para la muchacha, —explicó.

—Y la solución perfecta es con Kimberly, —exclamó entusiasmado. —Con Kimberly y conmigo, —corrigió ella—. La idea de Edith era que Marie viniera a vivir con nosotras y ayudara en el restaurante.

—Pero, Helen, ¿no lo ves? Esta debe ser la respuesta de Dios a nuestro problema. Marie necesita un lugar donde vivir, y Kimberly necesita a alguien que viva con ella, lo que te libera para volver a casa. Son noticias maravillosas, —dijo, estrechándola entre sus brazos con un fuerte abrazo.

—No tan rápido, Jason, —advirtió ella—. No puedo mudarme y dejar a Kimberly viviendo con una completa desconocida.

—¿Por qué no? Vosotros dos erais desconocidos, —rebatía él.

—En realidad, no. Habíamos desarrollado una amistad mientras estábamos a bordo del barco y durante el tiempo que vivimos aquí contigo. No había duda de que podíamos vivir de forma compatible bajo el mismo techo, y teníamos interés en que la situación funcionara para poder mantenernos, —le recordó ella.

—Ella y esta Marie pueden hacerse amigas, y ambas se darán cuenta de que tienen que llevarse bien, —volvió a rebatirle—. ¿Cuándo se va a mudar Marie? —Preguntó, con la voz llena de emoción.

—Bueno, no hemos acordado que ella pueda... al menos no todavía. Nosotras...

—¿Por qué no? Es una solución perfecta para todos nosotros, —interrumpió.

—Primero queremos ver si somos compatibles. Marie vendrá a conocernos mañana. Si la reunión va bien, ella vendrá a trabajar para nosotras durante el día y volverá a casa de los Wilson por la noche. Entonces le sugeriremos que se mude con nosotras. Hemos acordado empezar a amueblar un dormitorio adicional en el piso de arriba para ella, —explicó Helen.

—¡Un momento! ¿Qué es eso de nosotras? Kimberly es la única que tiene que llevarse bien con ella, y estoy seguro de que se esforzará más si sabe que has decidido volver a casa. Las dos deberían estar decidiendo cómo quieren gestionar el restaurante y si quieren empezar a amueblar habitaciones adicionales. Sólo complicará las cosas si empiezan a depender de ti y Kimberly ya hace demasiado de eso. Además, Marie puede quedarse con tu habitación. Es la respuesta a mis plegarias, —le dijo solemnemente.

—Puede que también sea la respuesta a mis plegarias, Jason. Pero creo que vamos a necesitar tiempo para asegurarnos. Tenemos varias ideas divergentes que debemos resolver...

—Podrías mudarte mañana, —la interrumpió, ignorando sus protestas—. Puedo traer el carro a primera hora de la mañana, y estoy segura de que Michael y Charles estarán encantados de ayudar. Puedes encargarte de la tienda mientras lo hacemos.

Le dio un abrazo tranquilizador con una expresión de completa satisfacción escrita en su rostro.

—¡No!

—¿No? ¿Cómo que no? —Preguntó él, girándose de lado en el sofá para mirarla.

—Quiero tomarme el tiempo necesario para lograr una reconciliación duradera; ya te lo he dicho. Jason, no pienso renunciar a mi participación en el restaurante. El dinero que utilizamos para comprar esa casa fue una herencia inesperada de Vera Windsor. Su sueño era abrir un restaurante y una pensión en California. Kimberly y yo estamos cumpliendo ese sueño no sólo para nosotras, sino también en memoria de Vera. Puede que te resulte difícil de entender, pero me gustaría pensar que estamos haciendo un buen trabajo y prestando un servicio muy necesario a esta comunidad, además de mantenernos a nosotras mismas, —explicó cuidadosamente.

—Ya no necesitas mantenerte. Ese es mi trabajo y quiero hacerlo. Deja que Kimberly y Marie cumplan el sueño. No tienes por qué ser tú. Además, no tendrás tiempo para trabajar en el restaurante, —afirmó y luego tiró de ella para acercarla, intentando capturar sus labios.

Rápidamente ella giró la cabeza.

—No, Jason. No resolveremos nuestros problemas si todo es exactamente como tú dices y luego me callas con un beso. Mi resentimiento empezaría a aumentar y, con el tiempo, tus besos se volverían amargos. No quiero que eso ocurra, —replicó ella.

—¿Cuál es la respuesta, entonces? ¿Hacemos todo como dices para que seas feliz? —Preguntó él con voz irritada.

—No. Si hiciéramos eso, tú no serías feliz. Incluso después de un tiempo, probablemente dejarías de querer incluso mis besos, —respondió ella, sonriendo débilmente—. Yo tampoco quiero que eso ocurra.

—¿Entonces? ¿Qué hacemos?

Parecía pensativa.

—¿Te opondrías si yo planificara los menús y encargara los suministros para el restaurante? —Aventuró.

—Bueno, no. Probablemente funcionaría. Quizás podrías organizarte para repasar los menús con Kimberly y ayudar en el restaurante dos o tres mañanas a la semana, —respondió él.

Ella le devolvió una sonrisa entrañable.

—Me gustaría un beso, —afirmó.

Él rió con ganas y accedió rápidamente a su petición.

—Ahora, el siguiente asunto, —dijo ella, zafándose de su ferviente abrazo—. Tenemos que llegar a un acuerdo sobre cuándo me mudaré de vuelta a casa. Sé que quieres que sea mañana. Sin embargo, creo que tres meses nos darían tiempo suficiente para estar seguros de que Kimberly se siente cómoda con el nuevo acuerdo, —dijo ella con dulzura.

—¡De ninguna manera! —Bramó él—. No esperaré tres meses. ¡Un mes es lo máximo que aceptaré!

—¿Seis semanas? —Cuestionó ella.

—El primer día de febrero. Dormirás bajo este techo a partir del primer día de febrero y ni un día después. ¿Tengo tu palabra?

Sus brazos cruzados y su ceño fruncido dieron prueba de que no admitiría más discusiones.

—Tienes mi palabra. ¿La sellamos con un beso? —Inquirió ella, acercándose a él.

—Si alguien me hubiera dicho alguna vez que capturarías totalmente mi corazón y mi mente, me habría reído. Mírame, un completo tonto por la mujer con la que me sentí obligado a casarme. ¿Sabes cuánto te quiero? —Le preguntó, atrayéndola hacia él.

Antes de que pudiera responder, sus labios estaban sobre los suyos con una urgencia y un deseo evidente que pronto inflamaron todo su ser. Correspondiendo a su pasión, ella entregó sus labios y le devolvió el beso con creciente ardor. Su mano ahuecó la nuca de ella, lo que la atrajo aún más y la mantuvo cautiva de la intensidad de su anhelo.

—Debemos parar esto, —murmuró Helen, apartándose de él a regañadientes.

—¿Por qué? Estamos casados, —argumentó él, intentando atraerla de nuevo a sus brazos.

—Pero no me siento casada, Jason, —respondió ella.

—¡Me gustaría cambiar eso! Eres tú quien no está dispuesta, —replicó él. La pena en sus ojos era evidente.

—Estoy dispuesta, Jason. Pero creo que sería mejor esperar hasta que me haya mudado de nuevo a casa y vivamos juntos de verdad. Un nuevo comienzo para nuestro matrimonio, con ambos ansiosos y dispuestos a compartir nuestras vidas. ¿Te parece lógico?

Esperó lo que pareció una eternidad y luego se volvió hacia ella con una sonrisa dibujada en el rostro.

—¿Por qué no empezamos de verdad? Tengamos una boda por la iglesia, como soñaste,

con nuestros amigos allí con nosotros. Estoy seguro de que Charles estaría encantado de celebrar la ceremonia, y le daría a Edith otro proyecto que supervisar. ¿Qué te parece? —Preguntó, su entusiasmo ahora contagioso.

—Y podríamos celebrar una pequeña recepción en el restaurante, —añadió—. Oh, Jason, sería estupendo. Gracias por ser tan considerado, —dijo ella, dándole espontáneamente un abrazo.

—Vamos a decírselo a Kimberly, —sugirió él, levantándose del sofá y ofreciéndole la mano.

—Probablemente debería volver, pero prefiero esperar para decírselo a Kimberly. Creo que lo aceptará mejor una vez que se haya familiarizado con Marie.

—Probablemente tengas razón. Sólo recuerda esto: acordaste mudarte de vuelta a más tardar el primero de febrero, —le recordó.

—¿Qué te parece que el veintinueve de enero sea el día de nuestra boda? —Preguntó ella.

—Me parece bien. ¿Hay algo significativo en ese día en particular? —Inquirió él.

—Sí. Es el aniversario de boda de mis padres, que llevan casados casi cuarenta años. Quizá también sea una buena fecha para nosotros, —dijo ella, dedicándole una sonrisa.

—Entonces será el veintinueve de enero, —respondió él mientras recuperaba su capa del pequeño armario del pasillo.

Capítulo 13

Marie McTavish invadió las vidas de Helen, Kimberly y Becca con un entusiasmo y una alegría que nadie podía ignorar. Habiendo dejado a siete hermanos en Ohio, se sintió inmediatamente cautivada por los muchos encantos de Becca. De hecho, parecía como si la niña estuviera siempre cabalgando sobre su cadera.

—La estás malcriando, —la regañó suavemente Kimberly cuando Marie entró en la cocina una mañana temprano con Becca en su posición habitual, apoyada en la cadera de Marie.

—El amor no malcría a los niños. Los hace florecer, como a las flores. Las flores desatendidas pronto se marchitan y mueren; los niños desatendidos hacen lo mismo. Quizá no una muerte física, pero sí de otras formas que les dañan y marcan de por vida. No la consentiré cuando llegue el momento en que necesite corrección, pero aún no ha llegado a ese momento de su vida, —respondió Marie, con una sabiduría superior a sus años.

—Nunca te había visto tan seria, Marie. Siento si te he molestado, —respondió Kimberly, observando la expresión de dolor en el rostro de su nueva amiga.

—No pasa nada. Supongo que sólo estoy pensando en mi propia infancia, —replicó Marie mientras medía los ingredientes para una tanda de galletas de suero de leche.

—Háblame de ella, —instó Kimberly.

—No hay mucho que contar. Demasiados niños, demasiado poco dinero. Vi cómo mi madre se convertía en una anciana a los treinta años. Murió poco después de que mi hermano menor cumpliera dos años. Yo era la mayor y la única hija. Supongo que eso lo dice todo. Tuve que dejar de ir a la escuela cuando murió mamá. Todo mi tiempo lo ocupaba cocinando, cosiendo, haciendo las tareas de la granja y cuidando de mis hermanos. Cuando cumplí dieciséis años, le dije a mi padre que más le valía encontrar a otra persona que se hiciera cargo. No le hizo mucha gracia la idea, pero me mantuve firme. Supuse que nunca buscaría esposa mientras me tuviera cerca, y desde luego yo no pensaba morir como mamá. Pronto encontró una viuda con la que casarse. El día que ella se mudó, yo me fui.

—¿Adónde fuiste? —Preguntó Kimberly, fascinada por el desarrollo de la historia. Aunque su propia familia no se consideraba rica, nunca les había faltado de nada.

—Odio admitirlo, pero cogí el dinero de los huevos y lo utilicé para pagar mi pasaje a San Luis. Sin embargo, sin ninguna educación ni experiencia, descubrí que no había muchos empleos disponibles. Así que me puse a trabajar cocinando en un restaurante. Un día, el dueño de una taberna que había calle abajo me preguntó si quería un trabajo ganando el doble de dinero. Desgraciadamente, aproveché la oportunidad, —respondió, sacudiendo la cabeza con evidente disgusto por lo que había hecho.

—Eras joven y cometiste un error; todos lo cometemos. Lo importante es que aprendamos

de esos errores, —la consoló Kimberly.

—¡Me temo que tardé mucho en aprender! Ahorré suficiente dinero para irme a California, con la esperanza de empezar de nuevo. El problema es que gasté todo mi dinero en llegar aquí. Me dije que trabajaría en un saloon sólo por un tiempo, lo suficiente para reunir algo de dinero y averiguar lo que quería hacer.

—¿Cómo llegaste a esta ciudad? —Preguntó Kimberly, cogiendo al bebé mientras Marie extendía las galletas.

—Jake Grisby, el dueño de la taberna, estaba en San Francisco el día que llegué. Va allí siempre que necesita contratar chicas nuevas, —explicó.

—¿Por qué? —Preguntó Kimberly.

—Para vigilar a las recién llegadas. Tiene toda una línea, pero no entremos en eso. De todos modos, vine a Placerville y acabé peor que cuando había estado en San Luis. Jake siempre encontraba una razón para no pagarnos. Se imaginaba que si alguna vez conseguíamos algo de dinero, nos largaríamos, y en eso tenía razón. No puedes irte andando a otra ciudad desde Placerville, al menos no a una donde puedas ganarte la vida.

—Apuesto a que has tenido muchos hombres pidiendo tu mano. Las mujeres escasean por aquí. ¿Por qué no aceptaste a uno y te fuiste de ese lugar si era tan malo? —Preguntó Kimberly.

—Oh, claro. Tuve propuestas de matrimonio. Pero la mayoría de los hombres que venían a la taberna no podían mantener a una esposa. Además, el poco oro que encontraban lo utilizaban para comprar licor y más provisiones porque estaban decididos a dar con la veta madre la próxima vez que salieran a las colinas. Y los pocos hombres con medios que se acercaban no estaban dispuestos a casarse con una chica de taberna. Créeme, no había una respuesta fácil. Al menos no hasta que fui a vuestra cena de Navidad, —explicó.

—Me alegro mucho de que vinieras. Piensa que si Jake no hubiera cerrado el saloon ese día, lo más probable es que siguieras trabajando para él. Apuesto a que ha estado furioso desde entonces, —dijo Kimberly, riéndose.

—Creo que probablemente tengas razón. Espero poder ahorrar suficiente dinero para ayudar a un par de las otras chicas a salir de allí algún día. Trabajar allí es una pobre excusa para vivir, —explicó Marie mientras se limpiaba la harina de las manos.



—Bueno, ¿por qué estáis las dos tan serias? —Preguntó Helen mientras entraba por la puerta trasera, lo que permitió que entrara una ráfaga de aire frío en la habitación.

—Cada vez hace más frío, ¿verdad? —Preguntó Kimberly mientras Helen colgaba su abrigo en una de las perchas junto a la puerta trasera.

—Sí, —respondió Helen, acercándose a la chimenea para calentarse las manos—. ¿Por qué has salido tan temprano esta mañana? —Inquirió Marie, dedicándole a Helen una dulce sonrisa.

—Jason y yo queríamos reunirnos con el pastor Wilson para repasar nuestros planes de boda. Ya sabes cómo es Jason: no quería dejarlo todo para el último momento, —explicó Helen.

—Dios mío, Helen, tienes casi tres semanas. ¿Cuánto puede haber que discutir? — Preguntó Kimberly con voz llena de irritación.

Aunque Kimberly había intentado mostrarse comprensiva con su reconciliación y su inminente boda, era obvio que no se había adaptado del todo a la idea de que Helen volviera a vivir con Jason.

—Jason sólo quiere que todo salga bien, —respondió Helen.

—Sólo quiere asegurarse de que no te echas atrás, —rebató Kimberly.

—¿Echarme atrás? Kimberly, ya estoy casada con Jason. Esta boda es más para mí que para Jason. Quería que tuviera el tipo de boda con el que siempre he soñado. Una que pudiera recordar con cariño, —respondió Helen, dolida por la actitud de Kimberly.

—Ahora mismo, Jason Miller haría cualquier cosa para que volvieras a esa tienda. Probablemente ya esté calculando cuánto dinero más va a ganar teniéndote allí trabajando todo el tiempo, —replicó ella, con la expresión de su rostro formando un gigantesco mohín.

Helen no pudo evitar romper a reír ante la exhibición dramática de Kimberly.

—¿De qué te ríes? —Exigió Kimberly.

—¡De ti! —Replicó Helen—. Me sorprende que no estés dando pisotones. Sinceramente, Kimberly, estás actuando más infantil que un niño de dos años.

—¿Ah, sí? Bueno, quizás si estuvieras en mi lugar, ¡también estarías dando pisotones! Estoy a punto de perder a mi mejor amiga, y no es una sensación muy agradable, —replicó Kimberly.

—¿Perder a tu mejor amiga? No me vas a perder, Kimberly. Sólo me mudo calle abajo, —respondió Helen—. Creo que tenemos que hablar. Vamos al salón. Marie, ¿te importaría cuidar de Becca? —Preguntó mientras conducía a Kimberly hacia la otra habitación.

—Siéntate, —le ordenó Helen.

Kimberly se dejó caer en la mecedora de madera y se balanceó furiosamente hacia delante y hacia atrás.

—Sabes, Kimberly, recuerdo a una joven que conocí en un barco que navegaba hacia California. Se convirtió en mi amiga y pensé que sólo quería lo mejor para mí. Parece que lo que realmente quería era lo mejor para mí, siempre que también fuera lo mejor para ella.

—Eso no es cierto, —replicó Kimberly, levantándose de un salto de la silla—. Sigo queriendo lo mejor para ti, pero no estoy convencida de que irte a vivir con Jason sea lo mejor.

—Kimberly, no hace tanto tiempo que veías el lado más amable y gentil de Jason. Pero ahora que hemos avanzado en la reconciliación de nuestras diferencias, has cambiado de opinión. Tu actitud me hace pensar que lo que más te preocupa es perder mi ayuda en el restaurante.

—Me duele que puedas pensar así, —respondió Kimberly, con lágrimas formándose en sus ojos—. Supongo que la verdad es que he llegado a confiar en ti, Helen. Quiero decir, cuando-te vayas, será como volver a dejar a mi familia. Estaré sola, —dijo, su voz ahora suave y lastimera.

—Kimberly, Jason ha aceptado que siga ayudando aquí en el restaurante. Y pienso hacer precisamente eso. Además, debes recordar que tienes a Becca y a Marie. Marie es un encanto, y las dos os lleváis de maravilla.

—Es cierto que me llevo bien con ella, pero es a ti a quien quiero a mi lado, —respondió Kimberly, aún poco dispuesta a ceder.

—Kimberly. Es una lección difícil, una que la mayoría de nosotros no dominamos completamente en toda una vida.

—Intentaré alegrarme por ti, Helen, pero quiero que vuelvas a recordar que si las cosas vuelven a torcerse, siempre tendrás un hogar aquí.

—Gracias, Kimberly, —dijo, dándole un abrazo a la chica.

—Debo admitir que me sorprende que Jason haya aceptado que sigas ayudando en nuestro negocio, —dijo Kimberly.

—Creo que se da cuenta de lo importante que se ha vuelto el restaurante para mí, y también sabe lo mucho que echaré de menos estar contigo y con Becca. Realmente ha cambiado, Kimberly. De hecho, ahora no dudo de su amor por mí. Ambos hemos cambiado de opinión, y creo que vamos a empezar nuestro matrimonio por todas las razones correctas cuando celebremos nuestra boda dentro de unas semanas.

—Eso espero, Helen. Lo último que quiero es que te vuelvan a hacer daño, —respondió Kimberly, obviamente poco convencida de que los motivos de Jason fueran auténticos.



Durante la semana siguiente el tiempo se volvió más frío, y varias mañanas los habitantes de Placerville se habían despertado con una ligera capa de nieve. Esta mañana, sin embargo, había continuado. Helen miró por la ventana, observando cómo empezaban a acumularse los copos grandes y húmedos, las ramas de los árboles ya cargadas con el peso adicional.

—¿Por qué esa cara de preocupación? —Preguntó Marie mientras entraba en la cocina y se servía una taza grande de café.

—Jason se fue ayer a San Francisco. Intenté convencerle de que esperara hasta que el tiempo se despejara, pero dijo que eso significaría retrasarlo hasta la primavera, —contestó Helen, empujando la jarra de crema a través de la mesa hacia Marie.

—Estará bien. Estoy segura de que lleva ya unos cuantos años haciendo el viaje y sabe cuidarse. Deja de preocuparte. No le hará ningún bien, —le aconsejó Marie.

—Tienes razón, pero es más fácil decirlo que hacerlo.

Marie sonrió y Helen rodeó con un brazo a su nueva amiga.

—Creo que eres la respuesta de Dios a muchas plegarias. Pero, además de eso, me complace mucho contarme entre tus amigas y me alegra que hayas venido a vivir aquí.

—Gracias, Helen. Estaré siempre en deuda contigo y con Kimberly, —afirmó Marie solemnemente.

—No estás en deuda conmigo, Marie. Te has ganado con creces tu sustento. Sin tu ayuda, habrían pasado varias semanas más antes de que pudiéramos abrir el restaurante. Y ahora míranos: llevamos casi dos semanas a pleno rendimiento.

—Hablando de eso, será mejor que me ponga a trabajar. Pronto tendremos clientes esperando el desayuno, —contestó Marie, justo cuando la puerta principal se cerró de golpe.

—¡Kimberly! ¿Dónde has estado? Ni siquiera me había dado cuenta de que habías salido de casa, —inquirió Helen, con evidente preocupación.

Kimberly se sacudió la nieve de las botas y luego se dirigió hacia los fogones de la cocina para calentarse.

—Quería quitar parte de la nieve de los escalones de la entrada antes de que empiecen a llegar nuestros clientes, —explicó—. Está nevando mucho, así que mis esfuerzos probablemente serán en vano, —continuó mientras se quitaba el pesado abrigo de lana y los guantes.

—Puede que no tengamos muchos clientes si está tan mal ahí fuera, —comentó Helen.

—No cuentes con eso, —contraatacó Marie—. Los hombres de por aquí se han acostumbrado a un abundante desayuno casero. Créeme, vendrán. Será mejor que salga y traiga más leña, —dijo, cogiendo su pesado abrigo que colgaba junto a la puerta de la cocina.

—Michael me ha dicho que parece que ésta promete ser la peor tormenta en varios años —comentó Kimberly mientras se frotaba las manos frente al fuego—. Dice que cualquiera que se vea sorprendido por este tiempo será afortunado si sobrevive.

Helen sintió que el corazón se le hundía en el pecho.

—¿Michael cree que va a ser tan malo? —Inquirió, intentando ocultar su creciente preocupación.

—Dijo que parece que nos espera una buena y que no se sabe cuándo parará. Un par de veteranos que llevan años por estos lares le dijeron que, por el aspecto del cielo, probablemente estaremos nevados durante bastante tiempo. Espero que Jason esté bien abastecido de provisiones, —comentó.

—Jason se ha ido, —contestó Helen en voz baja.

—¿Se ha ido? ¿Ido a dónde? —Preguntó Kimberly con sorpresa.

—A San Francisco.

—¿A San Francisco? ¿Por qué demonios se ha ido en esta época del año, con tan poco tiempo antes de tu boda? ¿Tenía provisiones en camino? —Inquirió ella.

—No me dijo mucho. Le pedí que esperara, pero dijo que tenía que irse. Sé que no era por provisiones porque no se llevó los carromatos. Iba solo en su caballo y dijo que volvería con tiempo suficiente para la boda.

—¿No es eso propio de él? Ese hombre es tan egoísta. Siempre pensando en sí mismo y causando...

—Kimberly, realmente no quiero oír tus comentarios poco amables. Estoy preocupada por Jason, y lo que me ayudaría es saber que mis amigos rezan por su regreso a salvo en lugar de criticar sus misteriosas acciones, —dijo Helen mientras Marie entraba por la puerta trasera con un montón de leña, con el pelo temporalmente blanco por el viaje al aire libre.

La gente del desayuno empezó a llegar y la mañana pasó rápidamente. Eran poco después de las diez cuando Helen se fijó en Kimberly, que estaba sentada hablando con Michael, que había vuelto para tomar café y descansar de su trabajo. Este arreglo se había convertido en un

hábito reciente, y Helen se alegró de que ambos parecieran estar entablando una relación afectuosa.

—¿Adónde vas? —Gritó Kimberly justo cuando Helen llegaba a la puerta principal.

—Le prometí a Jason que me ocuparía de la tienda durante la tarde mientras él no está. Volveré para ayudar con la cena, y las cosas ya están en marcha para el mediodía. Así que no creo que me necesiten. Si lo hacen, avisa a Charles y estoy segura de que me relevará en la tienda para que pueda volver, —respondió mientras se ataba su pesado gorro de lana.

—Espera, Helen. Iré contigo. Es traicionero caminar por ahí y seguro que no queremos que te caigas, —se ofreció Michael.

—No hace falta. Puedo ir yo sola, —replicó ella.

—No oiré nada de eso, —la amonestó severamente mientras se levantaba de la silla.

Una vez que salieron por la puerta, se alegró de contar con la ayuda de Michael. La nieve hacía casi imposible caminar, y los fuertes vientos dificultaban ver lo que tenía delante de la cara.

—Es una auténtica tormenta blanca, —gritó Michael mientras empujaban contra el viento.

Helen no intentó responder. Estaba necesitando cada gramo de fuerza que tenía sólo para mantenerse erguida durante la corta distancia. De hecho, habría sido imposible sin la ayuda de Michael. Una vez dentro de la tienda, quitó el cartel de “Cerrado” de la puerta y encendió con cuidado varias de las lámparas de aceite.

—Encenderé un fuego para ti antes de irme, —se ofreció Michael, y Helen no se resistió —. Por cierto, Kimberly no parecía saber por qué Jason se había aventurado a ir a San Francisco en pleno invierno. ¿Te lo confió antes de salir de la ciudad? —Inquirió mientras mantenía la atención en la leña que apilaba en la chimenea.

Estaba helada hasta los huesos y, aunque sabía que podría reunir fuerzas para encender el fuego, le llevaría mucho más tiempo que a Michael. Observando cómo él colocaba hábilmente la leña en su sitio y ponía una cerilla en la yesca, sonrió cuando el fuego empezó a lamer hacia arriba, hacia los troncos más grandes, y luego contestó—: La verdad es que no lo sé, Michael. Dijo que tenía que ocuparse de unos asuntos y que volvería a tiempo para la boda.

Esperaba que él dijera algo que le levantara el ánimo y le ayudara a apaciguar el creciente miedo que sentía en la boca del estómago.

—Debería hacer calor aquí dentro muy pronto. ¿Por qué no te sientas cerca y te secas? —Sugirió tras una breve pausa—. Parece que será mejor que traiga más leña antes de irme para que esté bien seca antes de que se necesite, —dijo, examinando el escaso montón junto al hogar de piedra.

—Gracias, Michael. Agradezco tu ayuda, —dijo ella, sentándose en la silla que él había acercado a la chimenea.

—Me alegra ayudar, Helen. Sólo desearía que Jason no se hubiera ido con este tiempo. Él lo sabe mejor.

—No estaba nevando cuando se fue, —dijo ella en su defensa.

—No, pero él sabe lo suficiente sobre este país como para darse cuenta de que existía la

posibilidad de algo así. —Al ver la expresión de dolor en su rostro, añadió rápidamente—: Jason sabe cuidar de sí mismo. Me alegro de que viaje a caballo y no en carreta. Tiene más posibilidades de salir adelante sin carreta. Además, ha hecho más viajes a San Francisco que nadie en los alrededores de Placerville. Si alguien puede encontrar el camino a través de esta tormenta, será Jason. Supongo que será mejor que vuelva al trabajo, —continuó mientras caminaba hacia la puerta principal.

—Gracias de nuevo, Michael.

—Volveré sobre las cuatro a buscarte, —le dijo y salió rápidamente. Una ráfaga de aire frío y una ligera capa de nieve entraron en la tienda cuando Michael se marchó.

Dudo que haya mucho negocio aquí hoy, pensó mientras empezaba a pasear por la tienda y a decidir qué tareas la mantendrían ocupada durante las próximas horas.

Colocando una cafetera sobre el fuego, se animó cuando dos viejos mineros entraron deambulando para sentarse junto al hogar y jugar una partida de damas. Eran caras conocidas, hombres que ahora pasaban más tiempo en el pueblo que minando. Helen había aprendido que cuando se les acababan los fondos, volvían a las colinas hasta que habían acumulado suficiente polvo de oro para seguir adelante un tiempo más.

Bebían café humeante en grandes tazas de hojalata y charlaban entre ellos, comentando de vez en cuando el tiempo y moviendo la cabeza con evidente disgusto.

—¿Jason dijo cuándo volvería? —Preguntó uno de ellos cuando se disponían a salir de la tienda.

—No lo dijo exactamente, —respondió ella con sinceridad

—¿Se llevó los carros? —Inquirió el otro.

—No, no fue a por provisiones, —respondió ella.

—¿Qué tal si salgo y cuido de los animales por usted? ¿O hizo otros arreglos?

—No estoy segura, —respondió ella, sin haber pensado en los caballos que probablemente deberían haber sido atendidos.

—No se preocupe, señora. Cuidaremos de ellos mientras no esté. Jason ha hecho mucho por nosotros en el pasado, así que es lo menos que podemos hacer.

—Se lo agradezco mucho, —respondió Helen.

Michael reapareció poco después de las cuatro y la acompañó de vuelta a la casa. El sabroso aroma del estofado de ternera y el pan de maíz, junto con el calor de la cocina, les saludaron al abrir la puerta trasera.

—¿Por qué habéis venido por detrás? —Preguntó Marie al entrar la pareja.

—Convencí a Michael de que viniera por aquí para que no arrastráramos todo este desorden hasta la parte delantera, —contestó Helen, intentando quitarse la nieve de los zapatos a pisotones mientras se sacudía la falda.

—No deberías haberte preocupado por eso, —les dijo Kimberly al entrar en la cocina—. He pasado buena parte del día limpiando el desastre creado por esta tormenta de nieve.

—Bueno, espero que te hayamos ahorrado un poco de trabajo, —dijo Helen, dándole un

abrazo a su amiga.

—Me alegro de que hayas vuelto. Si sigue nevando, mañana no iras a la tienda, —advirtió Kimberly—. Michael está de acuerdo conmigo, ¿verdad, Michael? —Preguntó ella.

—Bueno, no creo que fuera prudente, —aceptó él con cautela.

—Esperemos hasta mañana antes de tomar cualquier decisión, —sugirió Helen—. ¿Qué hay que hacer para terminar la cena? —Preguntó ella, cambiando intencionadamente de tema.

—Todo está listo, pero no espero mucha gente esta noche, —dijo Marie—. No preparé ni de cerca tanto como lo hacemos normalmente. Espero no haber juzgado mal a la gente.

—Encontraremos algo para servirles si nos quedamos sin estofado, Marie. Es más probable que la gente venga a comer cuando tienen que estar fuera a primera hora del día. Una vez que lleguen a casa, probablemente se quedarán, —estuvo de acuerdo Helen.



A la mañana siguiente la nieve había cesado, pero los vientos seguían racheados, haciendo que se formaran grandes ventisqueros a su paso. Helen se asomó por la ventana del salón y fue recibida por deslumbrantes ventisqueros a lo largo de la fachada de la casa que cubrían por completo la mitad inferior de las ventanas.

Estamos realmente nevadas, pensó, segura de que no podrían abrir la puerta principal sin estar preparadas para hacer un túnel a través de los ventisqueros de metro y medio de altura. Marie entró en el salón y se colocó junto a Helen.

—Supongo que hoy no tendremos que cocinar para nadie más que para nosotras, ¿verdad? —Preguntó Marie, dirigiendo a Helen una mirada pensativa—. Va a estar bien, —tranquilizó a Helen—. Lo siento en el alma.

—Gracias, Marie, —dijo Helen, dándole un abrazo—. Creo que me apetece una taza de café, —dijo, cambiando deliberadamente de tema. No quería pensar dónde podría estar Jason. Si lo hacía, temía a dónde podrían llevarla esos pensamientos.

Durante las semanas siguientes, la nieve y los vientos finalmente amainaron. Gracias a los esfuerzos combinados de la gente del pueblo, por fin se habían desenterrado. Aunque el tiempo seguía siendo gélido y el sol no parecía emitir suficiente calor para derretir la nieve, la vida volvió a una apariencia de normalidad. Pero seguían sin recibir noticias de Jason, y la poca gente nueva que llegaba al pueblo no había visto ni oído nada del hombre que Helen les describía tenazmente.



—No sé en qué puedes estar pensando, Helen. Sólo vas a causarte más angustia y dolor. Por favor, dime que dejarás de hacer estas tonterías inmediatamente, —reprendió Kimberly a su amiga.

—Mejor deja de acosarme, Kimberly. Ya he tomado una decisión, —afirmó Helen con

firmeza.

—¡Esto es una completa tontería!

—No hace falta que tomes parte si es así como te sientes. Quédate aquí y realiza tus tareas como de costumbre. No te lo tendré en cuenta, —dijo Helen mientras colocaba una tetera de hierro llena de agua sobre el fuego para calentarla.

—¿De verdad crees que va a aparecer mágicamente sólo porque sea veintinueve de enero? —Preguntó Kimberly con impaciencia.

—Fijamos el veintinueve de enero como el día de nuestra boda y voy a estar allí a tiempo para la boda, —replicó Helen con terquedad.

Helen notó la mirada que intercambiaron Marie y Kimberly, aunque estaba segura de que no iba dirigida a sus ojos. Creen que estoy loca, pensó, pero sé que esto es lo que debo hacer.

En contra de los deseos de Kimberly, hacía tres días que en la puerta principal del restaurante había un aviso que decía que hoy cerrarían el negocio. Las dos habían discutido sobre las circunstancias: Kimberly no quería que su amiga se sintiera decepcionada o avergonzada cuando Jason no apareciera, mientras que Helen estaba segura de que la boda saldría según lo previsto. Sólo Marie permaneció en silencio.

Una vez que el agua estuvo caliente, Marie ayudó a Helen a llenar la bañera y luego la dejó para que disfrutara de un baño caliente, con la relajante fragancia del aceite de lavanda llenando la habitación.

—¿Por qué no intentas hacerla entrar en razón? —Le susurró Kimberly a Marie cuando ésta salió de la cocina y entró en el pasillo.

—No, no creo que sea apropiado que me involucre en esto. Además, Kimberly, Helen es una mujer adulta. Estoy segura de que ella entiende que Jason probablemente no estará en la iglesia. Sin embargo, si ella siente tan fuertemente mantener su compromiso con los planes de boda, ¿por qué estás tan decidida a detenerla?

—Es una tontería. Después de todo, ya están casados. ¿Por qué debería ella someterse a este dolor añadido?

—No estoy segura de por qué es tan testaruda, pero desde luego no seré yo quien intente detenerla, —dijo Marie con firmeza—. Tengo que subir. Le dije a Helen que la ayudaría a vestirse. ¿Vas a prepararte o no? Ella planea que seas su dama de honor.

—Oh, no habrá ninguna boda. Pero si ella se va a arreglar, supongo que yo también lo haré. ¿Has visto a Michael esta mañana? —Inquirió Kimberly.

—No. ¿No se supone que está con Jason? —Preguntó ella.

—Sí, —contestó Kimberly, sacudiendo la cabeza—. Me pregunto si se tomará la molestia de arreglarse o si tiene más sentido común que el resto de nosotras, —musitó, siguiendo a Marie escaleras arriba.



Helen dejó que el agua tibia la envolviera mientras se deslizaba en sus profundidades, apartando

todos los pensamientos de su mente mientras se empapaba de la fragancia dulcemente perfumada. Cuando por fin el agua se enfrió, salió de la bañera y se secó frente al fuego. Envolviéndose en el cálido edredón que Marie le había dejado, subió a su dormitorio.

—Creo que nunca había visto un vestido de novia tan bonito, —dijo Marie cuando Helen entró en la habitación.

—Gracias, Marie. A mí también me gusta mucho y me siento muy afortunada.

¿Cuántas novias pueden llevar su vestido de novia más de una vez?

—No muchas, estoy segura, —respondió Marie.

—Estaré bien, Marie, Incluso si Jason no lo consigue, estaré bien, —afirmó ella, dándose cuenta de que a sus dos amigas les preocupaba cómo reaccionaría si Jason no aparecía.

—Kimberly se preocupa mucho por ti, Helen. Al principio pensé que estaba celosa de que te fueras, pero ahora creo que realmente le preocupa que te sientas profundamente herida si la boda no se celebra, —le confió Marie.

—Sé que tiene buenas intenciones, Marie. Quiero mucho a Kimberly y atesoro su amistad, pero debe darse cuenta de que mi amor por Jason está por encima de ella. Al menos debo intentar honrar mi palabra dada a mi marido. Espero que comprenda mis razones, y no debe preocuparse: no estoy enfadada con ella. ¿Cómo podría estarlo? Sé que sólo intenta protegerme, —dijo Helen mientras se ponía el vestido de novia de seda.

—Estás preciosa, —felicitó Kimberly a su amiga mientras entraba en la habitación y contemplaba de nuevo el vestido de novia de seda color marfil—. Había olvidado lo bonito que es tu vestido, —continuó, tocando suavemente las mangas largas, que estaban acentuadas con el mismo encaje marfil que rodeaba el lazo.

—Tú también eres todo un espectáculo, —dijo Helen, admirando el vestido de seda verde intenso que las dos habían cosido especialmente para esta ocasión—. Ese color queda precioso con tu pelo y tu piel. Deberías ponértelo a menudo.

—Gracias, Helen, —dijo Kimberly, dedicando a su amiga una amplia sonrisa.

—Deja que te traiga los zapatos, —se ofreció Marie, sacando del armario los zapatos marfil de tacón bajo decorados con pequeños lazos de encaje.

—¿Quieres que te peine con rizos de dedos como la última vez? — Preguntó Kimberly, cogiendo el cepillo de Helen.

—Me gustaría mucho, —contestó Helen, dándole a su amiga un beso en la mejilla.

Tras varios intentos, Kimberly y Marie finalmente acordaron que el pelo de la novia pasaba la inspección. Con cuidado, Kimberly colocó en la cabeza de Helen el tocado corona de flores de cuentas de cristal y azahar encerado que sujetaba el velo de encaje.

—¿No tienes ramo? —Comentó Marie con desaliento a Kimberly—. Claro que lo tiene. Espera a verlo. Lo hizo la madre de Helen, y hace juego con su tocado. Es absolutamente impresionante, —soltó Kimberly como si Helen no estuviera presente.

—¿Dónde está el ramo? —Preguntó Kimberly mirando por la habitación.

—En el segundo cajón del chifonier, —respondió Helen, observando cómo Kimberly sacaba de las profundidades de la cómoda el pequeño ramo confeccionado con cintas, encajes y

flores y hojas de azahar enceradas.

—Oh, Helen, es precioso, —convino Marie, admirando el delicado arreglo—. Gracias, y gracias a las dos por vuestra ayuda. Creo que estamos listas, y con tiempo de sobra, —añadió.

—Sólo espero que Michael llegue con la calesa, —dijo Kimberly justo cuando sonó un golpe en la puerta principal. Cofres salió brincando de la habitación y bajó corriendo los escalones, su ladrido instintivo ante cualquier intrusión era ahora esperado por los residentes de la casa.

Kimberly siguió al perro escaleras abajo y se encontró con la esperanza de que Jason estuviera allí de pie para saludarla. En lugar de eso, era Michael, vestido con su mejor traje azul oscuro, y la calesa estaba aparcada delante de la casa.

—¿Está lista? —Susurró Michael.

—Sí, pero créeme, hice todo lo posible durante toda la mañana para disuadirla. No quiso ni oír hablar de ello, —divulgó Kimberly.

—No he visto nada de Jason, y creo que si estuviera en la ciudad la tienda estaría abierta o habría alguna señal de él. También pasé por casa de los Wilson, pero tampoco habían sabido nada de él. Sin embargo, Charles y Edith dijeron que estarían en la iglesia como estaba previsto. Me temo que todos estarán allí menos Jason. Espero que esto no se convierta en un desastre para Helen, —dijo con voz compasiva.

—Hola, Michael, —llamó Helen desde lo alto de la escalera—. Gracias por ser tan puntual.

—¡Vaya! ¿No estás encantadora? —La felicitó Michael—. ¿Cuán afortunado puede ser un hombre? Escoltar a damas tan encantadoras no ocurre muy a menudo. Es un verdadero placer, —le ofreció.

—Iré a buscar a Becca, —se ofreció Marie mientras las demás recuperaban sus abrigo.

Todas sonrieron cuando Marie regresó con el bebé. Marie había recogido la pelusilla del bebé y le había colocado un pequeño lazo en la cabeza.

—También está vestida para la ocasión, —dijo Marie, riéndose de Becca mientras entregaba el bebé a Kimberly y permitía que Michael la ayudara a ponerse su propio abrigo.

El breve trayecto hasta la iglesia parecía aún más corto. Helen se esforzó por divisar a Jason o vislumbrar cualquier indicio de que pudiera estar presente en la iglesia. Pero no vio ni rastro de su caballo ni de la calesa que utilizaba los domingos y en ocasiones especiales. Por el número de carruajes atados fuera de la iglesia, parecía que mucha de la gente del pueblo había desafiado al frío.

—Parece que vais a tener a bastante gente celebrándolo con vosotros, —aventuró Michael cuando se detuvieron en la parte trasera de la iglesia.

Helen se limitó a asentir con la cabeza y le permitió que la ayudara a bajar de la calesa.

—Te llevaré dentro y volveré a por Marie y Kimberly, —le indicó—. Así tendrás tiempo de hablar con Charles antes de que sea hora de empezar.

La acompañó a la parte trasera de la iglesia y hacia la pequeña sala donde se reuniría con el pastor.

Los tintineantes sonidos del piano persistían en el aire cuando ella entró en la sala. El

pastor Wilson estaba allí -solo- sentado en una de las sillas y leyendo su Biblia.

—Helen, qué guapa estás. Qué novia más guapa eres, —la felicitó calurosamente, levantándose de la silla acolchada y colocando su Biblia en la pequeña mesa de roble que había entre dos de las sillas.

—Gracias, Charles. ¿Sabes algo de Jason? —Inquirió ella, con la voz llena de expectación.

—Me temo que no, querida, —respondió él—. Pero aún hay tiempo. El servicio no empezará hasta dentro de quince minutos, y no me opongo a esperar un poco más si es necesario.

—Jason cree en la puntualidad. Si no está aquí a la hora acordada, no vendrá, —afirmó ella.

—Vamos, vamos, querida. De vez en cuando la vida puede causar retrasos. No siempre podemos atenernos al tic-tac de un reloj. ¿Por qué no te sientas y leemos algunas escrituras y rezamos un poco? —Le ofreció él.

Helen retrocedió con cuidado hacia la silla, las varillas de ballena le causaban no poca dificultad para maniobrar. Ella sonrió.

—Creo que prefiero quedarme de pie, si no te importa. Me llevó mucho tiempo entrar y salir de la calesa, —explicó.

—Desde luego. Lo comprendo, —dijo él, hojeando la Biblia en busca de un pasaje que esperaba disminuyera la evidente preocupación de Helen por Jason y su paradero.

El reverendo comenzó a leer la biblia en voz alta, mientras las manecillas del reloj llegaban a la hora señalada. Un segundo más, dos, tres, cuatro...

De repente la puerta se abrió y una figura apareció rodeada por el viento helado.

—Creo que me estabas esperando.

—¡Jason! —Exclamó Helen, corriendo hacia sus brazos extendidos—. Oh, Jason, estaba tan preocupada. Nunca debiste hacer ese viaje. ¿Te atrapó la ventisca?

Él le sonrió y metió la mano en el chaleco de satén azul bordado que había llevado para su boda en San Francisco. Sacó su reloj y lo abrió.

—Me temo que tendremos que esperar hasta después de la boda para las explicaciones si queremos empezar a tiempo, —le dijo.

—Te dije que creía en la puntualidad, —aseguró ella, mirando por encima del hombro hacia Charles.

—Sólo hay tiempo para una cosa antes de que entremos en la iglesia, —dijo él, metiendo la mano en el bolsillo del pecho de su abrigo y sacando una caja de terciopelo negro—. Esta es la razón por la que fui a San Francisco, —reveló mientras abría el estuche.

—Oh, Jason, —dijo ella, atónita ante la belleza de su regalo.

—¿Te gusta? —Inquirió él, sus ojos centelleando ante el evidente deleite de ella

—¿Cómo podría no gustarle a alguien? —Preguntó ella, contemplando el más hermoso broche que jamás había visto. El broche circular de plata estaba engastado con una esmeralda hexagonal rodeada de seis brillantes diamantes.

—Dale la vuelta, —le indicó mientras ella lo levantaba del lecho de seda de marfil que

había dentro del recipiente.

Con cuidado, hizo girar el alfiler y vio las palabras grabadas en el reverso.

Helen, has cambiado mi corazón para siempre. Te querré siempre. Jason.

—Gracias, —dijo mientras su dedo recorría las palabras. Al darle la vuelta al broche, su dedo se enganchó en un diminuto cierre y el broche se abrió de golpe, revelando un delicado reloj.

—Pensé que te gustaría tener un reloj para asegurarte de que soy puntual, ya que siempre estoy mirando la hora, —dijo, dedicándole una sonrisa.

—Oh, Jason, qué regalo tan maravilloso, —dijo ella, mirando de nuevo el alfiler.

El predicador miró a través de su mano y observó el regalo.

—Será mejor que lo prendas en tu vestido, o empezaremos tarde a pesar de esos relojes.

Esta boda fue todo lo que Helen había esperado en un principio. Lo más importante fue que sus votos se intercambiaron con amor y esperanza por su futuro juntos como marido y mujer. Cuando el pastor Wilson anunció que Jason podía besar a su novia, esta vez no hizo falta que Helen se lo pidiera.

Después de que Jason la estrechara entre sus brazos, sus labios buscaron los de ella con un ferviente deseo que llegó a lo más profundo de su alma. Ella se inclinó hacia él y correspondió al beso con un intenso anhelo. Un anhelo de comenzar de nuevo su vida como su esposa, su vida como Helen Miller.